

**ADVIENTO**

(A mis hermanos del grupo de “LITURGIA”)

El tiempo de **Adviento** se ha de vivir y manifestar en las celebraciones como un tiempo diverso al de las semanas anteriores. Popularmente **Adviento** es sobre todo la preparación a Navidad. Pero este matiz no es ni el único, ni el más antiguo, ni el más importante. En este tiempo lo que debe subrayarse es la única Venida del Señor que aún debe realizarse.

Esta venida se inició con el Nacimiento de Jesús pero lo único que debe realizarse aún, lo más central del **Adviento** es la realidad objetiva de que el Señor vendrá realmente al fin de los tiempos (y personalmente para cada fiel al fin de su vida terrena). Decía S. Agustín en una célebre carta a Jenaro que Navidad es un recuerdo, un aniversario, “Jesús no vuelve a nacer”. *«Conviene que sepas que el día del nacimiento del Señor no se celebra como un sacramento, sino que se recuerda como una memoria»*. La única venida que aún debe realizarse es la última y esta, será un hecho real.

Esta espera del Señor que vendrá es una de las columnas de la vida cristiana. Esta espera, junto con la fe y el amor, forman el substrato fundamental de la vida cristiana, Hay que insistir en que la esperanza cristiana no se confunde con la confianza, Esperamos al Señor que vendrá. La confianza en el Señor y en su ayuda, tan necesaria, también, es una actitud muy distinta de la esperanza cristiana.

La esperanza es algo constante (no una simple propiedad del **Adviento**) en el vivir cristiano de cada día: *«Venga tu Reino»*; decimos diariamente en la oración y, siempre que celebramos la Eucaristía, decimos que la celebramos mientras *«esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo»*.

El **Adviento** debe ayudarnos a intensificar esta esperanza fundamental (es una de las tres Virtudes teologales junto con la fe y la caridad) de la vida cristiana y sería desfigurarse la finalidad del **Adviento** confundir esta esperanza con otros dones de Dios.

Cuando en este tiempo proclamamos en las lecturas o pedimos en los salmos los bienes que Dios nos prepara: la paz abundante, la felicidad plena, la aniquilación de nuestros enemigos y la muerte... pedimos una venida del Señor que no se realizará el 25 de diciembre, sino al fin de los tiempos.

Con el nacimiento humano de Cristo se abre, simplemente, el camino de aquella Venida que esperamos y pedimos y que transformará nuestro vivir, como se recita con frecuencia en uno de los prefacios del **Adviento**: **“Al venir por vez primera (navidad) nos abrió el camino... para que cuando venga en gloria (al fin de los tiempos o personalmente después de la muerte cuando veremos su gloria) podamos recibir lo que ahora esperamos”**.

1. Una de las primeras preocupaciones, al empezar el tiempo de **Adviento**, debe ser lograr una clara conciencia de que empieza un tiempo distinto a las semanas que lo han precedido. Subrayar el cambio en su totalidad de estos días dará vitalidad a las celebraciones, ayudará a redescubrir algunos matices importantes de la vida cristiana (el carácter escatológico, por ejemplo, de la oración cristiana) e incluso podrá servir para alejar la rutina de unas celebraciones que pueden presentarse siempre como idénticas o, por lo menos, muy parecidas.
2. Para que se capte mejor la novedad del **Adviento** resulta importante cuidar los detalles externos –cantos, ambientación del lugar-, recalcar los diferentes enfoques de las lecturas –en estos días casi no hay lectura continua. Y subrayar los contenidos propios de los textos escatológicos.
3. El **Adviento** tiene como telón de fondo principal la esperanza, pero ésta no puede asimilarse ni a la confianza de Dios ni menos aún a las diversas esperanzas humanas, las cuales, aunque siendo buenas muchas de ellas, no son lo mismo que la esperanza cristiana centrada en la llegada del que ha de venir y el advenimiento del cielo nuevo y la tierra nueva que es lo que pide la Iglesia especialmente durante el **Adviento**.
4. Las dos expresiones más habituales de la esperanza escatológica cristiana son la petición del Padre nuestro: *«Venga tu reino»* y la aclamación después de la consagración en la Misa: *«Ven, Señor Jesús»*.

**Algunas observaciones y sugerencias:**

El altar puede adornarse con flores y puede tocarse música instrumental, pero ambas cosas con mayor moderación que el resto del año (IGMR, núm. 305).

La “*Corona de Adviento*” es un signo muy popular de este tiempo, pero no es un signo litúrgico y no es obligatoria. Ha de procurarse que esté colocada estéticamente pero en ningún caso debe resaltar más que el altar, la sede o el ambón.

Hay que recordar que el **ALELUYA** forma parte del Evangelio y conviene advertir al lector de la 2ª lectura que él **NUNCA** debe leer el aleluya (es frecuente este defecto), ya que está reservado al sacerdote o diácono que proclame el evangelio, que nunca es obligatorio y que si no es posible cantarlo es mejor omitirlo (IGMR, 63, 3).

**DOMINGO PRIMERO DE AVIENTO**

**1ª lectura** (Isaías 63,16b-17;64,1.3b-7): *Somos todos obras de tus manos.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 1,3-9): *Él os mantendrá firmes hasta el final.*

**Evangelio** (Marcos 13,33-37): *Vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento.*

Las palabras de Jesús sobre la vigilancia pueden ser entendidas de dos modos, para cada uno según se encuentre en el camino de la fe.

La primera interpretación dice así: *«No sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa»*. Tenemos que estar preparados en todo tiempo para dar cuenta de nuestra vida. La exhortación a la vigilancia en las últimas y primeras semanas del año litúrgico nos acompaña desde la infancia. Tal vez pensamos en el fin del mundo, en el juicio final, pero esto nos cae muy lejos y no tengo por qué vigilar hoy mismo.

Otros piensan en su última hora personal, que viene a ser el fin del mundo para cada uno cuando le llega la hora. Esto está más cercano. Igual no está lejos, pero no cuento que sea hoy ni mañana. Siempre me deja pensativo cuando veo en la TV. imagen de algún accidente o cuando alguien del círculo cercano de familiares o amigos muere de repente. *“Es algo que me podía haber pasado a mí mismo”*.

La lección de este evangelio podría resumirse así: -Lleva en todo tiempo una vida tan honrada que puedas en cualquier instante presentarte ante tu juez con buena conciencia.- Esta enseñanza es muy importante. Es fundamental, pero para algunos, quizá menos importante que la segunda interpretación.

Siguiendo el evangelio, el señor de la casa, cuando se marcha de viaje distribuye diversas tareas a sus criados. Al portero solo le encargó una, que velara. El portero no tiene que hacer nada especial, sólo esperar en vela. No se puede instalar cómodamente en su portería, de modo que todo el que llame sea recibido como un visitante molesto. Tampoco puede meterse en la cama y refugiarse en el mundo de los sueños que, aunque parecen reales, tienen que ver muy poco con la realidad. *«La tarea del vigilante es esperar»*. Lo que tiene que hacer es esperar pacientemente.

*«Y si el Señor viene cada día»*. Adviento tiene lugar cada día, pero hace falta estar despiertos, vigilantes para darse cuenta. A veces vamos por la calle ensimismados en nuestros propios pensamientos y no vemos a los conocidos que pasan a nuestro lado. *“Mi atención estaba en otro lugar”*. Seguramente que cada uno puede aportar experiencias semejantes.

La atención es una virtud muy modesta. Quien la ejercita sabe que proporciona alegría, y que también es difícil de adquirir *“para nosotros hombres modernos”*, acostumbrados al ajeteo. Pero también es una virtud especialmente importante *“para nosotros hombres modernos”*; pues solo la atención, descubre lo valioso en los momentos de la vida.

El Señor viene, pero yo estoy en otra cosa. Recuerdo una canción del P. Duval que decía así: **“El Señor ha llamado a tu ventana, pero tu dormías/ no esperes a terminar tus sueños/ no esperes a que la noche se acabe/. El Señor ha llamado a tu ventana, pero tu dormías”**. Podía ser Adviento, venida del Señor, podría tener lugar un encuentro con Dios, cotidiano del todo, pero me lo pierdo porque no estoy atento, no estoy vigilante: *«No sabéis ni el día ni la hora»*.

Vigilancia en la vida cotidiana. Hace falta una atenta vigilancia para ver tras las cosas y los acontecimientos. A veces a una persona que me presta una gran ayuda en un momento determinado le digo: *“Tú eres un regalo del cielo”*. A menudo se queda sólo en un tópico, lo que puede ser una verdad sorprendente. El cielo me envía una persona, y mientras tengo un encuentro con ella, me encuentro también con Dios que me ama y quiere ayudarme. Dios llama en nuestra vida sin que lo reconozcamos.

La vigilancia no quiere decir que estemos continuamente vigilando, más bien apunta a una actitud de andar por la vida con los ojos despiertos y el corazón atento. Si me quedo en la superficie tengo pocas oportunidades de penetrar detrás de las cosas. Aquí ahora, veo sólo una hermosa puesta de sol, sin que detrás perciba al Creador. Allí después me encuentro con una persona que me hace el bien sin sospechar que puede ser un regalo del cielo.

El mundo está lleno de Dios. Pero a menudo somos ciegos. Hay que vivir todas las horas buenas y malas hasta el foco donde manan de Dios. Ahí está la oportunidad de abrirse a Dios cuando viene. Ahí está la oportunidad del encuentro con el Dios vivo. Nadie sabe cuándo el Señor viene personalmente para él. Nadie sabe cuándo el Señor viene para todos. El Señor está todavía de viaje. Pero hay una cosa segura: **¡ÉL VIENE!**

**DOMINGO SEGUNDO DE AVIENTO**

1ª lectura (Isaías 40,1-5.9-11): *Se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen.*

2ª lectura (2ª Pedro 3,8-14): *El Señor no tarda en cumplir su promesa.*

Evangelio (Marcos 1,1-8): *Detrás de mí viene el que puede más que yo.*

Seguimos cultivando y celebrando la espera y la esperanza. Dentro de pocos días celebraremos que Jesús, nuestro hermano y Señor, nace de María, madre suya y madre nuestra.

La espera de María, embarazada de vida y de esperanza, queremos hacerla nuestra y la deseamos también para toda la humanidad, no sólo para nuestra familia y amigos.

En Jesús, Buena noticia universal, viene la dignidad y la fraternidad para las relaciones humanas, para todo hombre y mujer, de cualquier raza, de cualquier país.

Jesús es el Evangelio de Dios para todos sus hijos, y es contrario a la voluntad de Dios limitarlo a unos pocos que se tienen a sí mismos por “*elegidos*”. Para Dios todos somos hijos muy queridos, preferentemente los pobres, los excluidos, los marginados, los desamparados.

Todo el pueblo, especialmente el pueblo abatido y desterrado, recibe por boca de Isaías, el consuelo de Dios: **«¡Consolad, consolad a mi pueblo!»** El olvido de la Alianza, el olvido de Dios, ha hecho que el pueblo se aleje de su Dios y de la tierra prometida.

El pueblo se ha ido. **Sí**, él mismo se ha ido fuera de la promesa de Dios, el pueblo se ha des-terrado. Y en el destierro ha conocido la dureza de una vida alejada de Dios.

No te castiga Dios. Eres tú quien se aleja del calor y cariño del hogar paterno.

Pero ahora, vuelve a casa, prepara su retorno, grita el profeta: **«Dios va a hacer el camino contigo»** y te invita a preparar ese camino. **¡Endereza lo torcido, iguala lo escabroso!** Dios mismo va a acompañar tu vuelta a casa.

La experiencia vivida por Israel puede y debe ser también la nuestra. Los textos bíblicos recogen situaciones de la aventura humana de ayer, de hoy y de siempre.

Y son Palabra de Dios, viva y eficaz, cuando alguien, hombre o mujer, comunidad, familia, pueblo o Iglesia, las hace vida de su vida, enseñanza y voluntad de Dios, para el pueblo de Israel y para el pueblo de Dios de una y otra época, para la Iglesia del Concilio de Trento y para la del Concilio Vaticano II. Es el hoy de Dios vivido en la Historia.

Así, nosotros, hombres del siglo XXI, podemos y debemos sentirnos consolados por nuestro Dios. Él nos guía, apacienta y cuida con cariño. Su ternura le hace llevar en brazos a los corderos y cuidar de las madres. Da a cada uno el cuidado que necesitamos.

Heraldo de Jerusalén, súbete a lo alto de un monte y grita con fuerza que Dios consuela a su pueblo, que ya ha sido perdonado su pecado.

Juan Bautista en su sencillez y grandeza recoge la llamada de Isaías y proclamará: **«Viene el Señor. Ya está aquí. Es más grande que yo, que no soy digno de desatarle las sandalias. Preparadle el camino, allanad sus senderos»**.

Para preparar ese sendero por el que Dios pueda caminar, el profeta predica una conversión y un bautismo: **«Yo os bautizo con agua, pero Él os bautizará con Espíritu Santo»**. Y muchos aceptan la propuesta de este hombre libre y austero.

La venida anunciada y próxima de Jesús nos invita hoy a recoger este mensaje del Bautista. Todos somos llamados a preparar el camino del Señor y a la conversión.

- **¿No surgen en nosotros mil sugerencias y compromisos para que Dios pueda venir hasta nosotros sin tener que vencer demasiadas dificultades?**
- **¿Hacemos posible el paso de Dios por nuestras vidas personales, familiares, sociales, políticas, de convivencia entre los pueblos?**

Los que hemos recibido la tarea inmensa y gozosa de anunciar el proyecto de Dios, su Reino, a todos los hombres, tenemos que implicarnos en la construcción de un mundo en el que todos, sin distinción, podamos vivir fraternalmente los unos con los otros.

Un proyecto en el que Dios es padre bueno, y sus hijos, todos, tienen la vocación de vivir como hermanos.

Así nos lo enseñó, con su palabra y con su vida, Aquel que está ya cerca, Aquel que viene a salvarnos, Jesús de Nazaret, Hijo y Hermano.

**LA INMACULADA CONCEPCIÓN**

**1ª lectura** (Génesis 3,9-15.20): *¿Qué es lo que has hecho?*

**2ª lectura** (Efesios 1,3-6.11-12): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

**Evangelio** (Lucas 1,26-38): *Aquí está la esclava del Señora.*

Celebramos una gran fiesta, la solemnidad de la **Inmaculada Concepción de María**, celebramos la gracia de Dios que eligió a María y la liberó de pecado. Ella, la llena de gracia, la que no sabe de complicidad en el mal, la que apuesta con todas sus fuerzas y empeña su vida en cooperar solidariamente en nuestra salvación.

Su “**SÍ**” incondicional y definitivo a la invitación de Dios, era necesario para que viese la luz el Salvador del mundo. De modo que, así como desde el primer instante de su vida, Dios la liberó del pecado original y de cualquier sombra de pecado, desde el primer momento aceptó responsablemente la voluntad de Dios y se hizo solidaria de nuestra salvación.

En las lecturas de la Eucaristía de este día escuchamos (en la 1ª lectura), el relato del pecado original. Adán y Eva, creados a imagen de Dios, para vivir en amor mutuo y con Dios, rompieron esa imagen con su pecado. El pecado, en efecto, rompe la unión de los hombres y mujeres con Dios y entre sí. Por eso, al comer del fruto prohibido se llenaron de temor y de vergüenza. *«Oí tus pasos en el huerto, tuve miedo y me escondí, porque estaba desnudo»* (Génesis 3,10). Por miedo, trataron de escapar de Dios escondiéndose de su vista, y por vergüenza, trataron de ocultarse el uno del otro cubriendo su desnudez.

De modo que el pecado, al mismo tiempo que nos aparta de Dios, nos separa de los hermanos impidiendo cualquier manifestación de solidaridad (cada cual trata de disculparse, echando la culpa al otro), y condenándonos a la complicidad en el mal no queriendo reconocer nuestra culpa, nuestra responsabilidad (la culpa siempre la tiene el gato, es decir, el otro, o sea, la serpiente). Y así nos quedamos tranquilos dejando las cosas como están, a sabiendas de que están mal.

Pero la narración no termina así, sino que nos abre a la esperanza, anunciando la victoria sobre el mal por medio de una mujer, en la que, la Iglesia ve un anticipo de la fiesta que celebramos. La mujer que aplasta la cabeza de la serpiente -*¿no pintamos así a la Purísima?*- es María, la Madre del Salvador, que restaurará las relaciones del hombre con Dios y sentará las bases para sanear las relaciones de fraternidad entre los hombres.

El evangelio nos detalla el papel de María en la salvación: Los planes de Dios necesitan la colaboración de los hombres y María sabe estar en su sitio, en el de la responsabilidad. Primero escucha en silencio la palabra de Dios que le dirige el ángel. **«Alégrate, llena de gracia»**. Y, después de meditarla responsablemente, cuanto ve con claridad la voluntad de Dios, se pone incondicionalmente a su disposición: **«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»**.

Este “**SÍ**” de María es el acto de incorporación a los planes de Dios, el momento en que la Palabra de Dios cobra vida en sus entrañas, el comienzo de una nueva solidaridad, la fraternidad de la familia de Dios. El “**SÍ**” de María es la manifestación de su inocencia original, de su absoluta disponibilidad a la voluntad de Dios, de su generosa solidaridad con los descendientes de Adán y Eva.

Así que, la inmaculada concepción es mucho más que un privilegio de María, es el triunfo de la gracia de Dios que al elegirla para madre de su Hijo, la hace también madre de todos los hombres, y al liberarla del pecado original, nos libra también a todos nosotros de las consecuencias del pecado.

La sin pecado concebida, fue libre para aceptar la voluntad de Dios y así nos hace libres en Cristo para cumplir responsable y solidariamente con nuestra misión en el mundo.

**¿Nos ayuda el ejemplo de María al decir sí?**

**¿Nos sentimos comprometidos, como ella, por la Palabra de Dios?**

**¿Cómo respondemos a ese compromiso?**

**DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Isaías 61,1-2a.10-11): *Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace brotar sus semillas.*

**2ª lectura** (1ª Tesalonicenses 5,16-24): *El que os ha llamado es fiel y cumplirá sus promesas.*

**Evangelio** (Juan 1,6-8.19-28): *Yo soy la voz que grita en el desierto.*

Cada día recibimos muchas promesas de vida y de felicidad. Es muy fácil: se consigue con un perfume, un coche, o unas vacaciones a mil kilómetros. Sin embargo, no tarda mucho en esfumarse esa experiencia, llenándonos de vacío. Vacío que sólo puede llenarse con nuevas compras, nuevos viajes, nuevos consumos..., pero:

- **¿Qué hay detrás?**
- **¿Nos dan vida?**
- **¿Nos ayudan a ser más personas?**

Todos nos lo hemos preguntado muchas veces. Sabemos que la vida es mucho más que una suma de compras. Buscamos mucho más. Buscamos Vida.

Nos acercamos con paso firme a la Navidad, todo lo anuncia. Hay demasiados mensajes navideños. Muchos no son de verdad. Hay algunos que *«allanan el camino»* al que está por venir. Otros anuncios *“levantan muros”* ante la auténtica Navidad. Hay que estar atentos para saber distinguirlos.

Los anuncios de encuentro gratuito con las personas, de búsqueda de paz y justicia, de perdón, de un mundo donde todos tengan qué comer y qué vestir... son anuncios de Navidad, son fecundos, dan vida y una vida para todos. Los anuncios que prometen la felicidad a costa de la tarjeta de crédito, que piensan en singular, o que esconden tras de sí injusticias... anuncian navidades de muchas luces, pero de poca vida.

Son muchos los signos de vida que hay en nuestro mundo, en nuestros pueblos y ciudades, y en nuestro entorno: un gesto de ternura, la visita a alguien enfermo, la conversación con un inmigrante o con una persona “sola”, una hora de nuestro tiempo donada a Cáritas, a una ONG... son signos de Adviento: nos anuncian que llega la paz y el perdón, la justicia, la solidaridad... Ellos, como profetas de vida, nos hacen presente al que es la Vida; Jesucristo.

En estos días previos a la Navidad tenemos que abrir los ojos y aguzar los oídos para descubrir auténticos anuncios de Dios, son sencillos, discretos, poco conocidos... pero existen. Hay que estar atentos, no podemos dejarlos pasar. Son los signos de que, en nuestro tiempo, Dios sigue naciendo. Él nos trae vida abundante. Es la gran apuesta de Dios por la humanidad. Su Hijo trae un mensaje de vida, de esperanza; de justicia y de paz... para todos, especialmente para los pobres y los tristes.

Jesucristo es la auténtica Vida. Ya tiene sentido compartir gratis una vida que se nos ha dado gratis, tiene sentido optar por los pobres y desamparados, soñar con otro mundo y trabajar por conseguirlo. Somos jornaleros de la vida que allana los caminos a aquel que ya está cerca.

La Navidad es **¡VIDA PARA TODOS!**, especialmente para los humildes y sencillos, para los pobres y necesitados, para los marginados, para los que sufren...; ellos esperan de verdad, otra vida. Los satisfechos no la necesitan. La Navidad es un grito por la justicia y la reconciliación en un mundo lleno de barreras. Dios va a nacer para todos. Lo débil se vuelve revolución. Un niño es el signo de un mundo nuevo para todos, que entre todos, estamos llamados a construir.

**¡Alegría!** Es el gran mensaje de este día. La alegría es el gran signo de Dios. Una alegría que sueña con un mundo de paz y que se *“mancha las manos”* para hacer posible la justicia.

La Iglesia es el signo del nacimiento de Dios en la humanidad. La celebración de la Eucaristía, la vida compartida en comunidad, el compromiso por la justicia... son expresión de un Dios que mira con cariño a la humanidad, que sueña con un mundo en paz, que suscita profetas de amor.

La alegría es nota constitutiva de una Iglesia que confía en Dios, que mira compasiva a los necesitados, que celebra la vida y que apuesta por ser signo de un Niño que seguirá transformando corazones y renovando la humanidad... aunque, en ocasiones, nos cueste verlo. Él sigue cumpliendo su promesa.

## «MARÍA, SEMILLA DE ESPERANZA»

371/18 Diciembre 2011

### DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (2º Samuel 7,1-5.8b-11.16): *¿Eres tú quien me va a construir una casa?*

2ª lectura (Romanos 16,25-27): *A Dios, la gloria por los siglos.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Concebirás y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús.*

La gran figura de este cuarto domingo de Adviento es María, que se nos revela como «*estrella de la esperanza*» en un mundo sin fe, que camina a oscuras, pero, que de una manera u otra, está buscando dicha estrella polar. Y es estrella de esperanza, porque supo mirar y descubrir desde la fe, en los acontecimientos cotidianos de la vida, destellos novedosos y generadores de esperanza, es decir, la presencia oculta y transformadora de Dios en nuestra historia.

Pero, lo asombroso es que Dios todo lo realiza desde los sencillos y humildes, desde los de abajo. Asombro que le llevó a María a prorrumpir en un canto de júbilo y alabanza por las maravillas que Dios ya estaba realizando en los pobres, los débiles, los pequeños. Exaltada por la gracia de Dios, María, la humilde, la pequeña agradecida, se atrevió a creer en lo imposible y desde esa fe contempló la acción de Dios transformadora en ella y en el mundo.

María desde su fe, convertida en esperanza, hace una lectura de la historia de manera muy distinta que nosotros, que, a veces, solemos verla de modo desesperanzado: los soberbios triunfan, los poderosos imperan, los humildes cada vez son más pisoteados, los hambrientos se multiplican, los ricos más se enriquecen, etc., ésta es la lectura de los que se consideran “*realistas*”.

María es más realista, Por eso, proclama que esta realidad descrita no es la única. En la humanidad, llena de injusticias y sufrimientos, María contempla, canta, celebra la presencia activa de Dios, que está transformando la pobre existencia humana, invirtiendo los papeles: «*Derriba a los poderosos y encumbra a los humildes; llena de bienes a los hambrientos y despide a los ricos con las manos vacías*».

En el niño que nos va a nacer, profeta de buenas noticias, el Dios de la vida y de la promesa, está generando un gran servicio al mundo actual, de un modo especial al pueblo sencillo y débil, sumido en profunda oscuridad y herido gravemente en su esperanza: penetrar con los ojos de la fe la oscuridad, y ayudar a discernir los signos de vida y de esperanza.

Es necesario en la actualidad pasar de la «*denuncia*» al «*anuncio*», y, si se ha de hacer la “*denuncia*”, que la forma de hacerla sea ya un “*anuncio esperanzado*”. Precisamos lugares de ánimo, de curación de heridas que fomenten elevar la moral. Por eso, cuanto más crece esta atmósfera des-animante, menos motivos tendremos para la complicidad con el pesimismo. Hay que estar muy atentos a ciertas denuncias con las que, en vez de curar, envenenamos las heridas.

Precisamos sabios y profetas lúcidos, portadores de esperanza que crean y por cuya causa vivan de que no sólo es posible, sino que ya se está dando, un nuevo nacimiento de una nueva comunidad. Ciertamente tanto el sabio como el profeta no son un ingenuo, conocen la realidad y la experimentan; también saben que han de chocar con los sabios de este mundo, que les acusarán de irrealismo, de utópico ingenuo, de soñador iluso.

Aquí radica la originalidad de la imaginación profética; no se pregunta si es realista, porque dicha pregunta le encierra dentro del sistema opresor, enemigo de todo cambio, sino que se apoya en el realismo de la fe en el Dios de la promesa y del asombro. Los grandes comienzos de la historia de la salvación han empezado por el irrealismo: personas estériles, fecundan precisamente porque creyeron que para «*Dios no hay nada imposible*»: Sara, Ana, Isabel..., y desde esa fe confiada percibieron signos de auténtica novedad imposible de captar desde la sabiduría del mundo, y los captaron en lugares donde nadie podía esperar que se diesen.

Hay esperanza, porque ya se están dando signos de la presencia del Reino en nuestro mundo. Si se están dando ¿por qué no los detectamos? El hecho de que no los detectemos, no significan que no existan. Un modelo, punto de referencia, lo encontramos en María, que supo mirar la realidad con los ojos, con la mirada de Dios.

Y junto a ella podemos aprender a corregir nuestra percepción de la realidad del mundo y preguntarnos, si sólo percibimos el ruido de la violencia, destrucción y odio, o si vamos aprendiendo a escuchar, gracias a esos maestros que son los sencillos y los humildes, el murmullo, la suave brisa de innumerables gestos de amor, de fiesta compartida, de fortaleza silenciosa que brota, tantas veces, de los lugares de abajo, del mundo de los excluidos, de donde parece que no podría surgir más que la amargura o la tristeza.

**LA NATIVIDAD DE JESÚS**

1ª lectura (Isaías 52,7-10): *“Tu Dios es Rey”*.

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *“Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado”*.

Evangelio (Juan 1,1-18): *La luz brilla en la tiniebla*.

Hoy es Navidad y por eso nos felicitamos. Pero, Navidad es nacimiento. Navidad es venida de alguien esperado y casi siempre deseado, del que se esperan muchas cosas, sobre todo alegría. Los cristianos celebramos el nacimiento de quien es la figura central de la historia humana, lo cual ya es mucho. Porque con la cantidad de figuras grandes que la historia ha dado, celebrar la más importante ya es motivo de alegría y de curiosidad.

Su importancia no está en lo que fue externamente. No se distinguió por lo que solemos valorar los seres humanos en nuestra vida social. Más bien sus signos fueron de una sencillez rayana en lo apabullante.

Su importancia está más en lo que significó para quienes se encontraron con Él y, después, para quienes hemos descubierto, sentido, intuido y creído su impacto en la vida de la humanidad y de los creyentes.

La primera comunidad cristiana tuvo mucho interés en hacernos conocer las condiciones de su nacimiento. Su objetivo, no era dejar huella histórica para los estudiosos posteriores, sino señalar lo que en aquella figura de la historia creyeron presente desde el principio y muy importante para nosotros.

Redactaron los evangelios en donde plasmaron su fe religiosa a partir de lo que Jesús iba haciendo, diciendo y viviendo. Los evangelios son un conjunto de narraciones llenas de reflexión, pedagogía y predicación para nosotros, cristianos de cualquier época de la historia.

Anoche, en la Misa del Gallo, leíamos las circunstancias tan difíciles en las que nace. El evangelio de Lucas resaltaba la pobreza y los primeros compañeros de su andar entre nosotros, los excluidos del mundo, significados en los pastores. Afirmación más teológica que histórica y que nosotros debemos leer, interpretar, como una expresión muy clara de lo que su mensaje tiene muy en el centro, como fundamental e inexcusable.

Hoy, Juan, que por vivir en un contexto cosmopolita e intelectual, ha profundizado en lo que Jesús puede significar en un ambiente así, nos presenta en el prólogo de su evangelio a Jesús como Palabra.

Todos sabemos la importancia que las palabras tienen en nuestra vida como puentes de comunicación y relación entre personas, pero también como fuerza y energía que es capaz de motivar cuando expresa el aliento y el ánimo que alguien nos dirige para transmitirnos las ganas de vivir y luchar por algún objetivo merecedor de esfuerzo.

Todos tenemos, también, necesidad de escuchar palabras de acogida, de aceptación, de cariño. En nuestros momentos de soledad, de sentir el peso de ser personas con su responsabilidad no satisfecha o sus aspiraciones no realizadas, una palabra que refleje la compañía cercana y afectuosa de quien camina a nuestro lado tiene efectos maravillosos.

Hay palabras que desvelan nuestro presente y nos ayudan a conocer nuestra realidad siempre misteriosa e inefable; por eso muchos acuden a psicólogos en su afán de conocerse a través de la palabra. Aunque también tenemos un sentimiento de inseguridad ante el futuro que nos gustaría ver anunciado con antelación; de ahí que tanta gente acuda a videntes y magos a escuchar sus palabras como oráculos religiosos.

Desde siempre la humanidad, cualquiera de nosotros y cada uno, ha buscado una palabra que le revele lo más profundo y misterioso de la vida, lo que nos constituye en ese entramado de sentimientos, pasiones, necesidades y aspiraciones, que nos diga lo que somos con sinceridad pero con compasión, sin engaños pero desde el amor, y las posibilidades de esperanza que tenemos, no de ilusión ni evasión.

Y Juan nos presenta la Palabra clave, esa Palabra que nos descifra el enigma que cada uno es y nos describe la posibilidad de un futuro, la esperanza de un horizonte en el que el ser humano pueda encontrarse consigo mismo en las condiciones a las que aspiramos. **Es la Palabra que Dios nos dirige.**

Es también la Palabra que nos habla de Dios y nos introduce en la línea que puede llevarnos a saborear su amistad y a poner en Él la confianza de saberse en buenas manos.

Es la Palabra de quienes no son escuchados, de quienes no tienen micro, de quienes no participan de las grandes asambleas en donde se debaten las pugnas de poder y la defensa de los intereses.

Es la Palabra pronunciada por Dios desde el comienzo del universo y repetida a lo largo de la historia para que cada uno pueda entenderla en su tiempo, en su situación, en las circunstancias de su vida.

Es este Jesús cuyo nacimiento no recordamos sino que celebramos para que nazca cada día en el corazón de la humanidad y nos desvele nuestra condición y nuestra esperanza.

**SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS**

**1ª lectura** (Números 6,22-27): *Así invocarán mi nombre y yo los bendeciré.*

**2ª lectura** (Gálatas 4,4-7): *Así que ya no eres esclavo, sino hijo.*

**Evangelio** (Lucas 2,16-21): *Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.*

Hoy inauguramos un tiempo nuevo. Es una de esas divisiones que la organización de los movimientos cósmicos nos sirven de referencia para medir el otro tiempo, el humano, que, en medio de los tiempos cósmicos tan largos, resulta tan insignificante y veloz como esos efectos que llamamos “*estrellas fugaces*” o como esas burbujitas tan identificadas con esta noche que rápidamente suben a la superficie de la copa y desaparecen.

Son fechas para pensar y celebrar, aunque la costumbre consumista nos hace participar más de la celebración que de la reflexión.

Nuestra celebración religiosa no puede quedarse al margen de todo lo que acontece en la vida; por eso, tampoco de este cambio de fechas que recibimos como un espacio nuevo de oportunidades en las que continuar con nuestras luchas cotidianas, poner fin a otras o inaugurar nuevos proyectos que al final revisaremos en un análisis de evaluación.

Todo son oportunidades que no podemos dejar en manos del azar. Entre la capacidad del esfuerzo y la convergencia de muchas condiciones pueden salir adelante los proyectos que nos marcamos. Pero no podemos confiar tanto en esa especie de fatalismo que llamamos suerte y si, en cambio, en aspectos más profundos que solemos dejar en el olvido.

La vida, como las oportunidades, se mueve con elementos profundos que no afloran fácilmente si no nos habituamos a pensar en ellos y descubrirlos mediante un ejercicio óptico especial.

Las aptitudes que realmente cuentan y pesan en la vida y en la historia de las sociedades y las personas son fruto de muchos años y no de los granos de uva que se haya podido tragar en unos segundos ni del licor con que se haya brindado en el momento de las campanadas. La vida es un intrincado entresijo de decisión, confianza, ayuda, solidaridad, esperanza y previsión.

Por eso, en el comienzo de este nuevo año, podemos juntar todos esos sentimientos que se dan en nosotros: Unos, de agradecimiento y alegría por haber llegado a esta fecha. Otros, de recuerdo, tristeza y nostalgia por los que se han ido de entre nosotros sin haber llegado a su comienzo. Otros, de sacudida mental porque la vida continúa y somos nómadas del tiempo, siempre obligados a seguir y seguir caminando aunque la nostalgia del amor nos quiera retener en un lugar o en un tiempo o en unas personas.

Y en esta fiesta de entrada al nuevo año, las lecturas de la celebración nos hablan de un brindis o bendición muy antigua que se expresaba en forma de deseo y súplica a la vez, en el que se colocaba a Dios en el centro de la celebración y de la vida, porque a Él se encomendaba la inseguridad de lo desconocido.

Pero el evangelio y el tema de la celebración, Fiesta de Santa María y Jornada mundial de la Paz, nos ponen delante las figuras que Lucas en su narración del nacimiento de Jesús ha considerado merecedoras de atención.

En la vida, como en este nacimiento que a nosotros nos ha cambiado la historia, quienes cuentan de verdad, quienes llevan adelante el mundo de un modo positivo y realmente humano, también divino, son quienes trabajan de una manera callada, sencilla, oculta, poco visible pero muy eficaz.

Con Dios, cuya presencia y acción hay que creer, trabajan quienes pasan tantas noches en vela, quienes sumidos en la oscuridad de muchas noches humanas esperan con anhelo la llegada de la luz que ilumine el camino de la vida; quienes trabajan, como los ángeles, de mensajeros de la paz susurrando noticias de esperanza y despertando el ánimo de los cansados de la historia; quienes, como María, dan vida y luchan por la vida cualesquiera que sean las condiciones en que uno se encuentre.

Con Dios, cuya presencia tanto alegra a quien la descubre, están todos los que silenciosamente promueven cantos de alegría, de paz, de amor y de esperanza.

Para este nuevo año podríamos pedir y desear que nos unamos al número de quienes son portadores de la buena noticia de Dios y podríamos unirnos a María en su actitud de guardar y meditar todo esto en su interior sin que la fiesta consumista o los ruidos externos nos lo arrebaten, porque perder la memoria de este nacimiento es volver a la noche de la desesperanza, a la oscuridad vital, a la desorientación del naufrago.

Dios, en cambio, es claridad, es luz, es ánimo, aliento, energía, paz, alegría y amor.

Que el nuevo año nos traiga la bendición de Dios, nos consiga la paz, y la vida nos sonría con la sonrisa de los niños, el agradecimiento de los pobres y la cercanía de quienes nos necesitan.

**LA EPIFANÍA DEL SEÑOR**

1ª lectura (Isaías 60,1-6): *La gloria del Señor amanece sobre ti.*

2ª lectura (Efesios 3,2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2,1-12): *¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?*

Seguro, seguro que en cualquier comunidad que celebra la fiesta de la Epifanía hay muchas personas que hemos hecho planes de futuro; algunos tendremos proyectado algún viaje con amigos o familiares; y, por supuesto, que conocemos cristianos que se están juntando con otros, desde hace tiempo, para revisar sus propios planes personales de vida.

Éste es uno de los mejores regalos que las personas recibimos a lo largo de nuestra vida: alguien ha hecho posible que lleguemos a descubrir la importancia que tiene para nosotros el no vivir solos, el sentirnos acompañados, el vernos apoyados e interpelados por la palabra y por la vida de nuestros compañeros de camino.

Estas personas se convierten en imprescindibles cuando en el proceso de nuestra vida aparecen los problemas y las dificultades: las enfermedades físicas o síquicas, la muerte de algún ser querido, la pérdida del puesto de trabajo, no encontrar salida en las malas relaciones con los hijos o con la pareja, etc. Compartirlos y buscar salida conjuntamente aligeran la carga que los mismos suponen.

Ante la situación de acomodo que el sistema nos ha colocado es difícil hoy descubrir a nuestro alrededor personas que buscan. Por un lado el individualismo que nos invade impide solicitar ayuda o, simplemente, unirse a otras personas para plantearse cosas en común; por otro, el afán de meter dentro de las casas toda clase de objetos de más o menos valor nos hace difícil no sentir miedo ante el diferente que puede arrebatarlo lo que él no tiene.

Pero podemos estar seguros de que ahora, como en todos los tiempos, existen hombres y mujeres insatisfechos con el presente estado de cosas. Sueñan con otro mundo posible, con situaciones más propensas para el desarrollo sostenible de personas, de pueblos y de la misma naturaleza.

Como aparece en el relato de Isaías, respecto de la marcha hacia la libertad que el pueblo de Israel va a emprender, es preciso ponerse en pie y descubrir las luces que nos indican el camino que conduce a situaciones más humanas que permitan construir un mundo justo y fraterno.

Cuando se emprende un camino (una nueva etapa en la vida, un año nuevo, o una simple excursión) se hace con la ilusión de llegar al final, con el bullicio que produce el estrenar botas, calendarios o nuevos objetivos; estamos llenos de energía y de buenos deseos.

Pero todos tenemos la experiencia de que, tarde o temprano, aparecen las dificultades en nosotros mismos o en los demás; recibimos propuestas y solicitudes para cambiar de ruta, para entretenernos en cosas más placenteras y olvidarnos de las ilusiones de tiempos pasados.

Los objetivos primeros se difuminan, se pierden, y nos quedamos parados o nos dedicamos sólo a lo que nos parece más provechoso para nosotros y para los nuestros. Los pasos cada vez se hacen más costosos y pesados, el camino se pone cuesta arriba y pensamos en renunciar y volver a lo de antes.

Necesitamos recuperar fuerza, renovar la confianza en nosotros y en los demás; en ocasiones, solicitar ayuda, preguntar, juntarnos a otros. Esto es lo que hacen los Magos cuando pierden su estrella; acuden a las personas que ellos piensan que también buscan lo mismo aunque sean de otra nación y de otra religión.

El pasaje de los Magos, exclusivo del evangelio de Mateo, y que está lleno de simbolismos, nos ayuda a comprender que al secreto escondido de Dios se llega también por caminos diferentes al religioso y que, en ocasiones, las personas religiosas no se mueven de sus seguridades culturales y del mero cumplimiento de normas.

Estos personajes ponen en común sus luces, las que han hecho posible que abandonen la seguridad de sus casas; comparten la dificultad que se les plantea al perder de vista lo único que tenían claro: la estrella que les guiaba. Y depositan lo que tienen, sus cofres, a los pies de Aquel que reconocen como el depositario de todas las promesas y de todos los proyectos para la humanidad: **«un Niño con su Madre»**.

Así ha sido siempre, y lo sigue siendo; un niño es un proyecto de persona adulta al que todos estamos invitados a llegar; una madre es la imagen de persona que atiende y acompaña la realización de ese proyecto, sin imponer el suyo propio. Así lo es Jesús para todos nosotros, y así debe ser la comunidad de creyentes para todas las gentes que se acercan a nosotros.

**¿Con qué luces contamos este año nuevo para llevar adelante nuestros proyectos personales y comunitarios? ¿En qué personas, cosas e instituciones tenemos puesta nuestra confianza y con cuáles estamos participando? ¿Qué regalos hemos hecho a las personas que tenemos a nuestro lado?**

**EL BAUTISMO DE JESÚS**

**1ª lectura** (Isaías 42,1-4.6-7): *Mirad a mi siervo; mi elegido, a quien prefiero.*

**2ª lectura** (Hechos 10,34-38): *Dios no hace distinciones.*

**Evangelio** (Marcos 1,6b-11): *Detrás de mí viene el que puede más que yo.*

Marcos comienza su evangelio con la presentación solemne de Jesús. Un desconocido que se acerca, en el Jordán, a recibir de manos de Juan el bautismo. Pero Juan lo descubre y lo da a conocer a todos públicamente: **«yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo»**. Las palabras del bautista reciben confirmación de lo alto y una voz del cielo presenta a Jesús **«Tú eres mi Hijo amado, mi preferido»**.

Cuando celebramos la fiesta del **bautismo de Jesús**, celebramos también, y con toda solemnidad, nuestro propio bautismo. Porque nosotros hemos sido bautizados con agua y en Espíritu, tal como anticipó el Bautista. Y, por el bautismo hemos recibido nueva vida: **la de hijos de Dios**.

Por el bautismo nos incorporamos a Cristo, a su cuerpo místico, que es la Iglesia. Y en el bautismo también nosotros somos ungidos por el Espíritu para continuar la misión de Jesús, la que Él confió a su Iglesia, a nosotros que formamos la Iglesia de Cristo. Esa misión no es otra que la de ir por el mundo anunciando la Buena Noticia y bautizando a los que crean y así lo deseen. Nuestra misión, por tanto, está en el mundo, con el mundo y es una misión para el mundo.

El profeta Isaías en su *“Primer poema del siervo del Señor”* (1ª lectura), con todo detalles nos anticipa la misión de Jesús, el siervo de Yahvé, el Hijo de Dios enviado a traer el derecho a las naciones, sin aprovecharse de unos ni machacar a los otros, para implantar la justicia, para librarnos de la ignorancia y de la exclusión, abriéndonos los ojos y los oídos, y librándonos de la opresión y de la servidumbre a los ídolos.

Así mismo nos lo recuerda Pedro tras su visita a casa de Cornelio: **«Me refiero a Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió con Espíritu Santo y poder. Él pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él»** (2ª lectura). Porque Dios no hace distinción de personas, sino que, en cualquier nación, el que respeta a Dios y obra rectamente le es grato.

Detalladamente nos lo explicó el Concilio Vaticano II, en la constitución sobre la Iglesia en el mundo, al asumir como propias las alegrías y penas, los gozos y esperanzas de todos los hombres y mujeres del mundo. De manera que, como Jesús, sus discípulos tenemos que vivir en el mundo haciendo el bien y liberando del demonio y sus seducciones a nuestros semejantes.

Defender el derecho y la justicia, liberar de la ignorancia y de la opresión, curar enfermedades y sufrimientos, repartir alegría y amor, poner paz y entendimiento entre las gentes y los pueblos es nuestra tarea. Porque no hay anuncio del Evangelio, no hay Buena Noticia, cuando sólo hay buenas palabras y no obras de liberación a favor de los seres humanos.

Nuestro compromiso bautismal, las promesas que en nuestro bautismo hicieron nuestros padres y padrinos, es un compromiso con Cristo y su misión recibida del Padre. Tenemos que ser con Cristo, cristianos, de manera que como Pablo podamos también decir que Cristo vive en nosotros. Y, como Cristo, tenemos que hacer de nuestra vida una vida al servicio del mundo, sin limitaciones, ni escapismos.

Precisamente el sacramento del bautismo ritualiza toda la vida de Cristo desde que fue bautizado por Juan en el Jordán hasta que consumó su entrega en la cruz y en la resurrección. El agua que nos da la vida es también el agua de la que salimos, resucitados a la vida, como hermosamente nos recuerda Benedicto XVI en su obra *“Jesús de Nazaret”*. **«Nuestro compromiso con Cristo, renovado en el sacramento de la confirmación, es el compromiso que se actualiza cada vez que participamos de la eucaristía, uniéndonos al sacrificio de Cristo que da la vida para que todos tengan vida»**. Y es el compromiso que debemos vivir en cada instante de nuestra vida.

***¿Hemos aceptado el compromiso que en nuestro nombre hicieron nuestros padres y padrinos en el bautismo?***

***¿Hemos recibido, conscientemente, el sacramento de la confirmación?***

***¿Hasta qué punto nos sentimos cristianos, comprometidos con Cristo?***

***¿Somos conscientes de la misión que hemos recibido?***

***¿Tratamos de vivir nosotros como verdaderos cristianos?***

***¿Trabajamos en algún grupo parroquial o diocesano?***

***¿Nos preocupa compartir nuestra fe con los que no la conocen?***

**DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (1º Samuel 3,3b-10.19): *Aquí estoy; vengo porque me has llamado.*

2ª lectura (1ª Corintios 6,13c-15a.17-20): *Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!*

Evangelio (Juan 1,35-42): *Venid y lo veréis.*

Es la pregunta que le hacen a Jesús dos discípulos de Juan. Jesús «pasaba», y Juan lo presenta: «*Éste es el Cordero de Dios*». Para el israelita piadoso, la expresión «*cordero de Dios*» evoca la historia de salvación realizada por Dios con su pueblo, recordada cada año en la fiesta de Pascua con el sacrificio de los corderos.

Este «*Cordero*» es también la víctima inocente, el siervo de Yahvé de los Cantos de Isaías que carga sobre sí los pecados de la humanidad. Por eso, la presentación que el Bautista hace de Jesús es bien sugerente y atractiva, y los discípulos se sienten orientados hacia aquel personaje y le siguen.

«*Maestro, ¿dónde vives?»* Como ocurre con tanta frecuencia en los evangelios, la respuesta de Jesús es una invitación al seguimiento. Para Jesús, no se trata de almacenar saberes, sino de vivir una experiencia: «*Venid y lo veréis*».

Tal vez uno de los errores que hemos vivido y seguimos viviendo en la Iglesia es que hemos desarrollado mucho el conocimiento y las teorías, que con ello hemos creado divisiones entre formas diversas de pensamiento, y que hemos olvidado, con frecuencia, el proyecto de Jesús; la fraternidad universal y la paternidad de Dios, que muestra su amor a todos en su preferencia por los más pobres y por los que más sufren.

Y esto nos ha ocurrido incluso con la Biblia. La Biblia sólo es Palabra de Dios cuando somos capaces de llegar a la cumbre de su significado: «*La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*» (Juan 1,14).

La Palabra, lo que llamamos y veneramos como «*Palabra de Dios*», es mucho más que un libro: es una Persona, es Jesús de Nazaret, plenitud de lo que Dios es cuando se dice a sí mismo en su «logos»: «*El eterno hecho hombre en la historia humana, para hablar a los hombres las palabras de Dios y el amor que Dios les tiene*». No es una palabra para ser conocida, sino para ser encarnada y vivida.

El conocimiento del Dios cristiano sólo se alcanza en el seguimiento de Jesús. Por eso, la invitación de Jesús a los discípulos de Juan «*Venid y lo veréis*», no es un capricho del que busca hacer prosélitos, pecado entre nosotros muy frecuente. Sólo Jesús debe ser seguido. Juan Bautista lo tiene claro: «*Él es más grande que yo*». Y señala a sus discípulos a quién deben seguir: «*conviene que Él crezca y yo mengüe*».

La búsqueda de Jesús, el encuentro con Jesús, el seguimiento de Jesús es el sentido de la vida de todo cristiano: «*Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*». Un conocimiento en el que toda la persona y toda su vida se sienten implicadas e interpeladas.

Muchas homilías y reflexiones comentarán cómo quedó grabado aquel encuentro en el corazón del que lo relata. Pasados muchos años, recordará que «*serían las cuatro de la tarde*». Seguramente, todos nosotros recordamos momentos en los que ocurrió algo importante en nuestra vida. Es la experiencia a la que Dios nos llamó y nos sigue llamando, es el momento que Jesús desea para nosotros: nuestro encuentro con Él.

Desde su encuentro con Jesús, los discípulos se convierten en nuevos «*presentadores*»: «*Hemos encontrado al Mesías*», dice Andrés a su hermano Simón, y lo lleva a Jesús. Jesús se le queda mirando y le dice: «*Tú eres Simón; tú te llamarás Cefas (Pedro)*». También aquí debemos conocer la importancia que tiene en el mundo israelita el «*dar nombre*» a las personas y el significado que ello tiene en el futuro y en la actividad de esa persona.

Se cierra así el ciclo del encuentro con Jesús: la vida, mi vida, tiene un significado a la luz de Jesús. Algo tengo que hacer yo en lo que Él ha venido a hacer al mundo. He quedado implicado en su tarea, en su proyecto, en la realización del Reino.

Para que lo podamos hacer, nos prometió que se quedaría con nosotros «*todos los días hasta el fin del mundo*», y que su Espíritu nos iría conduciendo hacia la verdad completa. Un Espíritu capaz de transformar -el pan y el vino, dones que ponemos en el altar, en su Cuerpo y su Sangre-, sacramento que Él nos mandó celebrar en conmemoración suya, y que tiene fuerza más que suficiente para transformar también nuestras vidas.

**¿Me atrae con fuerza la persona de Jesús? ¿Le estoy siguiendo? ¿Qué personas y situaciones me ayudan a vivir el encuentro con Jesús? ¿He llevado a alguien a encontrarse con Jesús? ¿A quién se lo he presentado?**

**DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Jonás 3,1-5.10): *...predícale el mensaje que te digo.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 7,29-31): *...el momento es apremiante.*

**Evangelio** (Marcos 1,14-20): *Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres.*

En los evangelios encontramos a Jesús en una constante actitud de invitación y de convocatoria. Él dirige, constantemente, su palabra a distintas personas. Hombres y mujeres, adultos y niños, pobres y ricos, pecadores, publicanos, extranjeros... y tantos más.

Todos van a quedar sorprendidos, cautivados, nunca indiferentes. En muchos se producirá un cambio radical de sentido y orientación en su vida, nada va a ser igual, hay un antes y un después. Es el “*efecto llamada*”. Pecadores que viven reconciliados, enfermos que encuentran la salud, marginados que recuperan la dignidad... la vida adquiere una dimensión nueva para ellos. La llamada les vincula a Jesús, y éste cuenta con ellos para anunciar el Reino y vivir el Evangelio.

La seguridad y rapidez en la respuesta de aquellos pescadores nos cuestiona y nos parece imposible. **¿Es posible hoy? ¿Está a nuestro alcance?** Nuestro encuentro con Jesús es diferente; nosotros no lo vemos al lado del mar de Galilea, ni escuchamos su llamada del mismo modo que algunos lo hicieron hace dos milenios.

Nuestra relación con Jesús es distinta, pero también es una experiencia personal de las que marcan la vida. La escucha de la Palabra, la celebración de los sacramentos y compartir la vida en comunidad son lugares de encuentro con Jesucristo. Otras muchas personas lo encuentran en su vida cotidiana, en los acontecimientos de nuestro mundo y en las necesidades de los desfavorecidos.

La realidad se convierte en llamada de Dios que urge nuestra respuesta. Nos llama a colaborar con Él en la construcción de su Reino de Amor, justicia y perdón. No se trata de ser perfectos sino de vivir un cambio radical (en la raíz) de nosotros mismos que nos haga ser «*criaturas nuevas*».

También los cristianos del siglo XXI estamos convocados a “*vivir en cristiano*”, o lo que es lo mismo, vivir el camino de Jesús, en la forma que realizó su existencia terrena y seguir al Cristo resucitado, presente hoy en la historia. Lo importante es el cambio de corazón que se concreta en una orientación nueva de vida. Es la conversión.

En este proceso no estamos solos, ¡sería imposible! La conversión es un don de Dios. Él ha salido a nuestro encuentro y nos da la posibilidad de realizarnos totalmente. Es Él quien nos ama, se adelanta y es fiel. Nos da su perdón, especialmente al pecador, es la “*bondad*” arrolladora de Dios.

También nosotros somos protagonistas en el seguimiento de Jesús, no todo depende de Dios. Las personas, tenemos una serie de capacidades que podemos y debemos utilizar: son las capacidades de pensar, de conocer, de relacionar, de razonar, de sentir... En definitiva, se trata de ser personas y dirigir nuestros pasos a Jesús. Así experimentamos la realidad de un modo nuevo, reaccionamos desde la escala de valores del Evangelio y expresamos nuestra vida con un talante nuevo.

La comunidad es el espacio y la meta de la conversión. En ella celebramos y vivimos la fe de modo comunitario, nos ofrece un lugar de formación y crecimiento y acompaña nuestro proceso de seguimiento de Jesucristo. No es casual que Jesús convocase a otros, desde el comienzo de su ministerio para que estuvieran con Él y enviarlos a predicar.

La comunidad será, en nuestro mundo, signo de nuevas relaciones fraternas y semilla de “*otro mundo posible*”. La Iglesia está llamada a ser una comunidad que haga realidad hoy el Evangelio y continúe la misión y el estilo de vida de Jesús.

El mensaje de Jesús es para todos. No sólo para curas, religiosos y religiosas. Toda vocación es “*peculiar*” porque interpela la libertad de cada hombre y de cada mujer, originando una respuesta personal e irrepetible. Hoy nos preguntamos por nuestra experiencia de vocación y cómo nos hemos sentido llamados por Dios para formar parte de su familia y hacer nuestra su misión de construir el Reino.

Todos somos necesarios e insustituibles. Dios tiene una invitación única y personal para cada persona, y cada una tiene una experiencia diferente del encuentro con Dios.

**¿Experimento la “bondad arrolladora de Dios” y confío en que Dios sigue llamando hoy?**

**¿Vivo la vida como seguimiento de Jesucristo y colaboración en su tarea? ¿Cómo?**

**¿Colaboro en la edificación de la comunidad?**

**¿Qué rasgos tengo que asumir para ser más fiel al Evangelio?**

**DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Deuteronomio 18,15-20): *A él lo escucharéis.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 7,32-35): *Quiero que os ahorréis preocupaciones.*

**Evangelio** (Marcos 1,21-28): *No enseñaba como los escribas, sino con autoridad.*

Nosotros muchas veces escuchamos el evangelio y la explicación que el celebrante nos quiere transmitir en la homilía sin mucha atención, como distraídos. Tenemos la impresión de que todo eso ya lo hemos oído antes y que no va mucho con nosotros. Nos deja un tanto fríos.

Aquella mañana en la sinagoga de Cafarnaún, los que escucharon a Jesús se quedaron asombrados de su enseñanza. Notaron enseguida que aquel desconocido no hablaba como los escribas y fariseos. No hablaba por oficio, no era un profesional de la palabra. No se perdía en largos comentarios y citas de autoridades en la materia, ni repetía lo mismo de siempre, ni trataba de imponerlo gritando o intimidando a sus oyentes.

Aquel desconocido hablaba con autoridad, arriesgando, innovando, tratando de acercar el texto a la comprensión y altura de sus oyentes, hablaba con sencillez, con cercanía, tratando de hacer asequible lo que enseñaba, buscando convencer e ilusionar a los oyentes con los textos de la Escritura, de modo que la Palabra de Dios sonase cercana y asequible a sus mentes.

Y eso se notaba, se palpaba en el ambiente que estaban atentos, pendientes de lo que decía, y suscitaba el entusiasmo y la admiración en los oyentes, que se deshacían en elogios y lo seguirían luego a todas partes.

Hablar con autoridad no es hablar autoritariamente, desde la cátedra, desde una situación ventajosa, desde el poder jerárquico, desde una posición de superioridad. Jesús no había asistido a la escuela de los rabinos, ni pertenecía a la jerarquía sacerdotal, ni tenía un pasado glorioso o unos parientes bien situados. Los que se asombraban al escucharle, también se preguntaban de dónde sacaría todo eso el *“hijo del carpintero de Nazaret”*.

La autoridad de Jesús venía de su autenticidad, porque Él no predicaba obligaciones a los demás que Él no cumplía. Jesús hacía lo que decía: *«Si no creéis en mí, creed en mis obras; ellas dan testimonio de mí»*. Jesús confirmaba su doctrina con sus obras de liberación, curando a los oprimidos por el diablo y sanando toda clase de dolencias.

Pero no importa nada, al contrario, después de exponer las cosas con la sencillez de las parábolas, concluía que *«el que tenga oídos para oír que oiga. Y el que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga»*. Y su mandato a los discípulos fue *«ir al mundo entero y predicar el Evangelio»*, dejando libertad para que el que crea y quiera se bautice.

Los que creían en Él, reconocían que tenía palabras de vida eterna y lo siguieron, incluso después de la cruz, hasta nuestros días. Los que no daban crédito a sus palabras, le tenían por loco o lo consideraban enemigo del sistema y lo acorralaron hasta darle muerte en la cruz.

Pero su palabra sigue entusiasmando y asombrando y atrayendo, día tras día, a más creyentes. Porque, en definitiva, la autoridad de Jesús, la de su palabra, no puede ser mayor, ya que Él es la Palabra de Dios. De muchas maneras habló Dios a los hombres, suscitando innumerables profetas que dijeran al pueblo su pensamiento. Pero su palabra definitiva está pronunciada en Jesús, palabra encarnada, palabra hecha vida, palabra cumplida, palabra henchida de esperanza para todos los que creemos en Él.

Jesús es el compendio de toda la Escritura (la ley y los profetas), es Palabra de vida y para la vida. De ella vivimos los cristianos. A ella nos acercamos para alimentarnos todas las semanas.

**¿Escuchamos las lecturas con atención?**

**¿Tenemos presente que son Palabra de Dios?**

**¿La acogemos con entusiasmo en nuestro corazón?**

**¿Es de verdad Vida para nuestras vidas?**

**¿Leemos con frecuencia la Biblia?**

**¿Comentamos alguna vez lo leído?**

**¿Nos hacemos eco de la Escritura?**

**¿Invitamos, sugerimos, facilitamos el contacto de otros con la Biblia?**

**DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Job 7,1-4.6-7): *Recuerda que mi vida es un soplo.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 9,16-19.22-23): *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*

**Evangelio** (Marcos 1,29-39): *Curó a muchos enfermos de diversos males.*

Una vez que Jesús ha formado el primer grupo, comienza su actividad, que Marcos inserta en la vida religiosa (sinagoga) de su tiempo, pero no se encierra en ella; va donde se encuentra la gente injertándose en la vida. De este modo, el Reino de Dios se manifiesta en todas partes: en privado y en público, en lo religioso y en lo profano.

Así Jesús se presenta anunciando una Buena Noticia y sanando; entre esas dos partes de su actividad existe una cierta tensión que queda reflejada al final del texto, cuando dice: **«Se levantó y salió; se marchó a un despoblado y se puso a orar»**. Jesús constata que su actividad sanativa no ha sido bien interpretada; sus seguidores están aferrados a un Mesías al servicio de sus intereses, por eso le buscan, no porque se les anuncie la Buena Noticia.

Una vez que Jesús fue bautizado por Juan el Bautista, se siente llamado a salvar a Israel, no a base de inducir a todo el mundo a un bautismo de arrepentimiento; se orienta más bien en otra dirección, que guarda relación con los pobres, los pecadores y enfermos. Jesús se da cuenta de que la verdadera historia de la humanidad es la historia del sufrimiento, y esta experiencia de sufrimiento englobaba tres categorías de personas: los pobres, los pecadores y los enfermos.

Al ponerse uno en contacto con el Evangelio, lo primero que se observa es que Jesús fue un sanador, y que su ministerio de sanación fue global e integral, es decir: un sanar a la persona por entero. Para Jesús, curar al enfermo es más urgente que la observancia del sábado.

La salud es una parte esencial del mensaje evangélico. Toda su vida, su predicación, sus enseñanzas y sus gestos tenían un efecto sanativo. Para Jesús, nada es peor que ver sufrir a las personas y pasar de largo junto a ellas sin desear ayudarles.

Jesús con su anuncio del reino, con sus gestos en relación con los pobres, pecadores y enfermos, al invertir el orden existente y colocarlo en su verdadero sitio según el proyecto de su Padre, aportaba un gran alivio a quienes se sentían marginados, sobrecargados y encorvados por el aplastante sistema de aquel tiempo. Jesús con su enseñanza trata de liberar de la ceguera, abrir los ojos, para que vieran el mundo de modo diferente, para que lo vieran tal cual es, y, sobre todo, para que vieran a Dios como Padre amoroso que nos perdona.

El mensaje de Jesús engloba las relaciones con Dios y con nuestros prójimos. Pues el centro de su mensaje era la preocupación que Dios tiene por cada una de las personas tal como se encuentran. La Buena Noticia, de que todos somos hijos iguales de Dios, que comenzó a vivirse en las alegres comidas de Jesús con los pecadores y gente de mala reputación, tenía efectos sanativos, al ser sanación de heridas, de resentimiento, de inseguridad y ansiedad; al llevar una gran paz a las personas angustiadas por la culpa.

Todas estas actividades de Jesús tienen su raíz y fuente en su peculiar experiencia de Dios como Padre amoroso, compasivo y misericordioso para los seres humanos. Dios ama y perdona a todos incondicionalmente; con esta convicción se acerca Jesús a la gente. Su actitud con los que eran etiquetados como pecadores, era asombrosamente diferente de la actitud de los líderes religiosos de su tiempo. Éstos juzgaban y condenaban a estas personas. Jesús, sin embargo, los acogía y comía con ellos. Según la praxis de Jesús, lo que hacía falta no es acusar, ni condenar, sino sanar.

La misión de la Iglesia y del cristiano, será creíble si se dedica a sanar a la actual humanidad gravemente enferma, en lugar de buscar chivos expiatorios, para acusarlos, culparlos y condenarlos.

La liturgia alaba a Dios que nos ha redimido de la muerte; pero en realidad no hemos sido librados de la muerte física. Con todo, hemos sido liberados de una muerte carente de sentido. No hemos sido rescatados del sufrimiento y de la enfermedad, sino que el sufrimiento y la enfermedad han sido redimidos.

La humanidad y el universo, según san Pablo, están enfermos. Enfermedad que se debe a muchas y muy diversas causas: la contingencia, limitación y desgaste; la negativa del hombre a edificar la tierra; la glorificación del “yo”; el negarse a amar, etc.

La enfermedad y el sufrimiento afectan a nuestra existencia humana en su totalidad, y la capacidad de hacerles frente depende de la destreza para encontrar y dar sentido a la totalidad de la vida, en vez de evadirse de las dificultades, asumiendo y aceptando la propia existencia tal como es.

Esta espiritualidad de asumir la totalidad de la vida es central en el Nuevo Testamento: Jesús carga con los pecados del mundo y del hombre y los sana desde dentro. Lo que cura es el amor. El universo quedará curado por hombres y mujeres de amor universal. Lo que sana es la actividad del hombre, impulsada por el amor de Dios hacia la humanidad.

**DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Levítico 13,1-2.44-46): *Vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 10,31-11,1): *Hacerlo todo para gloria de Dios.*

**Evangelio** (Marcos 1,40-45): *Si quieres, puedes limpiarme.*

No podríamos decir con total seguridad si es cosa de Jesús o interpretación que la primera comunidad cristiana hace desde su convicción o desde su entusiasmo, pero en los evangelios aparece un matiz provocador y descarado, casi desafiante, atribuido a Jesús en relación con los sectores oficiales de la religión.

Estando clara la prohibición del contacto humano con los afectados de lepra, pero, Él permite a un leproso acercarse y en un gesto lleno de... **¿De qué?** Lo tocó.

Previamente el evangelio nos dice que «*sintió lástima*», lo cual nos aclara que en su ánimo no estaba tanto la provocación como la piedad, la compasión o la lástima, palabras evocadoras hoy de matices negativos. Nadie quiere ser objeto de tal cosa, nadie pide compasión ni busca ser objeto de la piedad ni quiere ser mirado con lástima.

Sin embargo, con frecuencia, pedimos comprensión, que alguien se ponga en nuestro lugar, se haga cargo de nuestra situación y trate de entender lo que pasa por dentro de quien está en nuestro caso.

Un ser compasivo es capaz de sentir y sufrir con quien lo pasa mal. Tener piedad es conservar la capacidad de conmoverse por dentro, en las entrañas, experimentando un movimiento corporal que muestra, a la vez, rechazo a una situación y cercanía a quien sufre esa misma situación. Como el que se relaja ante un cuadro o se excita ante una injusticia.

Tener lástima es mantener la capacidad de lamentar que el mundo permita que todavía se oigan tantos lamentos, gemidos y clamores de angustia por sufrir carencias tan vitales y sufrimientos tan esenciales.

Quien conserva la capacidad de conmoverse no consentirá, es decir, no se hará “*cómplice*” con quien causa la negatividad del mundo.

Es cuestión de pequeñas diferencias orientar la lucha contra la negatividad por la vía de los ritos, tabúes, magia e impurezas contaminantes que apartan, excluyen y marginan o, por el contrario, orientarla por la vía de la acción transformadora que se centra en las personas que sufren para dar la vuelta desde ellas y lograr su integración.

El que se acoge a ritos de protección frente al mal, arranca de un sentido y de una actitud egoísta, porque se considera incapaz de luchar y pretende, únicamente, que el mal no le afecte a él ni a los suyos.

El que se decide a la lucha contra el mal, necesita una convicción fuerte que le ayude a superar el miedo ante las fuerzas del mal que le amenazan y que reaccionan con sus temibles reproches o sus efectistas maldiciones.

El gesto de hoy que Jesús hace con un leproso nos pone en el centro de nuestra reflexión el sentido que cada de nosotros y todos como comunidad le damos a la religión que practicamos.

Hay un sentido religioso de protección que fundamentalmente es excluyente más que integrador para evitarnos contagios y darnos seguridad.

Hay un sentido religioso que pretende el reconocimiento, el clientelismo y el proselitismo en lugar de ser liberador y desinteresado.

Hay un sentido religioso que pone las normas en el centro para resaltar su cumplimiento y descuida el valor fundamental de las personas por encima de normas, ritos y costumbres.

Hay un sentido religioso moralizante que pretende reafirmar la responsabilidad, el respeto y el orden por encima de la piedad, la sensibilidad y la conmoción entrañable y compasiva ante el dolor ajeno.

Cada uno debe revisar su propia religiosidad desde el dilema en que nos coloca Jesús con su provocación.

Podemos seguir con nuestras magias protectoras o podemos decidirnos a cultivar esos valores interiores de la relación cercana y capaz de ternura con los otros.

Jesús no insiste tanto en las formas normativas sino en casos entrañables. Lo que a Él más aceptable le parece es despertar los sentimientos que, revisados con la razón, nos empujen a ser actores de la historia, junto con Dios. Esa decisión entraña riesgos, pero introduce en el ámbito de los milagros que no son juegos mágicos sino acciones a favor de los demás que parecían desbordarnos pero que pueden darse, y se dan.

**¿Es tu religión un conjunto de fórmulas protectoras?**

**¿Te lleva tu religión a preguntarte por los demás y ver lo que necesitan?**

**¿Son los que sufren tu mejor imagen de veneración y atención?**

**DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Isaías 43,18-19.21-22.24b-25): *Mirad que realizo algo nuevo.*

**2ª lectura** (2ª Corintios 1,18-22): *Él nos ha ungido.*

**Evangelio** (Marcos 2,1-12): *Nunca hemos visto una cosa igual.*

En estos primeros domingos del tiempo ordinario, hemos visto a Jesús enseñando en las sinagogas y asombrando con su enseñanza, curando enfermos de diversos males y expulsando demonios, levantándose de madrugada para orar en un descampado, y, en el último domingo, limpiando a un leproso. Como resultado de esta actividad, Marcos terminaba su relato con esta expresión: **«acudían a él de todas partes»**. Fue la última frase del Evangelio que oímos la pasada semana.

Hoy se nos proclama el relato de la curación de un paralítico. Con un añadido especial: la curación está precedida de una frase **«Hijo, tus pecados quedan perdonados»** que Jesús pronuncia al ver la fe de los cuatro que llevan la camilla del enfermo.

Este hecho provoca en todos los presentes reacciones muy distintas. Unos escribas piensan en su interior que Jesús blasfema, iniciándose así el conflicto entre Jesús y algunos de los dirigentes religiosos de su pueblo. Otros, nos dice el final del relato, se quedan asombrados y dan gloria a Dios. Nunca han visto nada igual, Jesús es diferente.

Todos nosotros, toda la Iglesia, somos llamados a hacer actual y presente esta enseñanza. En Jesús ha llegado a plenitud la compasión de Dios hacia el hombre enfermo y pecador. Ésa debe ser la actitud de los seguidores de Jesús, en una doble dirección: sanando a los demás y dejándonos conducir por otros a la fuente de la salud y del perdón.

Está muy próxima la Cuaresma. Durante esos días se organizaran en parroquias y en comunidades cristianas actos y celebraciones penitenciales. Seremos invitados a acudir confiadamente a la misericordia y el perdón divinos: **«Misericordia; Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa»** (salmo 50). Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

En algún momento de la Cuaresma oiremos decir esta frase: **«Venid, aunque sean vuestros pecados como la grana, como nieve blanquearán»** (Isaías 1,18). A veces nos cuesta dejarnos perdonar, porque en el fondo no nos perdonamos a nosotros mismos.

Nos es necesario nacer de nuevo para dejarnos perdonar por el inmenso amor de Dios. A Dios no hay pecado que se le resista si tenemos un corazón contrito y humillado. Lo escuchamos hoy de labios de Jesús: **«El Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados»**. Y la curación del paralítico es el signo eficaz del perdón de los pecados. Incluso cuando el paralítico no pronuncia ni una sola palabra invocando el perdón.

Con la misma generosidad con que Dios perdona, en Jesús, la Iglesia, a cuyo servicio está en nombre de Dios, debe otorgar el perdón. También en la Iglesia hemos sido **“más papistas que el Papa”** a la hora de otorgar el perdón, y lo seguimos siendo en muchos casos. Demasiadas trabas se han puesto y se siguen poniendo en la administración del perdón divino.

Un arrepentimiento sincero mostrado del mil maneras mueve la compasión de Jesús al perdón del pecador: **«Un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias»**, canta el Salmo 50, el Miserere, el Salmo penitencial por excelencia. ¿Por qué exigir más? Tampoco menos.

Unas **«Celebraciones Comunitarias del Perdón»**, que deben ser preferidas a una celebración individual y casi privada (Constitución conciliar sobre la Liturgia, 27), bien preparadas y realizadas en la comunidad celebrante, pueden y deben ayudar a vivir esa actitud del sincero arrepentimiento, que nos abre al perdón de Dios.

Una última reflexión sobre el texto: algunos de los presentes en la escena piensan que Jesús blasfema. Será una acusación que se mantendrá hasta que consigan acabar con Él (Marcos 14,64). Pero hay otros que al ver lo sucedido daban gloria a Dios. Una actitud muy positiva y que debemos hacer nuestra: **“¡Gracias, Señor, por tu amor y tu perdón!”**

**¿Hemos ayudado a alguien a acercarse a Jesús?**

**¿Nos dejamos conducir por otros a ese encuentro sanador?**

**¿Acepto y agradezco que Dios me perdone?**

**MIÉRCOLES DE CENIZA**

Cuando un miércoles, día en medio de la semana, nos reunimos en la iglesia para una celebración, ¿Por qué lo hacemos?

1. **para recibir la cruz de la ceniza;**
2. **para comenzar los cuarenta días de la Santa Cuaresma con una actitud adecuada;**
3. **para poder celebrar la fiesta de Pascua con un corazón purificado.**

1) – **LA CRUZ DE LA CENIZA.** La imposición de la ceniza es un resto de lo que se hacía con los penitentes públicos: *“Quedaban excluidos de la celebración eucarística, tomaban la vestimenta de penitentes y se esparcía ceniza sobre sus cabezas, como símbolo de caducidad, muerte y penitencia”*. A nosotros, se nos impone la ceniza, pero la recibimos en forma de cruz. Ambas cosas son importantes: la ceniza y la cruz.

La ceniza es signo de muerte. *«Recuerda, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir»*. La muerte es cotidiana, incomprensible y misteriosa. Llegará un día en que ya no viviré. Así es la realidad. Seamos sobriamente realistas y no excluyamos la muerte de nuestras vidas: *«Enseñanos a llevar buena cuenta de nuestros años para que adquiramos un corazón sensato»* (Salmo 89,12).

La cruz es signo de vida, de esperanza. Por la cruz en la que el Señor murió por nosotros somos salvados en la vida de Dios: *«Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida»* (1ª Juan 3,14).

En primer lugar, somos seres mortales, polvo y nada más que polvo; y, queremos reconocerlo hoy con toda seriedad. Desde nuestro nacimiento caminamos hacia la muerte. Queremos confesar como Abrahán confesó: *«Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza»* (Génesis 18,27).

Y como también somos seres redimidos, recibimos la ceniza, símbolo de nuestra caducidad, con el signo de la cruz. Que somos polvo y ceniza es una realidad, pero no la única, ni la última realidad. Con Pablo podemos preguntarnos: *«¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte?»*. Y como redimidos por la cruz podemos responder también con Pablo: *«Gracias a Dios, por Jesucristo, nuestro Señor»* (Romanos 7,24). *«Él transformará nuestro humilde cuerpo conforme a su cuerpo glorioso»*.

Estas son las dos realidades de nuestra condición humana. Nosotros somos polvo, pero polvo en las manos de Dios salvador que en Cristo se ha apiadado de nosotros. Sólo cuando reconozcamos sinceramente que somos polvo y ceniza marcharemos alegres al encuentro de la fiesta de Pascua, a la gran Pascua del paso de la muerte a la vida.

2) – **UNA ACTITUD ADECUADA.** Si queremos celebrar la Pascua con fruto, tenemos que marchar hacia ella con la actitud adecuada: *«Convértete y cree en el evangelio»*. La lectura del profeta Joel nos dice en qué consiste esta actitud: *«Convertíos a mí de todo corazón»*. Una conversión que no se agota en celebraciones litúrgicas, sino que es una conversión del corazón. Dios llama a la reconciliación: *«Pues mirad: Ahora es tiempo de gracia; ahora es el tiempo de la salvación»* (2ª Corintios 6,2).

Jesús nos ha mostrado en el evangelio tres caminos concretos para lograr esta reconciliación: la limosna, la oración y el ayuno. Propiamente se trata siempre de lo mismo en los tres caminos que Jesús nos muestra: tener un corazón y unas manos libres para Dios y para el prójimo.

Sobre el tiempo de Cuaresma resuena la voz de Dios a Moisés desde la montaña de los diez mandamientos: *«Yo soy el Señor, tu Dios»*. La Cuaresma es un tiempo de conversión de la mentira a la verdad, de lo caduco a lo eterno, de los ídolos al verdadero Dios. La Cuaresma es conversión y vuelta a casa. Vuelta a casa, desde la perdición al Padre: *«Sí, me levantaré, volveré junto a mi Padre»* (Lucas 15,18).

3) – **PARA CELEBRAR LA PASCUA CON CORAZÓN PURIFICADO.** Todas las prácticas cuaresmales, nuestro ayuno, nuestra renuncia, nuestra penitencia, nuestra confesión no son para nosotros cristianos un fin en sí mismo, sino que tienen un sentido: *«para que podamos llegar con el corazón limpio a la celebración del misterio pascual de tu Hijo»*.

Queremos despojarnos de toda falsa suficiencia y abrir nuestra vida y hacerla transparente para Dios, que es el solo Señor. Todos los ejercicios de ayuno que acostumbramos a hacer voluntariamente quieren servir a este fin de la conversión a Dios.

*«Con el ayuno Cuaresmal refrenas nuestras pasiones, elevas nuestro espíritu»* (Prefacio Cuaresma). La renuncia voluntaria a favor del mundo que pasa hambre nos hace colaboradores de Dios en un proyecto de mundo que aspira a ser un reino de justicia y de amor.

**¿Estoy dispuesto a compartir mediante la limosna?**

**¿Busco la cercanía de Dios mediante la oración?**

**¿Mediante renuncia voluntaria quiero romper lazos de dependencia y tener un corazón libre?**

**DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA**

1ª lectura (Génesis 9,8-15): *Pondré mi arco en el cielo.*

2ª lectura (1ª Pedro 3,18-22): *Unos pocos se salvaron cruzando las aguas.*

Evangelio (Marcos 1,12-15): *Está cerca el Reino de Dios.*

Una opción realista de nuestro mundo deja poco espacio al optimismo. La situación profunda del ser humano, por mucho que algunos pretenciosos ideólogos quieran negarlo, es muy preocupante. Quienes tienen los ojos preparados para mirar en las profundidades de la realidad social y de la psicología humana, están asustados de lo que ven.

Actualmente no conocemos un literato importante que sea positivo sobre el futuro humano. Tampoco un artista que refleje en su obra pictórica o escultórica un aspecto que dé pie para el optimismo. Ni hay película que se asome a las interioridades humanas y saque de ellas imágenes de belleza esperanzada ni de bondad contagiosa que haga concebir un futuro lleno de alegría, compasión y solidaridad. **“ven el mundo sin esperanza”.**

Sólo las imágenes de unas religiosas (por cierto, “*ya mayores*”), presentes en todos los rincones del mundo donde hay necesitados, auténticas reliquias de un mundo con religiosidad generosa y capacidad inagotable de servicio, testimonio de otros tiempos, joyas de la abuela.

Pero lo que de verdad queda, al decir de los entendidos en descifrar lo más real y profundo del ser humano actual, es un ambiente que parece predecir algo parecido al que rodeaba a Noé. Aunque otros muchos creen que no puede haber diluvio peor que el vivido en el siglo pasado (dos grandes guerras con más de doscientos millones de personas aniquiladas por otras personas).

Si se ha dado o tiene que venir otro diluvio, sea económico, ecológico, militar o planetario es una cuestión. Otra, será quién construirá el barco de la esperanza. Quién hará posible que la esperanza no se hunda en un mundo que no la cree posible. Porque la mayor tragedia y el peor diluvio que nos puede venir es la pérdida de la esperanza en un mundo que ya ha degustado los terribles sabores del mal y los hedores del pecado.

Estamos, según insisten los expertos en comprender a un mundo que está al borde de un ataque de ansiedad, próximos al contagio del virus que, como el de Ébola, nos corroe y nos come por dentro hasta la destrucción. La humanidad, sin fe, camina al **¡sálvese quien pueda!**

Esa convicción no es la prédica moralizante de un cura que nos llama al arrepentimiento, o la excusa rutinaria de un cristiano. Eso no conduce a nada. Como tampoco conduce a ninguna parte el recurso a una fe que no tenga en cuenta todo lo que ha pasado, y está pasando, y todo el impacto que ha producido en el pensamiento y en el inconsciente de nuestra cultura.

No podemos caer en el infantilismo fanático ni en el fundamentalista de decir que teníamos razón. No se trata de reconstruir un arca infantil llena de animales. La situación es bien distinta y tan dramáticamente parecida que requiere poner manos a la obra en la construcción de un barco que flote en las aguas de la increencia generalizada y mantenga la esperanza que, en el fondo, también la humanidad añora.

Es necesario arrancarse de nosotros mismos, salir de Judea, la tierra de los dogmatismos moralistas, dejar la penitencia de Juan, hombre genial pero inútil para estos tiempos. Decidirse a cruzar el charco. Ir a la otra orilla. Pasar a la tierra de un Dios nuevo y comenzar a presentar a Dios como la GRAN, BUENA y NUEVA NOTICIA.

Lo mismo que hizo Jesús en una tierra cuyas gentes estaban hartas de oír hablar de un Dios que no les aportaba sino obligación, exigencia, fardo pesado, ley.

Hay que comenzar a hablar de Dios como la novedad de una esperanza posible, como el Dios que puede aportar un sentido de futuro y una posibilidad de solución. El Dios que nos puede hacer cambiar a nosotros y así cambiar el panorama de esta humanidad tan deshumanizada, tan propia de Adán, Caín y Babel, egoísta, individualista, violenta, hacia otra humanidad sensible, compasiva, solidaria, respetuosa de la dignidad de niños, ancianos, obreros y extranjeros; la humanidad que se manifiesta en Jesús, que no es un fantasma utópico sino un ser como nosotros pero **¡un ser Dios!** Hay que convertirse, palabra profunda. Hay que ser otros para ser humanos y construir el arca de la esperanza, con Jesús.

**¿Captamos la urgencia y la profundidad del cambio al que se nos convoca?**

**¿Estamos dispuestos a colaborar en la construcción del arca de la esperanza?**

**¿Le damos a Dios la importancia que tiene para vivir la vida?**

**DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Génesis 22,1-2.9a.15-18): *Aquí me tienes.*

**2ª lectura** (Romanos 8,31b-34): *¿quién estará contra nosotros?*

**Evangelio** (Marcos 9,2-10): *¿Qué bien se está aquí!*

Este segundo domingo de Cuaresma nos sitúa en la parte de la película de la vida que no nos gusta, o que nos gusta menos. Lo que había empezado muy bien: los milagros, el reino que comienza, las multitudes que escuchan y van tras Jesús, etc., parece que está tomando otros derroteros.

Las autoridades se muestran cada vez más reticentes: las gentes le abandonan apenas se pone un poco exigente, los discípulos se preocupan por la tardanza de ese reino del que habla el maestro y que no toma forma concreta por ninguna parte. ¿Se habrá equivocado Jesús en el camino elegido?

Se retira a un lugar apartado para ver qué es lo que anunciaron Moisés y Elías; llevándose consigo a aquellos que representarán más tarde a las tres primeras comunidades de seguidores de Jesús.

Cuando escuchamos de verdad los acontecimientos de la vida y a las personas que los sufren o los gozan, y lo hacemos desde la experiencia de la fe, en la presencia de Dios, allí Él se nos manifiesta y nos anima a continuar nuestro proceso creyente.

Lo hizo Abrahán, lo hizo Jesús y lo continúa realizando en la vida de cada una de las personas que se dejan conducir por su Palabra; que apuestan por el proyecto que Él anunció, vivió plenamente y consumó en la entrega de su vida humana y, con su ayuda y nuestra constancia podemos ir construyendo y difundiendo entre los hombres y mujeres con los que vivimos habitualmente.

En ocasiones la confianza en el Padre Dios se pone a prueba y nos pide lo que nosotros más queremos. En el relato del Génesis, Dios le exige a nuestro padre en la fe lo que él más quería, su hijo Isaac; sin el hijo se van al traste su descendencia y la posibilidad de mantener la tierra que tanto le había costado.

Esta disponibilidad de Abrahán, contra toda esperanza, sólo es posible por la obediencia de la fe. Y es que, si Dios lo había prometido, Él sabrá cómo llevarlo adelante. El mantenerse fiel en los compromisos hasta el final supone la provisión de Dios para el sacrificio.

Cuando las personas y las cosas que afectan de verdad son las que corren el riesgo de perderse, o por algún motivo hay que desprenderse de ellas, todos sabemos lo que eso cuesta y lo que es preciso esforzarse para poder hacerlo. Pero en esta apuesta es donde se pone en juego la verdadera posibilidad del hombre plenamente libre y con la mente puesta en el objetivo que se quiere alcanzar.

Para que esto sea posible es necesario en el ejercicio frecuente de la vida cotidiana y en el desarrollo de las actividades habituales, las actitudes personales de la gratuidad y de la disponibilidad hacia los demás. Sólo así son posibles las respuestas radicales a las invitaciones que Dios Padre y Madre nos lanza en el acontecer de nuestra vida de fe. Es entonces cuando sale de nuestro corazón el *«aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»* que aparece en diferentes pasajes de la Biblia: Samuel, María, Jesús...

Las llamadas o invitaciones que recibimos, cuando nos hemos dejado agarrar por ciertas personas y por ciertos acontecimientos, solicitan de nosotros una respuesta. Pero no todas las respuestas tienen el mismo calado; así son diferentes las que aparecen en las lecturas de este domingo.

Abrahán responde, ante el duro mandato de su Dios, desde la obediencia confiada y desde la experiencia de un camino recorrido pleno de dificultades, de encuentros misteriosos y de promesas cumplidas.

Pedro, Santiago y Juan son invitados por Jesús a subir con Él al monte Tabor; ellos le acompañan sin saber muy bien para qué. Ante la experiencia de luz y de plenitud pretenden quedarse en ella sin haber entendido nada. **¿Acaso quieren edificar un templo (choza) para encerrar en el mismo a la divinidad?**

El mismo Jesús que ha llevado hasta el momento una vida de respuesta a la invitación del Padre Dios tiene dudas de si ésa es la respuesta que de Él se espera; entonces decide buscar solución a su dilema en la historia de su pueblo (Moisés y Elías) y encuentra que el Mesías debe entregar su vida, ponerla a disposición del que le ha enviado. Jesús baja decidido a llevar su misión hasta el final aunque los demás, de momento, no lo entiendan.

También nosotros recibimos infinidad de invitaciones a lo largo de nuestra vida. El encuentro con la Palabra de Dios en la comunidad y la atención a la vida de los que peor lo pasan nos conducirán a las respuestas que Dios espera de nosotros.

**Nuestra conversión personal ¿parte de la experiencia de Dios o de la experiencia de fracaso?**

**¿Cómo nos planteamos la conversión comunitaria? ¿Hacemos actos de piedad (vía crucis, retiros, etc.) o planteamos tiempos de desierto y de Tabor?**

**¿Es nuestro estilo de vida una respuesta a la llamada del padre a seguir a Jesús hasta el final?**

**DOMINGO TERCERO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Éxodo 20,1-17): *No tendrás otros dioses frente a mí.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 1,22-25): *Nosotros predicamos a Cristo crucificado.*

**Evangelio** (Juan 2,13-25): *Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.*

En el evangelio de hoy, Jesús denuncia la corrupción del templo y expulsa a los mercaderes. Pero ¿qué ocurría en el templo que provoca esta actitud de Jesús? La explotación económica de la piedad y la devoción del pueblo. Lo que allí había eran cambistas y mercaderes que servían al dios del dinero en vez de servir a Dios. La preocupación de Jesús la constituían los abusos relacionados con el dinero y los negocios; unos negocios lucrativos por la venta de animales para el sacrificio. La compasión de Jesús por los pobres y oprimidos desembocó una vez más en indignación. Con la expulsión, simbólicamente anuncia su propósito de liberar al pueblo de la explotación disfrazada de culto; denuncia el dominio del dinero, y acusa a las autoridades de abusar de los pobres con el comercio de lo sagrado, desvirtuando la misión histórica del templo en beneficio de sus propios intereses, Jesús con este gesto denuncia la idolatría del templo, donde el dinero y los negocios han suplantado a Dios.

A la pregunta de los judíos: ¿Por qué hacía eso?, respondió Jesús: *«Destruid este templo y en tres días lo levantaré de nuevo»*. Jesús, es el “Nuevo Templo”. Es la presencia de Dios en el mundo, en la historia de los hombres. Desde que *«Dios acampó entre nosotros»*, el templo de Dios son las personas, la familia de los hijos de Dios, la humanidad. El templo material es importante, porque es muy importante la familia de Dios y cada uno de sus hijos que se reúnen con Él. El Nuevo Templo nos señala cuál ha de ser nuestro camino de conversión en la situación actual. Para Dios y para Jesús, lo prioritario, lo central, es la persona humana con sus necesidades y problemas. Es una afirmación continuamente repetida por los profetas y por Jesús en sus gestos.

Las credenciales que acreditarán a Jesús serán las que realizará en beneficio de las personas humanas. Éstas son las únicas pruebas que Él aducirá para demostrar la legitimidad de su misión, en concreto, su muerte, máxima entrega de amor, máxima manifestación de la gloria del Padre. Este “Nuevo Culto” en la actual situación se traduce en la prioridad del amor a los pobres, valor central del Evangelio, y el culto que Dios quiere como algo prioritario.

Reflexionemos, pues, con este asombroso, desconcertante y escandaloso texto:

*«¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo dijo: Esto es mi cuerpo, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: Tuve hambre, y no me disteis de comer, y más adelante: Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer. El templo no necesita vestidos y lienzos, sino pureza de alma; los pobres, en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos... ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo. ¿Quieres hacer ofrenda de vasos de oro y no eres capaz de dar un vaso de agua? Y, ¿de qué serviría recubrir el altar con lienzos bordados de oro, cuando niegas al mismo Señor el vestido necesario para cubrir su desnudez? ¿Qué ganas con ello? Dime si no: si ves a un hambriento falto del alimento indispensable y, sin preocuparte de su hambre, lo llevas a contemplar una mesa adornada con vajilla de oro, ¿te dará las gracias por ello? ¿No se indignará más bien contigo? O, si, viéndolo vestido de andrajos y muerto de frío, sin acordarte de su desnudez, levantas en su honor monumentos de oro, afirmando que con esto pretendes honrarlo, ¿no pensará él que quieres burlarte de su indigencia con la más sarcástica de tus ironías?*

*Piensa, pues, que es esto lo que haces con Cristo, cuando lo contemplas errante, peregrino y sin techo, y, sin recibirlo, te dedicas a adornar el pavimento, las paredes y las columnas del templo. Con cadenas de plata sujetas lámparas, y te niegas a visitarlo cuando él está encadenado en la cárcel. Con esto que estoy diciendo, no pretendo prohibir el uso de tales adornos, pero sí que quiero afirmar que es del todo necesario hacer lo uno sin descuidar lo otro; es más: os exhorto a que sintáis mayor preocupación por el hermano necesitado que por el adorno del templo. Nadie, en efecto, resultará condenado por omitir esto segundo, en cambio, el castigo está destinado para quienes descuiden lo primero. Por tanto, al adornar el templo, procurad no despreciar al hermano necesitado, porque este templo es mucho más precioso que aquel otro». San Juan de Antioquía (347-407).*

San Juan de Antioquía. Patrón de los Predicadores. Arzobispo-Patriarca de Constantinopla, llamado “Crisóstomo” (Boca de oro) por su gran cantidad de homilías y sermones: algunas sobre el Antiguo Testamento; sobre el evangelio de San Mateo (90); otras (90) sobre el de San Juan. (55) sermones tratan sobre los Hechos de los Apóstoles; de las cartas de San Pablo: (32) sobre la carta a los Romanos, sobre las dos cartas a los Corintios (77); sobre los Gálatas, sobre los Efesios (24), sobre los Filipenses (15), sobre los Colosenses (12), sobre las dos cartas a los Tesalonicenses (11), sobre las cartas a Timoteo, Tito y Filemón (37), sobre los Hebreos (34); así como tratados sobre el sufrimiento, la virginidad y la viudez, sobre el sacerdocio y la vida monástica y otros muchos escritos.

**DOMINGO CUARTO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (2º Crónicas 36,14-16.19-23): *¡Sea su Dios con él!*

**2ª lectura** (Efesios 2,4-10): *Dios nos ha creado en Cristo Jesús.*

**Evangelio** (Juan 3,14-21): *El que cree en Él, no será condenado.*

Muy pronto estaremos en Semana Santa. Antes de que lleguen esos días, deberíamos buscar algún momento para un encuentro íntimo, a solas con Jesús, en un rato tranquilo, o tal vez por la noche, como hizo Nicodemo. **«Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios como maestro.»**

*Dentro de unos días vamos a vivir tu muerte y resurrección, Señor. Dime también a mí, como a Nicodemo: «¿Cómo puedo nacer de nuevo?»* Y a partir de esa inquietud y de esa pregunta, Jesús –como a Nicodemo– nos habla también a nosotros, del sentido de la vida humana, de Dios y de su gran amor al mundo, de la vida eterna que Él quiere para todos, de la salvación, de la luz y de las tinieblas, de vivir en la verdad.

Hablando con Jesús nunca se pierde el tiempo. Nicodemo no hizo el viaje en balde, no salió defraudado de aquel encuentro con Jesús. La vida de Nicodemo se vio afectada y transformada por aquel primer encuentro nocturno con Jesús. Ya antes había sido valiente para salir en defensa de Jesús cuando algunos fariseos quisieron prenderle (Juan 7,50-51). Y lo volveremos a encontrar en el Gólgota, tomando el cuerpo de Jesús para darle sepultura (Juan 19,39).

La salvación que Jesús ofrece, y de la que nos habla el texto evangélico, no se reduce al pueblo de Israel representado hoy en el judío Nicodemo. Jesús le dirá a él, nos dice a nosotros y dice a su Iglesia, que la vida eterna es ofrecida por Dios en Jesús a **«todo el que crea en Él»**. La salvación tiene una dimensión universal, nadie queda excluido de ella, sino aquel que a sí mismo se excluya, prefiriendo las tinieblas a la luz.

Se rompe el exclusivismo judío, y todos los exclusivismos fundamentalistas, a favor de la vocación universal a la salvación. Dios da la vida a todos, el Hijo del hombre es elevado en la cruz por todos y para todos. La vida eterna es ofrecida a todos, sin excepción.

La Salvación se ofrece por pura iniciativa divina, por pura gracia, por el gran amor con que nos amó Dios, rico en misericordia. Somos salvados por gracia y mediante la fe, como don de Dios, para que nadie pueda presumir o tener la presunción de que lo ha logrado por sus obras.

Las buenas obras nacerán del agradecimiento a Dios, que nos creó por amor y nos recreó en Cristo Jesús. **«Estáis salvados por su gracia y mediante la fe.»** Es la doctrina de Pablo que hemos escuchado en la segunda lectura.

Todo el cuadro que Jesús dibuja proféticamente al hablar de su elevación en la cruz, está coloreado por el amor. Por amor a todos llegará hasta entregar su cuerpo y derramar su sangre, como actualizamos en cada Eucaristía.

También aparece una tonalidad oscura en el cuadro, anunciada ya por Juan en el prólogo de su evangelio: **«habrá hombres que prefieran la tiniebla a la luz, porque sus obras son malas»**. El que no cree que Dios envió a su Hijo por amor para salvarle, a sí mismo se excluye. Pero la voluntad de Dios es que su luz y su amor lleguen al corazón del mundo, de todos y cada uno de los hombres y mujeres que lo habitamos.

En Jesús ha aparecido la vida que Dios ofrece a la humanidad. Y esa oferta es gratuita, es don y gracia, y sigue abierta a todos hasta el fin de la historia. No hay que esperar al futuro para poseerla. El que cree en Él, alcanza (tiene ya ahora) la vida eterna.

La Iglesia debiera aparecer en el mundo como lo que realmente es y lo que el Concilio Vaticano II confirma que debe ser: **«Sacramento universal de salvación»**, (Lumen Gentium 48). Nunca señal de condenación, ni profeta de calamidades.

Los que en la Iglesia tenemos alguna forma de voz en las parroquias o en comunidades cristianas, con pequeñas audiencias, con audiencias mayoritarias, o en los medios de comunicación, deberíamos transparentar en nuestras palabras el amor de Dios al mundo, expresado en el mayor amor: **«dar su Hijo la vida para que otros, todos, tengamos vida.»**

**Dios no excluye a nadie de su amor. ¿Excluimos nosotros?**

**¿Optamos decididamente por las obras de la luz?**

**¿Cuáles son nuestras buenas obras?**

**¿Aparece nuestra Iglesia ante el mundo como sacramento universal de salvación?**

**DOMINGO QUINTO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Jeremías 31,31-34): *Una nueva alianza.*

**2ª lectura** (Hebreos 5,7-9): *Autor de salvación eterna.*

**Evangelio** (Juan 12,20-33): *La voz no ha venido por mí, sino por vosotros.*

En una situación crítica, Jeremías se abre a la esperanza para anunciar una nueva alianza. *«Esta es mi sangre de la nueva alianza»* dirá Jesús en la última cena, la noche antes de padecer. Y es que muriendo en la cruz selló definitivamente la alianza de Dios con los hombres, consumando la salvación. Por eso Jesús alude a ese momento, el de su muerte, como el momento de la glorificación.

Con una sencilla metáfora, como el grano de trigo que se arroja en tierra, no para desperdiciarlo, sino para enterrarlo y garantizar que dé fruto; presenta la muerte, la suya por supuesto, pero también la nuestra, como una entrega generosa de la vida, para dar la vida, para dar vida, para que todos tengan vida. Así, morir no es perder la vida, todo lo contrario, es entregar la vida, darla, desvivirse por el bien y en bien de los demás.

Pero una cosa es saber y otra creer, tomarlo en serio, aceptarlo. Jesús, después de confesar que es el momento de su glorificación, reconoce su turbación, su miedo, su repugnancia a morir. Igual que nosotros. Pero una voz del cielo, la voz del Padre, le devuelve el ánimo y se recobra y obedece: ¡cómo renunciar a la muerte, si ha venido para eso, si para eso ha nacido, si ésta es toda la razón de su existencia! No puede volverse atrás, y así, como dirá san Pablo: *«A pesar de ser Hijo, aprendió sufriendo a obedecer»*.

Pero Jesús no sabía experimentalmente hasta dónde podía llegar esa obediencia, que sufrimientos físicos y espirituales le podía exigir. El sufrimiento es prueba de contraste. Cuando obedecer es bonito, resulta fácil la obediencia. Cuando obedecer es doloroso y humillante, puede ser heroico obedecer. Se llega a una hondura misteriosa. También cuando no se entiende nada ni se siente nada, decir entonces sí, en medio de la noche, y decirlo incluso sonriendo, resulta sobrehumano. Sólo es posible por la fuerza de Dios.

La muerte pierde su aspecto fatalista, y se vislumbra como una esperanza indefectible. El primer mandamiento de la ley es amar a Dios sobre todas las cosas, y ahora la muerte se presenta como la ocasión privilegiada de amar a Dios por encima de todo, incluso de la propia vida, sobre todas las cosas.

Hay que recuperar la muerte para la vida. Hay que superar los miedos, hay que superar los ominosos silencios sobre la muerte, como si al reprimirla pudiéramos evitar su presencia ineludible, por mucho que la censuremos, en nuestro mundo. Pero hay que recuperar la muerte, no para elegirla resignadamente, sino para someterla a la vida, para darle sentido, aceptándola como sacrificio, como donación, como entrega a favor de la vida y de los vivos.

Sólo se mueren, es decir, sólo pierden la vida, los que la malgastan, los que sólo viven para sí, los egoístas, los que viven sin tener en cuenta a los demás. El que sólo se ama a sí mismo, se pierde, pero el que se desvive por los demás, vivirá para siempre. Ésa es la promesa. Ésa es nuestra esperanza. Y ésta es también la gran tarea: edificar la vida y la convivencia al servicio de la vida, de todos, sin excepción.

Porque vivir es dar vida. Eso es lo que hacen los padres, dar vida. Pero eso es también lo que hacemos todos con el trabajo: contribuir a la vida y el bienestar de todos. Y eso es lo que tratamos de complementar con el Voluntariado Vicenciano o con Cáritas, comprometiéndonos con los pobres y más necesitados.

La fe en la Resurrección de Jesús y la esperanza de nuestra futura resurrección, animarán nuestra caridad para que, ya en esta vida, nos gocemos en la celebración de tales misterios.

**¿Qué nos dice la muerte de Jesús? ¿De verdad creemos que su muerte es nuestra vida?**

**¿Pienso alguna vez en la muerte? ¿En la mía? ¿Con temor, con resignación, con esperanza?, o ¿prefiero no pensar?**

**¿Vivo cristianamente, como Cristo, desviéndome por los demás? ¿Hasta qué punto estoy decidido a dar mi tiempo, mi trabajo, mi dinero, mi vida por los demás?**

**DOMINGO DE RAMOS**

Comenzamos la Semana Santa, la semana más grande del año litúrgico, al celebrar los acontecimientos centrales de nuestra fe cristiana. En ella se recuerda y se actualiza toda la Pasión de Dios por su pueblo, que llevaron a Jesús a la cruz y, a la vez, proyecta sobre la realidad palpitante de nuestra historia su amor liberador y su triunfo sobre el mundo viejo.

En el Domingo de Ramos se nos revela un “*Mesías al revés*”. Jesús se resistió a hablar de sí mismo como Mesías y trató de disuadir a sus discípulos de decírselo a la gente, porque no era el Mesías tal como esperaba la mayoría del pueblo. No quería ser servido, ni quería que sus discípulos fuesen como los jefes a quienes les sirven los otros. Jesús quería ser el siervo de Yahvé.

La imagen del Mesías, como siervo sufriente, tal y como aparece en el lavatorio de los pies, será el vuelco más radical de todos. Jesús no iba a ser el Mesías conquistador, triunfante que aplastaría a los opresores del pueblo. Él iba a triunfar siendo arrestado, golpeado, humillado y clavado en una cruz como un esclavo rebelde: la muerte más ignominiosa inventada por el ser humano.

Él no iba a ser el vencedor, sino la víctima. Y, precisamente, éste sería su mayor éxito. La verdad y la justicia estaban de parte de la víctima. De hecho, como confesó el centurión, ahí es donde se encuentra Dios, tomando partido por las víctimas del mundo.

Este “*Mesías al revés*”, hace su entrada en Jerusalén completamente desarmado, sobre un manso borrico. Todo un símbolo. Todo es pacífico. La paz es su bandera y su estandarte. Su entronización fue todo sencillez; todo tiene carácter de lo pequeño, sin ninguna ostentación, ni caballos, ni tronos, ni unciones. Por coraza tiene un burro; por espadas, ramos de olivo; por marchas triunfales, cantos y aclamaciones populares. No hay soldados, ni ejército militar, ni fuerzas públicas y de orden, sino niños; no hay príncipes, sino pastores; no hay aristócratas y nobles, sino pobres; no hay sacerdotes, sino gente del pueblo.

Éste es el estilo de Dios. Cuando actúa, pone su firma de sencillez y humildad. Jesús en la última cena lo expresa con un símbolo propio de esclavos: el lavatorio de los pies, y nos dará el encargo de hacer lo mismo.

La memoria de la Pascua es “*subversiva*”, porque la cruz contradice los valores dominantes en la sociedad: la idolatría del poder, del dinero, de las armas, y muere, creando un hombre y un mundo nuevos, basado en las Bienaventuranzas y Sermón de la Montaña.

Lo es también, porque invierte los papeles. El amor salvador de Dios no se realiza desde arriba, sino desde abajo. La salvación es obra de un pobre, de un ajusticiado en la cruz. Ante la pregunta **¿dónde está Dios, dónde podemos encontrarlo?**, la respuesta nos la da el centurión, que al pie de la cruz confiesa **«realmente este hombre era Hijo de Dios.»** Sólo se puede confesar que Jesús es el Hijo de Dios al pie del Crucificado y de los crucificados con quienes se identifica. El Dios de la cruz está con y en los crucificados.

Ser cristiano es seguir a Jesús. Este seguir a Jesús trae consigo conflictos, problemas y sufrimiento. Esto significa “*cargar con la cruz*”. No significa que uno ame la cruz, el sufrimiento por el sufrimiento; eso sería masoquismos. Cargar con la cruz es comprometerse con Jesús en su estilo de vida y con su causa, que le llevaron a ser condenado en la cruz.

Ser cristiano es seguir a Jesús para humanizar la vida, poniendo verdad donde hay mentira; justicia donde hay abusos y crueldad con los más débiles; introducir compasión donde hay indiferencia y pasividad ante los que sufren. Esto significa seguir las huellas de Cristo: comprometerse con Él a que, poco a poco, se vaya haciendo realidad el proyecto de Dios sobre la humanidad y sobre el mundo.

**JUEVES SANTO**

La fraternidad universal de todos los seres humanos es la esperanza de todos los creyentes y la aspiración suprema de todos los hombres. Es la gran utopía expresada inequívocamente en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que, en su primer artículo, reconoce que *«todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos»* y establece que *«dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros»*.

Esa es la teoría. Pero vayamos ahora a la práctica. Los estados que se reconocen democráticos, se están tomando muy en serio lo de la libertad, pero no lo de la igualdad, ya que aceptan y fomentan desigualdades injustas e insostenibles. Y, desde luego, lo de la fraternidad ni se lo plantean, siempre dispuestos y armados para acabar con los enemigos reales o imaginarios. Pero más allá de la política, la sensibilidad de millones de seres humanos y la caridad de millones de creyentes apuestan cada día para franquear el camino a la construcción de esa gran fraternidad.

La fraternidad es la meta, pero es también el camino, ya que sólo con conductas inequívocamente fraternales pueden superarse los innumerables obstáculos que hemos erigido en nuestro mundo contra la libertad y la igualdad, requisitos indispensables para construir la familia humana.

La crisis económica (y mucho más que económica, pues sus consecuencias son dramáticamente personales y humanas), ha sugerido en ocasiones la revisión del sistema, pero los intereses de los grandes han sofocado cualquier posibilidad de revisión. Prefieren seguir siendo los grandes a tomar en serio a los más débiles. También la globalización que se había visto como una gran oportunidad para abrir camino a la fraternidad; más bien se aprovecha para refinar el sistema de explotación.

Además de la crisis que llamamos económica o financiera, hay muchas otras crisis: coyunturales, sociales, de familia, alimentaria, sanitaria, de convivencia, medioambiental, ética, religiosa, de autoridad, de respeto, de valores, de principios, etc., etc., etc.

Hoy es una fiesta entrañable, Jueves Santo, un día de los pocos que relucen más que el sol. Hoy recordamos agradecidos y asombrados la muestra del inmenso amor de Dios. Por eso es un día inolvidable para nosotros, como para los judíos lo era, como memorial de la Pascua, la acción de Dios a favor de su pueblo, y el compromiso de solidaridad del pueblo compartiendo la fiesta y la comida con todos sin excepción; sin que sobre nada ni le falte a nadie.

San Juan, completando la visión sinóptica del relato de la última cena, la noche antes de padecer Jesús, recoge la entrañable escena del lavatorio de los pies al final de la cena. La actitud de Jesús, de rodillas y a los pies de los discípulos, contrasta con el gesto de sorpresa y la negativa de Pedro y de los discípulos, la nuestra también. ¿Qué pensar de un Dios a los pies de la criatura, de un Dios que va a dar la vida por sus criaturas?

Los judíos lo tomarán por un escándalo, los sabios por una estupidez, y nosotros no acabamos de entender los signos de Dios. Por eso Jesús, tras convencer a Pedro, trata de convencernos también a nosotros. ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Porque se trata de eso, de que entendamos el alcance de un gesto tan sencillo –lavar los pies– que implica su intención de dar su vida por nosotros y por todos. ¿Lo entendemos ahora?

Pues si lo hemos comprendido, ya sabemos lo que tenemos que hacer. No se trata de lavarnos los pies unos a otros, ésa es la señal, sino de estar todos al servicio unos de otros, que eso es lo que Dios quiere: que nos amemos, que nos ayudemos, que compartamos lo que tenemos con los que nadan tienen.

Ésa es la conclusión a la que llega Pablo, que recoge la tradición que viene de Jesús. Y según esa tradición, que ya comenzaba a deteriorarse entre los corintios, Pablo recuerda que no se puede separar el amor de Jesús, que da la vida por nosotros y por todos, del amor fraterno.

También nosotros tenemos el compromiso ineludible de estar dispuestos a darlo todo, incluso la vida y, por supuesto, lo que es menos que la vida, como son los medios de vida. Si así lo hiciéramos, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, ya no sería una utopía, sería una perfecta, inequívoca y completa realidad.

VIERNES SANTO

Hay muchos caminos que llevan a la cruz. Caminos de ayer y de hoy que, por desgracia, están llenos de personas obligadas a transitarlos. Jesucristo no recorrió el último “*vía crucis*”; tras Él, hombres y mujeres de todos los tiempos siguen recorriendo caminos de cruz. Son caminos diferentes, pero también están jalonados por la injusticia, el rencor, el sufrimiento y la desigualdad. Son caminos demasiado actuales como para olvidarlos. Son caminos demasiado transitados como para no ver en ellos a Jesucristo encarnado en los sufrimientos de la humanidad.

Queremos tomar conciencia de tantas y tantas personas que hoy recorren “*los caminos de la cruz*”. Ellas están especialmente unidas a la cruz de Jesucristo, anticipo de justicia y vida:

I.- Todos lo sabemos. Nuestras retinas guardan imágenes de personas famélicas. Nuestro corazón se insensibiliza o se conmueve ante el drama de quienes no tienen siquiera para comer. Nuestra razón no entiende cómo en un mundo globalizado una buena parte de la humanidad no tenga acceso a la alimentación. La mayor tragedia de la humanidad sigue siendo el hambre y la desigualdad.

II.- Nos parece mentira. Mientras en una parte del mundo ir a la escuela es una obligación no siempre bien valorada, en la mayoría de los países no está garantizada la educación primaria. El analfabetismo sigue siendo una barrera insalvable para salir de la pobreza. Se trata de una cruz que perpetúa la pobreza.

III.- Cada vez existe una mayor conciencia a nivel mundial del papel primordial de las mujeres en el desarrollo y la lucha contra la pobreza en todas las sociedades y culturas. Vemos la cruz en la negación de la dignidad de la mujer, en la violencia contra ellas, en muchos casos, mortal; en la discriminación salarial, educativa, política... La pobreza y la cruz tienen rostro de mujer.

IV.- Sin obviar la creciente cantidad de abortos, en los que no se respeta siquiera el Derecho a Nacer de estos niños, en algunas zonas de nuestro planeta uno de cada seis niños muere antes de los cinco años. Muchas de estas muertes se deben a cinco enfermedades: neumonía, diarrea, malaria, sarampión y sida. La mayoría de estas vidas podrían salvarse con medidas de muy bajo coste. Ellos son víctimas de la cruz, como Jesús.

V.- Sin un desarrollo sostenible mundial el planeta corre el riesgo de convertirse en un basurero. El actual modelo de consumo y el abuso de los recursos, está afectando a la naturaleza; las emisiones de CO2 aumentan, muchas especies animales y vegetales han desaparecido y otras están en riesgo de extinción. Muchas poblaciones del mundo no tienen acceso al agua potable ni a una vivienda digna.

VI.- Muchas cruces de nuestro mundo pueden ser paliadas con estilos de vida más austeros, con una cultura solidaria y con políticas sociales y económicas que distribuyan la riqueza desde una apuesta mayor por los más necesitados. Es necesario un aumento de la Ayuda Oficial al Desarrollo, la cancelación de la Deuda Externa, una mayor Justicia Comercial y un estilo de vida personal más austero y solidario.

Dios nunca ha cerrado los ojos al sufrimiento de sus hijos. Vio la opresión de su pueblo y sufrió por él. Ve la opresión de hombres y mujeres en una sociedad que pasa hambre, sufre la guerra, y discriminación... sufre por ellos. Sigue, con los ojos bien abiertos, los padecimientos de los pueblos empobrecidos... y no se quedará de brazos cruzados. Su Palabra se ha hecho carne en Jesús con un mensaje de esperanza, justicia y reconciliación.

La vida de Jesús es un constante encuentro con personas cargadas de cruces. Siempre lo vemos en camino hacia los necesitados, los marginados, los desposeídos y los pobres. Sus gestos, sus palabras y sus acciones se fijan de modo especial en los desfavorecidos. Antes de sufrir la cruz ya se aproximó a los “*crucificados*” de su tiempo. Él es signo y sacramento de un Dios apasionado por la humanidad.

Jesús se acercó a los pobres, a los leprosos, a las mujeres y los niños, a los extranjeros. Proclamó un mensaje de vida y lo acompañó con signos milagrosos. Devolvió la dignidad a quienes se la habían arrebatado. Era el Hijo de Dios. Los poderosos no aguantaron su estilo de vida y su opción por las víctimas. No soportaron que se presentase como el Hijo de Dios. Decidieron matar a la Vida.

Jesús es crucificado y muere. En su muerte encontramos muchas muertes. En su cruz hay muchas cruces. Su vida está llena de nombres y situaciones. Su muerte es expresión de muertes por la violencia, la injusticia o el odio. Ante la muerte de Jesús nos preguntamos: **¿Es el final?, ¿ha muerto la esperanza?**

La injusticia y la muerte no tienen la última palabra. Las víctimas no pueden quedar en el olvido y su situación no se puede prolongar indefinidamente. Dios no aguanta la muerte del justo. Su Palabra no podía quedar silenciada. Su Hijo no podía quedar muerto en un sepulcro. La última palabra de Dios siempre es Vida y Vida abundante, para todos.

Dios no se ha desentendido de la humanidad, pero cuenta con nosotros para construir un mundo de hermanos desde la justicia y la solidaridad. Su Espíritu es aliento constante que moviliza nuestra vida personal y comunitaria hacia los más pobres, hacia las víctimas. El sueño es un mundo nuevo. Los signos son el compromiso de muchos testigos con los más necesitados. Algo nuevo está naciendo. **¿No lo notáis?**

**SÁBADO SANTO**

Desde la cruz Jesús regaló un hijo a María y regaló una madre a Juan. Y Juan *«la acogió en su casa»*. La Virgen ya no estará sola, al menos no del todo sola. Pero aquel sábado tan prolongado se sentía sola, muy sola.

María no podía separarse espiritualmente de su hijo sepultado. **¿Quién podrá llenar su vacío?** Su cuerpo estaba en casa de Juan, pero su espíritu, seguro estaba con Jesús en el sepulcro. Estaba y esperaba.

Juan es el discípulo creyente. Su casa es la Iglesia. La madre siempre tendrá una casa. La Iglesia siempre tendrá una madre. A la madre nunca le faltarán hijos. Por eso la madre ya no puede nunca descansar.

Mirando a Juan ella se percata de la nueva e inacabable misión. No será Juan quien cuide de María, será María la que cuide de Juan.

No encontramos testimonios directos en los Evangelios, pero nadie duda del encuentro de Jesús resucitado con su madre. No podía ser de otra manera, porque Jesús era un buen hijo y porque María era una buena madre. Nadie lo duda, por eso entre las estaciones pascuales no falta la *del Encuentro*.

Algunos han espigado testimonios de este **encuentro-aparición** en la tradición y en la enseñanza de los santos. He aquí algunos ejemplos:

**De la tradición de la Iglesia oriental**

*Así como el adviento, también el gozo de la resurrección fue anunciado a su Madre antes que a los demás... La Virgen que alababa y suplicaba fue la primera a quien el Hijo mostró la luz de la resurrección.* (S. Jorge de Nicomedia, s. IX).

*La Madre de Dios recibió el feliz anuncio de la resurrección del Señor antes que todos los hombres, como era conveniente y justo; precisamente ella lo vio antes que los demás, ella gozó de su vista... y lo oyó con sus oídos, pero también la primera y la única, tocó con las manos sus santos pies.* (S. Gregorio Pálamas, s. XIV).

**De la tradición de la Iglesia occidental**

*Se apareció a la Virgen María, lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que se apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: ¿también vosotros estáis sin entendimiento?* (Lucas 24,25). San Ignacio de Loyola - *Ejercicios Espirituales*.

*“Entre los muchos a los que Cristo se ha manifestado debe hallarse ella. Esta aparición es para Ignacio de Loyola el punto de partida de toda la experiencia pascual. Es el comienzo de la cuarta semana de ejercicios espirituales; ella marca y define el sentido total de la transformación cristiana. No es una aparición más, es la aparición, la experiencia fundante de la vida evangélica.*

*La madre no ha tenido que salir de su casa en la mañana de la pascua. Ella ha visto a Jesús o, mejor dicho, ha descubierto la presencia pascual de Jesús en el centro de su vida, dentro de su casa. Todo sigue siendo normal, pero todo es diferente: ella sabe desde ahora que su Hijo vive y que ella vive en Él por siempre, sin necesidad de visiones exteriores.*

*Esta aparición debe entenderse a la luz de la experiencia previa de la anunciación (Lucas 1,26-38). Pero ahora ya no viene a saludarle el ángel del Señor; viene el mismo Jesús, Hijo de Dios. En vez de pedirle colaboración, Jesús le ofrece ya su gloria. Es normal que la devoción popular haya situado esta pascua mariana en el comienzo de toda la experiencia de la Iglesia”.* (X. Pikaza)

*“Desde este fondo se entiende la más famosa de las oraciones marianas de tipo pascual, el Regina Coeli, que en formas diversas se ha cantado y se sigue cantando desde antiguo en las iglesias. Los cristianos se unen al ángel de la Pascua que anuncia a la madre de Jesús el triunfo de su Hijo”.* (Regina coeli, Laetare)

**Todo el que cree es Juan, es Jesús, es hijo de María.**

*“Entre los Evangelios, pertenece el primer puesto al que escribió Juan. Más nadie puede captar su sentido a no ser que se haya reclinado sobre el pecho de Jesús y haya asimismo aceptado de Jesús a María como madre suya. Y a fin de ser este otro “Juan”, es preciso que se convierta uno en quien pueda ser designado por Jesús como si fuera el mismo Jesús.*

*Todos cuantos en efecto juzgan de manera ortodoxa acerca de María, saben que no tuvo otro hijo que Jesús, y sin embargo dice Jesús a su madre: «Ahí tienes a tu hijo». Advierte que no dice: También él es tu hijo. Equivalen, pues, sus palabras a decir: Mira, ahí tienes a Jesús, a quienes tú has dado a luz. En efecto, quien ha llegado a la perfección no vive ya más, sino que Cristo vive en él; y porque Cristo vive en él, le han sido dichas a María las palabras: «Ahí tienes a tu Hijo»” (Orígenes, In Juan 1,6).*

**PASCUA DE RESURRECCIÓN**

**¡FELICIDADES!, hoy es Pascua de Resurrección.** Y esto, significa el cumplimiento de todas nuestras esperanzas y todos nuestros deseos. Significa la superación de todas nuestras frustraciones y todos nuestros miedos. Significa la seguridad de una presencia amistosa envolvente y la afirmación de palabras que permanecen. Significa el triunfo de las fuerzas ascendentes sobre todo lo que rebaja y todo lo que deprime. Es la victoria de la Vida. Una vida que es amor.

Si hubiera prevalecido la muerte... Da vértigo sólo pensarlo. Si un amor como el de Cristo hubiera muerto, ¿qué sentido podría tener la existencia? Si lo más puro, lo más santo, lo más generoso, termina con la muerte, ¿por qué seguir manteniendo esos valores tan sublimes?, ¿qué más da? Bastaría con un código de conducta conformista, para ir tirando.

Cristo fue una luz poderosa que iluminó un rincón de la tierra por unos días. Después se apagó, o la apagaron, como a Juan, como a los profetas. Si ese sol no hubiera vuelto a encenderse, ¡ay!, qué noche más oscura y más fría la de nuestro mundo muerto.

Pero no, Cristo es el lucero que no se apaga, y ésta es la fiesta que celebramos. Es la fiesta de la luz. Todo queda ya embellecido. Aún las realidades más oscuras quedan definitivamente iluminadas. Ya nada temo.

Realidades oscuras pueden multiplicarse, pero desde que Cristo pasó por ellas ya son menos oscuras, y al final siempre alumbra la esperanza.

Realidades oscuras que siguen crucificando a Cristo, como la injusticia, la crueldad, las miserias y enfermedades humanas. Seguimos crucificando a Cristo, pero Él sigue resucitando.

Realidades oscuras a nivel más familiar y personal, muchas dificultades y sufrimientos, muchas frustraciones y debilidades, muchos vacíos y muertes, pero nunca estamos solos, *tú vas conmigo*, tu palabra y tu Espíritu me consuelan.

Porque, como Cristo ha resucitado, *todo se puede esperar*. Todos los ideales son posibles, todos los sueños son realidades, porque en Cristo ya se han anticipado. Y la esperanza última, resucitar con Cristo, y estar ya siempre a su lado, es ya una realidad.

Porque, como Cristo ha resucitado, *todo se puede sufrir*. Lo último no será el dolor o el vacío o la muerte. El infierno en esta vida ya no existe, porque siempre queda la esperanza y la posibilidad de amar. «*El infierno es el sufrimiento de no poder volver a amar jamás*» (F. Dostoievski).

Jesús no está en el sepulcro ni en la antigua Jerusalén. *Jesús está aquí*. Jesús está aquí, ahora, en medio de nosotros. Nos quita los miedos, nos da su paz, nos enseña sus llagas y nos parte el pan.

Jesús está resucitado y resucitando en nosotros. Sabemos que Él nos está perdonando. Nos hace partícipes de su alegría. Nos llenamos de confianza. Su aliento íntimo penetra en nosotros y sentimos la fuerza de su Espíritu. Es el principio de una vida nueva.

En cada Eucaristía, Cristo-Jesús se hace presente, en medio de nosotros, aunque nuestras puertas estén cerradas, como las del Cenáculo en aquel día pascual. Ellos, con sus miedos y con sus dudas, nosotros con nuestros miedos y nuestras dudas. Ellos con sus bloqueos y ruindades, nosotros con nuestros bloqueos y debilidades. Ellos con sus cegueras y sus torpezas, nosotros con nuestras cegueras y nuestras ignorancias y nuestras caídas y nuestros fallos.

Pero ellos se abrieron a Cristo con alegría inmensa y se dejaron transformar. Nosotros también queremos abrirnos a Cristo iluminador y ojalá nos dejemos transformar.

Jesús se hace presente, por pura benevolencia, porque somos sus amigos y quiere compartir con nosotros sus secretos y hacernos partícipes de su vida nueva.

Experimentamos su presencia y sentimos la necesidad de perdonarnos, de bendecirnos y querernos. Nos aceptamos como somos y compartimos lo que tenemos y lo que somos. Por encima de nuestras diferencias hay un misterio que nos une. Puede ser la Palabra, puede ser el pan, puede ser el Espíritu. Entendemos los deseos de Jesús: «*Que todos sean uno*».

El Señor resucitado nos ha pacificado y fortalecido para que seamos sus testigos, para que vayamos a sembrar la paz y fortalecer a los decaídos. El Señor ha encendido nuestro corazón para que podamos curar las cegueras del mundo. Nos ha dado las medicinas de su Espíritu, para que recorramos los caminos del mundo, como buenos samaritanos, compasivos y liberadores.

Hermanos: ¡¡FELIZ PASCUA!!

**DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos 4,32-35): *Daban testimonio de la resurrección.*

**2ª lectura** (1ª Juan 5,1-6): *Quien ama a Dios ama también a sus hermanos.*

**Evangelio** (Juan 20,19-31): *Exhaló su aliento sobre ellos.*

A lo largo del tiempo de Pascua, contemplamos las distintas manifestaciones o apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos. Pero a la vez vamos viendo la progresiva transformación de estos discípulos. La mejor prueba de la Resurrección no es tanto la visión o el toque corporal, sino la resurrección espiritual de los creyentes, los destellos que irradian los primeros discípulos y las primeras comunidades cristianas.

La *buena noticia* que ayer y hoy nos transmite la Iglesia es que Jesús se hizo y se hace presente en medio de sus discípulos. Ayer nos fijábamos más en la resurrección misma de Jesús y su existencia junto al Padre. El que estaba muerto vive junto a Dios y en Dios mismo. Todo fue obra del Espíritu vivificante. Ahora nos fijamos en la presencia de Jesús en nosotros. Resucitó no sólo para sí mismo, sino para nosotros y por nosotros. Si murió por nosotros, para redimirnos del pecado y de la muerte, resucitó para llenarnos de vida y contagiarnos de inmortalidad.

No se desentendió de nosotros. Podía haberlo hecho por lo mal que lo tratamos. Pero su amor es eterno, supera los tiempos, las distancias, los obstáculos, las debilidades y las infidelidades. Las ovejas se dispersaron en el día de la tempestad cruel y sangrienta, pero el buen Pastor sale de nuevo en su busca. Será tarea del Resucitado encender la fe de los discípulos, unirles en comunión, llenarles de la fuerza y el gozo del Espíritu y convertirles en testigos y misioneros de su resurrección.

Para que creamos en Él, Jesús resucitado se deja ver, sale a nuestro encuentro, se pone en medio de nosotros, nos explica el sentido de las Escrituras, parte y comparte con nosotros el pan y nos echa en cara nuestra falta de fe. Son distintas experiencias pascuales, que no hay que interpretar de manera estrictamente corporal. Todas coinciden en que se experimenta su presencia viva, en que hay un encuentro con Jesús. Él penetra en nuestra inteligencia y en nuestros corazones, toca lo más hondo de nuestro ser y por eso empezamos a ser hombres nuevos. A Jesús no lo vemos cerca, lo sentimos dentro.

Pablo, a quien debemos el relato de las primeras experiencias pascuales, es un ejemplo deslumbrante de esta transformación. Él nos la describe apasionadamente. La fe pascual brota siempre de este encuentro con Jesús resucitado, y Él toma siempre la iniciativa, como vemos en Pablo y en todas las apariciones del Señor. Por eso cuando hablamos de la fe pascual, no pensamos en un dogma sino en un acontecimiento.

Los discípulos tienden a dispersarse. Todo el movimiento que Jesús puso en marcha se hubiera apagado bruscamente sin su aliento pascual. Jesús vuelve a mirarlos, poniéndose en medio. Su presencia resucitada será el aglutinante de la comunidad, juntamente con el Espíritu. Por eso nos inculca el amor, como su gran mandamiento. Por eso nos invita a reunirnos para partir y compartir el pan, como su gran sacramento. Por eso transmitirá su Espíritu, como el gran Don.

Las comunidades cristianas se desarrollaban hacia dentro y hacia fuera. Sabían bien que, reunidos en el nombre de Cristo, Él se hacía presente en medio, y su Aliento les hacía crecer. La comunidad necesita del perdón, que es hijo de la caridad. Jesús resucitado es comprensivo y perdona; incluso inaugura la cultura del perdón: «**A quienes perdonéis...**». Es el triunfo de la misericordia. Porque Cristo resucitado perdonó a sus amigos y a sus enemigos. No tomó venganzas ni impuso condenas, si acaso penitencias de amor y exigencias de fe. Porque Cristo resucitado esponjó nuestro corazón en el unguento de la compasión y la ternura. Porque Cristo resucitado nos capacitó y enseñó a perdonar. Porque Cristo resucitado estableció un sacramento específico de la misericordia.

Sabía el Señor que para cambiar a sus discípulos no bastaban las palabras, los consejos, ni siquiera los ejemplos. Hacía falta una energía creadora. No hay resurrección sin Espíritu. Los discípulos estaban muertos por el miedo, la duda, la debilidad. Necesitaban la luz, el impulso, la fuerza del Espíritu Santo. El Señor les regala el Don de los dones con un gesto que recuerda el de la creación. «**Exhaló su aliento sobre ellos.**» El Espíritu que reciben los recrea, los santifica, los cristifica y los diviniza, porque es vida de Cristo y amor de Dios.

El Señor no sólo concede a los suyos el Don del Espíritu, sino que les da la capacidad para que ellos puedan también comunicar el Espíritu a los demás: «**Como el Padre me ha enviado así también os envío Yo.**» Jesús no resucitó sólo para sus amigos, sino para todos los hombres, que están llamados a ser sus amigos. La Pascua de Cristo es un centro de energía positiva que puede transformar, no un pueblo, sino toda la humanidad, toda la historia, todo el mundo. Los discípulos del Señor reciben dones divinos, no para guardarlos, sino para comunicarlos; son transformados a fin de que ellos transformen a los demás; son elevados a fin de que ellos eleven a los demás; son santificados a fin de que ellos santifiquen a los demás. La experiencia pascual es expansiva y comunicativa. Precisa audacia, temple, generosidad; necesita sobre todo fe. Y sobre todo poner nuestra confianza y esperanza en la fortaleza del Espíritu y en la promesa del Señor: «**Yo estaré con vosotros todos los días.**»

**DOMINGO TERCERO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos 3,13-15.17-19): *Arrepentíos y convertíos para que se borren vuestros pecados.*

**2ª lectura** (1ª Juan 2,1-5): *Si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre.*

**Evangelio** (Lucas 24,35-48): *En su nombre se predicará el perdón de los pecados.*

Desde el Éxodo, más aún, desde las correrías esteparias de Abrahán, el camino es el escenario de la vida. En él nació nuestra comunidad yendo del inmovilista Egipto, atado a sus monumentos funerarios, instalado en el petrificado poder, hasta los altos del Sinaí y las depresiones del Jordán. En el camino encontraron a Dios cuando sus vidas se cruzaron en el conflicto de la libertad y allí decidieron compartirlas porque se necesitaban mutuamente. Nuestros padres, para acudir a donde se alimenta la esperanza que hace seguir. Dios, para pedir un mensajero que anuncie su presencia y disponga a su recibimiento.

En el camino de la vida se cruzó también Jesús con muchos que se inclinaban bajo el peso de sus cargas vitales o hambrientos de otros alimentos que los que se sirven en las ventas de comida rápida o en los bazares del espejismo. Allí es donde acontece el encuentro con Dios y allí es donde se ve la significación de su mensaje, el cambio que se da con su compañía.

Porque la vida sin esperanza, es un camino a ninguna parte, al que nos vamos incorporando cuando somos expulsados del oasis de tranquilidad, del paraíso de la inopia. Pero quienes van entrando en el camino del pensamiento, el sentimiento, la razón, la reflexión y los interrogantes, entran también en la vía de la incertidumbre y en la búsqueda de horizonte, el anhelo de futuro, la necesidad de plenitud.

Ésa es la tragedia de la que nos hablan las lecturas de este domingo, que a quien alimentó la esperanza introduciéndola en el camino que recorreremos todos, lo hemos matado. Su muerte nos ha dejado atrapados en la desilusión, porque con Él han muerto nuestras posibilidades. En Él se han acabado nuestros sueños y estamos, como Sísifo, condenados a vagar por el camino sin meta, por las colinas sin cumbre, por la búsqueda sin objetivo.

De repente, ocurre un hecho. Quienes volvían a su casa de sombras y tornaban a su mundo de desencanto, cuando la desesperación había recuperado su condición anterior, es decir, se había hecho normal, y cuando quienes le habían conocido se hallaban escondidos, miedosos de sufrir el mismo destino, Jesús aparece en el camino que todos hacemos, en la casa que todos habitamos, en la tertulia que todos compartimos.

Muchos se habían empeñado en matar a Dios; no sabían y siguen sin saber lo que hacen; algunos todavía piensan que hacen un favor a la humanidad, cuando, en realidad, están privándola de la energía más poderosa que ayuda a caminar por los vericuetos, las cuestas y los desiertos de la vida.

Hay quienes seguirán diciendo que es una forma ilusoria de animarse, que la realidad es la que expresamos con la palabra “pecado”, aquella en la que el ser humano se ve perdido, aquella que nos deja con nuestros anhelos en el aire, nuestras búsquedas sin salida, nuestras esperanzas fallidas y nuestros horizontes vanos. Eso es el pecado, ése es el mal, tener que vivir sin Dios.

La cultura, esa forma de pensar y organizarse que parece mayoritaria, actualmente nos quiere dejar en la situación de insolubles, declarándonos insolventes, incongruentes y sin solución. Pero el que va por el camino de la vida tiene muchas posibilidades de vivir la misma experiencia que nuestros antepasados en la fe, caer en la cuenta de que no se ha quedado en la muerte ni nos va a dejar en la muerte, ni en la desesperación ni en el fúnebre Egipto.

Al partir el pan, que es el signo de la vida de los sencillos y el motivo de la lucha de los necesitados, al compartir con ellos el mismo camino y al intercambiar palabras de ánimo y perdón, es muy probable que descubramos su figura, transmisora de paz, animadora del paso, aliviadora de fatigas y cansancios.

Por mucho que se empeñen, o nos empeñemos, no vamos a matar al autor de la vida ni vamos a anular su acción en el mundo. Afortunadamente contamos con Él, que nos sacará de esta situación en la que algunos sólo ven pecado, o sea, destrucción, desolación, frustración y desesperanza, Él nos devuelve la esperanza que conduce a la Vida.

**¿Provocamos encuentros con Jesús en los caminos de la vida?**

**¿Compartimos el pan de la esperanza y el alimento de la fe?**

**¿Caminamos haciéndonos cercanos de quien nos necesita y ofreciendo nuestro hombro?**

**DOMINGO CUARTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos 4,8-12): *Bajo el cielo, no se ha dado otro nombre que pueda salvarnos.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-2): *Queridos, ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Juan 10,11-18): *El buen pastor da la vida por las ovejas.*

La experiencia del hombre actual gira en torno a dos polos: por una parte, crece su expectativa y anhelo de un futuro que debería ser más humano, más justo y feliz para todos. Por otra, no puede evitar cierto miedo a ese futuro ensombrecido por graves amenazas y profunda y amplia crisis.

Ante esta sensación de inseguridad y miedo, el ser humano hoy está pidiendo de una forma u otra algo que no es sólo técnica, ni economía, ni política. ¿Quién será capaz de ofrecernos ese algo más que llamamos «*salvación plena e integral*»? La propuesta que nos ofrece la Palabra de Dios tiene un nombre: **Jesús de Nazaret**.

Jesús encarna el ideal del pastor anunciado por los profetas, anhelado por el pueblo de Israel, y también por el hombre de nuestro tiempo. Así nos lo describe el profeta: «*Yo mismo reuniré a las ovejas perdidas y haré volver a las descarriadas; vendaré a las heridas y robusteceré a las débiles*» (Ezequiel 34,15-16).

Jesús ve con entrañas de misericordia al pueblo y su miseria: un pueblo disperso y roto; los pequeños, abatidos, tirados; el Padre lo ha enviado con el encargo de reunir a todos los hombres en una familia de hijos y hermanos, en una tierra que sea hogar abierto a todos y donde todos puedan sentarse en torno a la misma mesa sin privilegios, ni desigualdades escandalosas.

Pero, para ello, se han de derribar los tronos, romper las cadenas, hacer justicia, levantar de la basura al pobre, curar sus heridas. Según el texto evangélico, Jesús muestra su incompatibilidad con los pastores (guías) del pueblo, y anuncia liberarlo, realizar el éxodo, es decir, la salida, para formar una comunidad de hombres y mujeres libres, que gocen de la plenitud de la vida.

Jesús nos está ofreciendo también un gran criterio de discernimiento para distinguir al pastor legítimo del pastor ilegítimo, aunque legalmente se considere legítimo: estar a favor de la vida humana en sentido pleno y universal, es decir, estar dispuesto a entregar su vida para que el pueblo entero viva.

Por el contrario, las palabras que emplea el evangelio contra los malos pastores son duras: a los que no se preocupan de que las ovejas débiles vivan con dignidad y sentido, los llama asalariados y homicidas, ya que están privando de los bienes necesarios para que vivan.

Esto mismo lo expresa el Concilio Vaticano II: «*Alimenta al que muere de hambre, porque, si no lo alimentas, lo matas*» (Gauden Spes 69). Los pobres son el gran criterio de discernimiento y de juicio sobre la legitimidad ética y evangélica de los pastores-guías. «*...tuve hambre y me disteis de comer...*» (Mateo 25,31-46).

Ésta fue la gran preocupación de Jesús: sus palabras, sus gestos, su vida entera fueron un servicio a la vida. Y éste era el significado de las curaciones narradas en el evangelio: ser signo expresivo de esa vida que Dios quiere para el hombre, crecimiento de la libertad y del señorío de la persona; liberación del sufrimiento y victoria sobre el mal; todo son expresiones de recuperación de vida, que no se verá frustrada ni siquiera por la muerte: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en plenitud*».

Jesús libera de la culpa y ruptura interior a los pecadores, ofreciendo el perdón de Dios, revelándonos así a un Dios misericordia; esto lo expresa comiendo con pecadores y gentes excluidas, marginadas, con los que se manifiesta la amistad de Dios y su actitud reconciliadora. Mediante la expulsión de los demonios, rescata al ser humano de la esclavitud del mal y le devuelve la libertad y la salud.

La vida abundante que Jesús anuncia y encarna es el amor gratuito de Dios a los desgraciados, los indefensos, los que no tienen sitio en la sociedad, ni en el corazón de los demás, los maltratados por la vida y por los hombres, víctimas de la injusticia; los desestructurados. En Jesús se nos acerca Dios como gracia para los desgraciados.

Jesús es el Buen Pastor porque sólo busca y quiere el bien de los demás, se opone a lo que es dañoso y destructor para el hombre. El Dios revelado en Jesús es el Dios del bien y no del mal, el Dios de la creación y de la vida y no el Dios de la destrucción, del sufrimiento y de la muerte, el Dios del perdón y no el Dios de la venganza. El Dios «*que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*».

Todos estamos llamados a ser ovejas y pastores, transparencia del buen Pastor, aunque de manera distinta y en ámbitos distintos. Ser pastor quiere decir sentirse responsable unos de otros: «*Buscar las ovejas perdidas, recoger las descarriadas, vendar a las heridas, curar a las enfermas*»

**¿Qué hacemos para asemejarnos al Buen Pastor?**

**¿Qué signos estamos dando en esta dirección?**

**¿Quiénes son hoy los débiles y los desvalidos, y qué lugar están ocupando en la Iglesia?**

**DOMINGO QUINTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos 9,26-31): *La Iglesia gozaba de paz.*

2ª lectura (1ª Juan 3,18-24): *Amemos de verdad y con obras.*

Evangelio (Juan 15,1-8): *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.*

Se nos presenta hoy Jesús con una nueva imagen: *«Yo soy la verdadera vid»*. Jesús abre sus labios y su corazón en una cena que sabe a amor y despedida. Comparte mesa y confidencias con los más cercanos, con los que le han seguido hasta la hora última, que ya ha llegado.

*«Yo soy la vid verdadera, mi Padre es el labrador, vosotros sois los sarmientos»*. De nuevo habla Jesús de *«el Padre y de nosotros»*, los grandes amores de Jesús, que desea que a esa relación nos incorporemos todos los hombres y mujeres del mundo.

*«Mi Padre es el labrador»*, dice Jesús. *«Celestial agricultor»* es el título que le da el Concilio al hablar de la Iglesia como *«viña escogida»*. Como buen agricultor, el Padre cuida con esmero de su viña. Arranca lo que ya no da fruto y poda lo fecundo para nuevas floraciones.

Resuenan aquí los versos del bellissimo canto de Isaías: *«Mi amigo tenía una viña en fértil collado»*. El *«amigo»* es Dios, la *«viña»* es su pueblo. Sin duda Jesús conoce el poema. Conoce el amor con que Dios cuida de su pueblo, y conoce el dolor del labrador al ver que su viña amada, cuando él esperaba que diese uvas, dio agrazones.

También los discípulos conocerían el poema de Isaías. Y pudieron entender muy bien el anhelo de Jesús: *«la gloria de mi Padre, su deseo, es que deis fruto abundante. Será el signo de que sois discípulos míos, de que me habéis entendido»*. Para que dé fruto abundante, el labrador poda la viña.

Podar las viñas es un arte que no todos dominan. El Padre sí. El Padre sabe qué hay en nosotros que debe ser cortado, eliminado. Pero el símil no puede ser aplicado de la misma manera en la vid y en mí. El Padre me cuidará y me podará; pero respetando mi libertad. No lo hará sin mí. Surge aquí la necesidad de conocer cuáles son mis zonas *“muertas”*, ponerlas ante el amor del Padre, y pedirle que haga la poda que yo necesito para dar el fruto que Él espera de mí y que yo puedo dar con su ayuda.

La imagen es suficientemente significativa, la unión del sarmiento con la vid es íntima, es vital; la savia de la vid es la que da vida al sarmiento. Estar unidos a Cristo es vivir en comunión con Él; que su Espíritu nos aliente y vivifique, que impregne de savia todos los tejidos del alma. O sea, que la vida de Jesús pase a ser *“mi vida”*. No bastan encuentros esporádicos ni ratos de oración, por largos que parezcan.

Se necesita una vivencia *«cristiana»* continuada, cuando se reza y cuando se trabaja, cuando se ríe y cuando se llora, cuando se sirve o se es servido, cuando hay luz o cuando hay tinieblas, cuando se agradece o cuando se espera. No puede haber dicotomía en la vida espiritual.

Podar y fruto son tarea que cada creyente, cada comunidad y la Iglesia es su conjunto deberán abordar. En discernimiento personal y comunitario. Sin dogmatismos ni condenas. Excepto en caso de rupturas evidentes y graves, habrá que dejar que sea Dios el celestial agricultor quien podo los sarmientos. En nuestro pensamiento no está muy lejos la tentación de eliminar al que no piensa como nosotros.

Los *“sarmientos”* podemos dar más o menos, mejores frutos o peores, más dulces o más avinagrados. Depende de la intensidad de la unión con la Vida. Cuanto más haya de *“sarmiento”*, el fruto será peor; cuando menos haya de *“sarmiento”* y más de **“VID”**, los frutos serán más abundantes y mejores.

Para dejar que toda la savia del Espíritu penetre en mí, necesito vaciarme del todo. Esto no es posible sin poda, sin despojo y sin muerte. Así, el cristiano ya no vive su vida, vive la vida de Cristo que el Espíritu le transmite. Las consecuencias son realmente admirables, estremecedoras.

Si verdaderamente estamos unidos a la vid:

- *Ya no rezaremos con nuestras oraciones, dejaremos que el Espíritu de Cristo rece en nosotros.*
- *Ya no liberaremos con la fuerza de nuestros brazos, sino que levantaremos al caído o romperemos sus ataduras con la fuerza del Espíritu.*
- *Ya no serviremos con nuestras manos, sino que Cristo se servirá de nuestras manos para servir.*
- *Ya no hablaremos nuestras palabras con nuestros pensamientos, sino que Cristo pondrá sus pensamientos en nuestra mente y sus palabras en nuestros labios.*
- *Ya no amaremos con el fuego de nuestro corazón, sino que Cristo amará desde nuestro corazón con el fuego de su Espíritu.*

Y llenándolo todo, estará en nosotros la figura de Cristo resucitado, proclamando con toda la fuerza y solemnidad de Yahvé **«YO SOY LA VID, vosotros los sarmientos. Sin mí no podéis hacer nada»**. Es la unión con Cristo la que dará vida a su Iglesia, y en ella, a todos los sarmientos, a todos nosotros.

**DOMINGO SEXTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos 10,25-26.34-35.44-48): *Dios no hace distinciones.*

2ª lectura (1ª Juan 4,7-10): *Todo el que ama ha nacido de Dios.*

Evangelio (Juan 15,9-17): *Como el Padre me ha amado, así os he amado yo.*

A cualquiera de nosotros, a poco que nos paremos a pensar en las personas que nos quieren y en las que nosotros queremos, nos saldrá una larga e interminable lista de nombres; rostros de gente que se han ido incorporando a lo largo de la vida en los diferentes lugares donde hemos vivido, en las distintas actividades que hemos realizado y otros que, simplemente, estaban ahí como esperando a que nosotros apareciéramos.

Pero los afanes de este mundo: *las ocupaciones de cada día y las preocupaciones que nos causan los que están cerca*; la seducción de las riquezas: *pues hay que tener de todo y estar en todas partes*; y la persecución por lograr los primeros puestos en el escalafón de la vida: *a costa de pasar por encima de quien nos estorba*, hacen que los frutos de la amistad se queden en simples migajas de unos días de fiesta, que cada vez son más extraordinarios y que dejen de formar parte de la vida cotidiana.

El vínculo del amor es algo vivo que hay que cultivar y darle el alimento preciso para que no se marchite ni se agote. Esta tarea, de una manera espontánea, me parece que sólo la realizan las madres, por lo menos las que mi generación ha conocido, que ocupadas del hogar estaban atentas a todo y a todos los que vivíamos bajo el mismo techo. Hoy, que la mayoría tenemos ocupaciones fuera de casa, esto resulta más difícil para cada uno aunque nos lo propongamos seriamente, pues es imposible estar pendientes de todos.

Por ello, necesitamos un grupo de referencia pues la familia cada vez deja de serlo más pronto. Y a ser posible un grupo preferentemente de nuestra misma generación. Esto, y no otra cosa, son las pequeñas comunidades de cristianos que, siguiendo el mandato de Jesús, se quieren unos a otros, se animan en las dificultades y se interpelan cuando flojean en el seguimiento de Jesús. Y siempre, siempre, se perdonan.

Todo esto, no sólo es posible por crecer en un grupo de referencia, principalmente lo es por permanecer unidos a Jesús *«como los sarmientos lo están a la vid»*. La manera de enraizarnos a la tierra, de nuestra encarnación en la vida del pueblo y en el contacto con las personas que viven en él, nos ayuda a entender y a experimentar la forma que Jesús tiene de darnos vida a todos y cada uno de nosotros.

El proyecto de Jesús es un proyecto de vida nueva y diferente al que, en cada lugar y en cada época de la historia, hemos organizado los seres humanos. Las relaciones con personas diferentes a nosotros por raza, por cultura o por religión, son cada día más frecuentes debido a la movilidad que se da en este mundo global y al desigual reparto de la riqueza material y de los bienes que todos deberíamos tener: sanidad, educación, trabajo y vivienda.

La gratuidad de este encuentro, en el que él toma la iniciativa para llamarnos, para invitarnos a estar con él y para enviarnos a llevar la buena noticia a todas las personas, procurando que se reconozcan como hijos de Dios y construyendo con todas ellas la fraternidad universal. Todo eso será posible si de verdad nos dedicamos especialmente al cuidado de los más débiles y maltratados por nuestra sociedad en nuestros ambientes.

Queriendo o sin querer nos solemos olvidar de los más débiles y frágiles: unas veces no los vemos, otras no los tratamos como sujetos con sus derechos sino como objetos de nuestra ayuda benéfica o como individuos que dificultan nuestro bienestar o nuestro tiempo libre.

Debemos estar atentos a lo que sucede a nuestro alrededor; ser conscientes de que todas las personas no tenemos las mismas oportunidades a la hora de desarrollarnos como personas y como compañeros de camino. Nunca deberíamos olvidar las palabras que Jesús dirige a aquellos que se tenían por buenos y por cumplidores de la Ley: *«No necesitan médico los sanos, sino los enfermos»* o aquellas otras: *«no he venido a buscar a los buenos, sino a los pecadores.»*

Pues si realmente nos sentimos vinculados a la persona de Jesús y hemos apostado por un estilo de vida como el que Él vivió, nunca deberíamos tenernos por buenos y cumplidores, y siempre los hermanos sufrientes, marginados, enfermos y pecadores deben ocupar un lugar privilegiado en nuestro tiempo y en nuestro corazón.

Si **Dios es amor**, el hombre, hecho a su imagen y semejanza, tendrá que definirse también por su capacidad de amar. Jesús nos dice: *«Amaos unos a otros como yo os he amado»*. El hombre mejor será el que ame más. A más amor será más hombre y más parecido a Dios, más humano y más divino: *«En eso conocerán que sois mis amigos»*. Por eso nos lo pide, para que realizándolo seamos más felices.

**LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR**

1ª lectura (Hechos 1,1-11): *No os toca a vosotros conocer los tiempos.*

2ª lectura (Efesios 1,17-23): *Y todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Marcos 16,15-20): *Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.*

Todo terminó bien y todo terminará muy bien. Jesús, después de bajar a nuestros infiernos, se vistió de la gloria del Padre. Bebió la copa de la amargura, hasta el fin. Ahora beberá el vino buenísimo del Espíritu. Algo parecido a lo del Tabor, sólo que allí era todo transitorio, aquí todo es eterno. El Tabor miraba al futuro, la Ascensión vivirá en un presente eternizado.

Jesús resucitado resplandece. Gocémonos contemplando la imagen del Apocalipsis: *«Vi una figura humana, como un hijo de hombre, vestido de túnica talar, con una faja dorada a la altura del pecho. El pelo de su cabeza era blanco como lana, como nieve; sus ojos llameaban, sus pies parecían bronce incandescente en la fragua y era su voz como el estruendo del océano. Con la mano derecha sostenía siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos, y su semblante resplandecía como el sol en plena fuerza. Al verlo caí a sus pies como muerto. Él puso su diestra sobre mí, diciéndome: no temas, yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero como ves estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo»* (Ap. 1,13-18).

Podemos imaginarlo de muchas y variadas maneras, pero lo verdaderamente importante es que Jesús, el mismo que murió en la cruz, es el que ahora vive; quiso conservar sus llagas como memorial de su pasión y argumento de su amor; tiene en sus manos las siete estrellas de las siete comunidades, que se irán multiplicando (70 veces 7), pero que están en sus manos, en señal de posesión y protección.

La ascensión del Señor no es una huida; se va sólo para hacernos sitio, para dar lugar a la misión de la Iglesia, para abrir el tiempo de nuestra responsabilidad. La misión está confiada a la predicación, para que todos puedan creer y ser bautizados; pero hace falta que la predicación de la Iglesia y el testimonio de los cristianos sean creíbles. Y **¿cómo puede ser creíble nuestra predicación y nuestro testimonio, si nosotros mismos no estamos convencidos?**

Los discípulos de Jesús tardaron mucho en aceptar lo que habían visto y oído. La muerte de Jesús no entraba en sus cálculos demasiado humanos y trastocó todos sus planes. Después de la resurrección las cosas no estaban del todo claras. Veían a Jesús, pero no daban crédito a sus ojos; pensaban que se trataba de un fantasma. Le escuchaban, pero no acababan de entender y aceptar sus mandatos.

Y en vez de salir a predicar, se encerraron para no complicar más las cosas, para no ser salpicados por las consecuencias de la muerte de Jesús. Pero el Señor cumplió su promesa, y su Espíritu acabó con todos los prejuicios y disipó todos sus temores, llenándolos de coraje. Y así, recobrada su autoestima, fueron capaces de dar la cara y predicar y ser testigos hasta dar la vida.

Nuestra situación hoy, aunque no revista la misma gravedad de la de los discípulos, también resulta confusa y comprometedor para nosotros. Pasaron los tiempos en que la sociedad era cristiana y el ambiente favorable a las manifestaciones de fe.

Hoy tenemos que asumir una sociedad pluralista en la que coexisten distintos credos. **¿Seremos capaces de respetarnos y relacionarnos con amor?** Más aún, tenemos que asumir el laicismo no siempre imparcial, a veces hasta beligerante y con deseos de anularnos. **¿Seremos capaces de aceptarlo, poner la otra mejilla y no romper relaciones con los otros?**

En cualquier caso, no se trata de vendernos a la comodidad del ¡todo da igual!, sino de saber en cada momento guardar nuestra postura. Sólo así podemos establecer lazos de amistad y relación. Sólo así podremos seguir siendo fieles a la misión de Jesús. Porque la misión sigue y sigue la responsabilidad.

Urge que recuperemos la autoestima, que nos sintamos discípulos de Jesús y que valoremos su Evangelio, como el bien más precioso que no podemos guardarnos para nosotros solos, sino que tenemos que compartirlo con los demás, cuantos más, mejor. Hay que predicar con la palabra, y también con el ejemplo.

Cuando la fe se hace palpable, la paz se respira y la ilusión entusiasma; cuando el amor enciende y hace trascender y la presencia de Dios nos envuelve, como la nube del Espíritu; cuando el **Pan partido**, conforta y el **Vino bueno**, alegra sin embriagar; cuando la **Palabra** ilumina y conmueve; cuando la **oración** se hace íntima y verdadera; cuando tocas las llagas de Cristo en el hermano que sufre, cuando comulgas con los hermanos en amistad y solidaridad; cuando en tu sufrimiento te unes a la Pasión del Señor. Y cuando ves las huellas de Dios en la hermosura de las personas, de las obras humanas, de la naturaleza...

Todo eso, es tocar el cielo, es vivir en actitud *ascensional*. Hay que hacer que la ciudad del presente se parezca lo más posible a la del futuro, o, dicho de otra manera, que hagamos progresar el Reino de Dios en la tierra, lo que significaría ir acercando la tierra al cielo.

**PASCUA DE PENTECOSTÉS**

1ª lectura (Hechos 2,1-11): *Como un viento recio, resonó en toda la casa.*

2ª lectura (1ª Corintios 12,3b-7.12-13): *Nadie puede decir: “Jesús es Señor”.*

Evangelio (Juan 20,19-23): *Recibid el Espíritu Santo.*

Nos asombramos diariamente ante las maravillas de la naturaleza y ante la belleza y profundidad de las personas. Pero cuando hablamos de Dios “Padre Creador”, ¡qué misterio! Si lo hacemos de Jesucristo: “Hijo Salvador”, ¡qué misterio! Y cuando nombramos al Espíritu Santo “Fuerza Vivificante”, que integra todas las riquezas: “sabiduría, fortaleza, entendimiento, intimidad, consejo, piedad, comprensión, gozo, entrega, fuego, amor”, ¡qué misterio! Más cuando captamos el roce de sus alas, nos envuelve una seguridad y una dicha indefinible, cuando sentimos su aliento creador o su viento liberador, quedamos fascinados.

Fascinación que nos lleva a prorrumpir en saltos, gritos y exclamaciones de admiración. Al estilo de Isabel y Juan, o de María en la Visitación, o del mismo Jesús: «*Se llenó de gozo del Espíritu Santo y dijo: Yo te bendigo, Padre*» (Lucas 10,21). Con maestría lo expresa S. Juan de la Cruz: «*Oh llama, oh misterio, oh regalada llaga, cuán delicadamente me enamoras...*». En relación con estos efectos, se nos dice: «*No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu*» (Efesios 5,18). ¡Cómo necesitamos estas experiencias realmente vivificantes! Son como una nueva vida, al estilo de lo que sucedió a los apóstoles y demás discípulos en el día de la Pascua y en los sucesivos Pentecostés. Los que estaban apagados se encendieron, los que se morían resucitaron.

El Espíritu toca y transforma el núcleo más íntimo de la persona, *Su más profundo centro*. Surge así una criatura nueva, según el modelo de Cristo resucitado, resaltando la fe, la confianza y la certeza; la paciencia y la fortaleza; la alegría y la audacia; el amor y la comunicación; la creatividad y la unidad; la expansión y la ruptura de límites. Cristo es «*Dios encarnado*», Dios con nosotros. El Espíritu es «*Dios entrañado*», Dios en nosotros. Dios derramado en nuestras entrañas, como el ungüento que penetra, como el agua que se bebe, como el aliento que se respira, como la savia que vivifica, como la luz que desde dentro nos ilumina.

Él es nuestro Huésped «*mora en vosotros y en vosotros está*» (Juan 14,17). Es bueno saber que ya nunca estamos solos. Él nos acompaña como luz y como fuerza, como generosidad y consuelo. Él no nos abandona, aunque nosotros no le hagamos caso: «*No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención*» (Efesios 4,30), o que le hagamos la vida imposible: «*No apaguéis la fuerza del Espíritu*» (1 Tesalonicenses 5,19), o le expulsemos de nuestra casa. Hasta ahí llega nuestra capacidad. Tratemos bien a nuestro Huésped: «*¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él, porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros*» (1 Corintios 3,16-17).

Hay más. El Espíritu Santo no sólo es nuestro Huésped, nuestro amigo y consejero. Es, o está llamado a ser, nuestro verdadero yo, el aire que respiramos y la sangre que nos riega. Es nuestra energía espiritual, nuestra oración y nuestra canción, nuestra alegría y nuestro dolor, nuestra misericordia y nuestro amor. El reza con nosotros, gime y canta o alaba y ama en nosotros.

El Espíritu nos recuerda a Jesús. Pero no se trata de una memoria fría, como la de quien escribe un libro de historia, sino de una *memoria viva*. El Espíritu nos hablará de Jesús, nos recordará sus palabras y nos explicará su sentido; y nos desvelará el misterio de su existencia: «*Cuando venga el Espíritu de la verdad os iluminará para que podáis entender la verdad completa*» (Juan 16,13). Nos recuerda a Jesús, nos lo hace pasar por el corazón, no sólo por la mente: «*Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios*» (1 Corintios 2,14).

El misterio de Jesús no se agota, por eso siempre será actual. El Espíritu, es el que va guiando hacia la plenitud –*La verdad completa*– siempre nos va enseñando algo nuevo, no es un mero repetir. Cada tiempo, cada generación, cada místico o teólogo, cada pastor o concilio, cada persona puede ir conociendo y enseñando, no verdades nuevas, pero sí nuevos sentidos, nuevas dimensiones, nuevas aplicaciones de la misma verdad.

El Espíritu, que es nuestra alegría, nuestra mayor intimidad, vida de nuestra vida, es también nuestra fuerza, nuestra audacia, nuestra misión, nuestra profecía. Nos saca de nuestros cuarteles de invierno y nos empuja a la intemperie o al desierto o al campo de lucha. Nos saca de la comodidad o pasividad y nos envía al desamparo o desinstalación. Nos saca de nuestra familia o nuestra comunidad o nuestro ghetto o nuestra cultura y nos urge a formar otras familias y a encarnarse en otras culturas.

El Espíritu, llama de Amor viva, quiere que la buena noticia de Jesús llegue a todos los pueblos, que la gracia salvadora de Jesús llegue a todos sus hijos, en todas las naciones, en todo el mundo. El Espíritu es dinamismo de superación, no sólo a nivel de fronteras geográficas, en los aspectos cuantitativos, sino en lo que se refiere al desarrollo interno de la comunidad eclesial. Vemos cómo, gracias al Espíritu, los discípulos fueron comprendiendo mejor, no sin fuertes tensiones, la identidad y originalidad del misterio cristiano.

«*El Espíritu me ha ungido y me ha enviado a dar buenas noticias a los pobres*» (Lucas 4,18).

## **SANTÍSIMA TRINIDAD**

**1ª lectura** (Deuteronomio 4,32-34.39-40): *El Señor es el único Dios.*

**2ª lectura** (Romanos 8,14-17): *...esos son los hijos de Dios.*

**Evangelio** (Mateo 28,16-20): *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

Alguien dijo: *“Una sociedad no cambia, sino cambian sus dioses”*. Por eso, el primer punto a tener en cuenta en cualquier transformación o cambio radical ha de comenzar por purificar la imagen de Dios, que se esconde tras nuestro comportamiento y nuestro compromiso social.

Ésta es la imagen de Dios a redescubrir y vivir: **UN ÚNICO DIOS, UNO y TRINO**, es decir, un Dios relacional; un Dios que es comunidad de vida y de amor: **Padre, Hijo y Espíritu Santo**, que viven unos en otros, en la más sublime y perfecta comunidad.

La imagen perfecta y completa de Dios en la tierra no es el individuo aislado, sino la comunidad. Al ser esto así, los seres humanos nos asemejamos a Dios, no mediante el dominio, sino a través de la comunidad, de la reciprocidad de vida y en el compartir.

El misterio Trinitario es el paradigma universal e integrador que nos proporciona una nueva forma de ver el mundo. La vida es comunicación. Todo cuanto existe y vive, existe y vive en relación mutua; el vínculo común que da coherencia a todo es el Espíritu de Dios que llena el universo.

Desde esta imagen de Dios: **Padre, Hijo y Espíritu Santo**, a cuya imagen hemos sido creados, el ser humano sólo puede existir de un modo humano y desarrollar su personalidad en un ambiente relacional, comunitario, en la reciprocidad, en el compartir, en la cooperación, en la solidaridad. Pero el ser humano también está relacionado vitalmente con toda la creación; necesita de las cosas del mundo para vivir como persona en libertad y solidaridad responsable.

El gran proyecto divino, que Jesús con su venida nos mostró es que la gloria, la imagen de Dios, comunidad de vida y de amor, se restaure y se viva, y se vivirá en la medida en que aprendamos a convivir juntos, iguales y diferentes, sin dominar unos a otros, sin privilegios y sin categorías de superioridad y desigualdad escandalosas, pues la imagen de Dios a reflejar es un Dios **«uno y tres, iguales y diferentes: Padre, Hijo y Espíritu Santo»**.

La comunidad de creyentes en Jesús reflejará esta imagen de Dios en la medida en que seamos capaces de vivir el espíritu auténtico de familia, con todas sus consecuencias, es decir, como hijos y como hermanos.

Ésta, ha de ser la gran aportación de la comunidad creyente en el descubrimiento de un *“humanismo integrador”*, que sea capaz de crear una nueva moral, una nueva convivencia. Partiendo de que el ser humano es imagen de Dios, se deduce que la verdad original de la persona humana es ser *“una realidad en relación”*, *“un ser comunitario”*. La fuente original de la vida y de todas las cosas es **«la comunidad de vida y de amor»** y esto deja su impronta y se convierte en la única ley natural.

Al creer en un **Dios-Padre**, podemos sacar gozosas consecuencias, como la confianza plena, la obediencia respetuosa, la oración filial agradecida... Al creer en un **Hijo que es Dios, igual al Padre**, significa que Dios no se encierra en sí mismo, no es egoísta o individualista y no solamente hace cosas, sino que nos las da; que se da todo, como el padre y la madre dan su propia naturaleza al hijo. Al creer en un **Espíritu Santo**, que es la Flor divina que brota del encanto existente entre el Padre y el Hijo, fruto de su amor y de su entrega, recibimos también toda la alegría y la fuerza de su amor. Él se queda con nosotros y nos convierte en ejemplos vivos de Dios. Él nos capacita para amar con su mismo amor, para ser hijos y para ser dioses, porque es Amor derramado en nuestros corazones.

El **«ser hijo»** pertenece a la identidad de la persona, lo que supone un espíritu de reconocimiento agradecido, de que no somos dueños de nada, todo lo tenemos recibido: *“vida, libertad y todas las cosas”* y, por tanto, nuestra responsabilidad es hacerlas fructificar para el servicio y bien de los otros y de la humanidad entera.

El misterio Trinitario es el paradigma en orden a construir un mundo en familia y la Iglesia como signo de este mundo a construir. Pero, de hecho, nos encontramos con una realidad que oscurece el misterio de Dios y la realidad original del ser humano, y es la injusta situación de millones y millones de personas que se ven excluidas de una vida digna.

Esta realidad no sólo oculta el verdadero rostro de Dios: **un Dios amor, Padre de todos**, sino que también un mundo así configurado por la marginación y el sufrimiento no es totalmente mundo, y millones y millones de seres humanos no son totalmente personas.

Éste es el gran problema que tenemos planteado tanto la Iglesia como los cristianos en su misión de servir al mundo: **¿Cuál ha de ser el perfil de la Iglesia para que le capacite para ser “signo” creíble en un mundo así configurado?** No olvidemos que el mejor lenguaje, el mejor mensaje, son los gestos, los testigos. No los documentos ni los libros, sin quitarles su importancia. Hemos de ser testigos con nuestros gestos y signo con nuestra vida y nuestras obras. **Así vivió y actuó Jesús.**

**EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO**

1ª lectura (Éxodo 24,3-8): *Haremos todo lo que dice el Señor.*

2ª lectura (Hebreos 9,11-15): *...es mediador de una alianza nueva.*

Evangelio (Marcos 14,12-16.22-26): *Tomad, esto es mi cuerpo.*

El mundo tiene hambre de pan: 900 millones de hambrientos y otros tantos insuficientemente alimentados. Un día Jesús multiplicó los panes y no solamente quedaron todos saciados, sino que sobró para llenar doce cestos. No trataba solamente de dar solución a un problema, sino de marcar un comportamiento liberador.

Hoy no haría falta multiplicar, bastaría con sumar y dividir correctamente, es decir, solidariamente. Bastaría con racionalizar la administración de nuestros bienes. Hoy gastamos doscientas veces más para la muerte (armas y guerras) que para la vida: promoción dignificación y desarrollo.

Pero Jesús sabía que hay otras hambres más profundas. Teresa de Calcuta, que entendía bien de pobreza, afirmaba: *«en el mundo hay más hambre de amor y de estima que de pan»*. Por eso, el Señor, dijo: *«Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí no tendrá mas hambre»*. Jesús nos invita a su mesa. En ella encontraremos pan abundante, vino excelente, amistad verdadera, amor hasta el límite.

*“Señor, yo no soy digno”*, decimos antes de acercarnos a la mesa del altar, confesando que no tenemos todas las actitudes necesarias para recibir a Dios en nuestra casa. Esa mesa significa: **Comunión** frente a la exclusión. **Integración** frente a marginación. **Participación** frente a insolidaridad. Pongamos esa mesa en el centro de nuestras plazas y de nuestros corazones. Es importante descubrir el trasfondo de la primera lectura, donde se nos describe el rito que se seguía para ratificar y celebrar un pacto que ponía fin a tensiones entre grupos y, por lo tanto, a peligros, amenazas y miedos. En un clima de violencia y tensión, el anhelo de paz y bienestar es muy sentido. Conseguir poner fin a tanto dolor y sangre derramada bien merece una celebración por todo lo alto, un banquete a lo grande.

Matar un cordero y comerlo con quienes han sido enemigos, sella un compromiso e inicia una relación en la que ya no habrá víctimas. El cordero pues, es fiesta, es libertad y buena convivencia, es alegría y poder disfrutar de la vida. Es pacto o alianza, es la firma del compromiso mediante un rito lleno de simbolismos entre los que se destacan la comida y la sangre. La comida sienta en la misma mesa a enemigos irreconciliables hasta hace poco, contagiando a unos y a otros la alegría de la convivencia y la colaboración. La sangre de un cordero pone fin a una situación de muerte, para dar paso a otra forma de vida y convivencia; pero la sangre de ese mismo cordero, derramada sobre los afectados, marca la amenaza de muerte sobre los infractores, sobre los que pongan en peligro la nueva realidad.

La repetición del rito actualiza ese compromiso y sus efectos. Invita a seguir en el proceso de construir la nueva convivencia de colaboración y superar los antiguos enfrentamientos que tanta muerte provocaban. Hace vivir, de forma siempre nueva y renovada, la búsqueda de un mundo que supera sus viejos esquemas y mantiene la tensión y la esperanza de una sociedad distinta y más humana.

Cada año, en las fechas en que se conmemoraba, el pacto recordaba y recreaba el acontecimiento, las mismas gentes o sus descendientes volvían a comer el cordero y derramar su sangre; se volvía a anunciar un futuro basado en la paz y se escenificaba, con la participación festiva de todos en la comida, cómo podría ser el mundo si todos nos relacionáramos así. Era, pues, recuerdo y promesa, celebración y utopía, memoria y futuro, signo y garantía.

La alianza de Dios con su pueblo resultó ser figura y profecía de la alianza de Dios y todos los pueblos, sellada esta vez con la sangre preciosa de Jesucristo. Él fue capaz de derramar su sangre, *sangre de la alianza*, por nosotros, *derramada por todos*. No usó sangre de toros ni de vacas, sino la *suya propia*. Tampoco se limitó a rociar el altar y el pueblo, sino que roció su propio cuerpo y nos la ofreció en bebida, y *todos bebieron*.

Jesús nos ofrece el pan de vida, se ofrece a sí mismo como pan de vida. Jesús no quiere la muerte y lucha contra las fuerzas que la provocan, contra la cultura de muerte; él lo llamaba el *poder de las tinieblas*. En algún momento pareció que sería por ellas derrotado, pero al final la luz venció a la negra iniquidad.

*«Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo»*. Jesús nos ofrece su Cuerpo y Sangre. *Vida en abundancia*. Por eso, curó a los enfermos, expulsó a los espíritus que oprimían a los hombres y multiplicó los panes y los peces, anteponiendo la solidaridad a la codicia inhumana y asesina. Y aún más, las hambres de los hombres son profundas; por eso, no sólo multiplicó los panes, sino que él mismo se hizo pan. **¡Un misterio de amor anonadado!** Quien coma de ese pan se llena de Cristo-Dios. Come no sólo un alimento para la vida, sino un alimento que es vida, come vida, sus neuronas se regeneran vitalmente, trascendiendo en una genética de vida inmortal.

Comiendo vida no se puede morir, ese pan tiene energía de vida eterna: *«medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir por siempre en Cristo»* (S. Ignacio de Antioquía). El que así se alimenta, vence a la muerte y se hace inmortal: *«Con la Eucaristía la sustancia de nuestra carne se va constituyendo de carne mortal en carne inmortal, o sea, da el salto de la vida mortal a la eterna inmortalidad»* (S. Ireneo).

**DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Ezequiel 17,22-24): *El Señor humilla los árboles altos y ensalza los árboles humildes.*

2ª lectura (2ª Corintios 5,6-10): *Caminamos sin verlo, guiados por la fe.*

Evangelio (Marcos 4,26-34): *Mientras, la semilla germina y va creciendo.*

Si echamos una mirada de conjunto a las parábolas del Reino que, Marcos nos presenta en el capítulo cuarto de su evangelio, encontramos una aparente contradicción: «*El reino de Dios y su palabra son débiles, frágiles, a merced de los hombres*» (parábola del sembrador); «*El Reino y la palabra de Dios son poderosos y escapan a la obra humana*» (parábola de la semilla que crece por sí sola). Hasta Jesús manifiesta dudas extrañas: «*¿Con qué podemos comparar...? ¿Qué parábola usaremos?*». Desde la perspectiva de Jesús parece que no es nunca el sí o el no, el revés o el derecho, el dentro o fuera, el blanco o negro (pero tampoco el gris del compromiso obtenido con una mezcla de blanco y negro).

Muchos cristianos, preferíamos simplificaciones de fácil uso, formulaciones bien definidas: “o esto”, “o lo otro”. Así identificábamos mejor a los enemigos y los podíamos combatir; estableciendo, de una vez por todas, quién está dentro y quién está fuera; formulando rígidamente nuestras propias teorías, buscando en la Biblia solamente los testigos que nos convenían, manipulando y tachando los opuestos. Así, durante muchos años, hemos establecido nuestro ser cristiano. Marcos al hablarnos del Reino de Dios, pone mucho énfasis en el vigor de sus comienzos y en su capacidad de crecimiento. La virtud operativa de Dios, no depende de la voluntad del hombre ni puede éste ponerla a disposición suya. La virtud de Dios es fecunda en el mundo sin que nadie pueda medir ni limitar su eficacia. La confianza en el poder de Dios puede hacer más fructífera la actividad humana.

Desarrolla, Marcos, el crecimiento admirable del reino de Dios a través de dos comparaciones: El «*reino*» que aquí se contempla no es ni el reino interior del alma ni el reino escatológico de la vida eterna. El «*reino*» de que aquí se trata es el del “*tiempo intermedio*”, el tiempo de la Iglesia, comunidad de creyentes fundada por Jesús, siempre en marcha, siempre sintiendo las asperezas del camino pero alentada por la fe. Comparando los orígenes de esa comunidad con su estado actual se puede apreciar un maravilloso desarrollo tanto cuantitativo como cualitativo.

El «*reino de Dios*» tiene sus propias leyes ocultas que condicionan el proceso de su crecimiento. Muchas veces se desarrollan a ritmo lento y con ello desconciertan nuestra impaciencia humana que desea y exige resultados inmediatos, constantes y sonantes. Y es, al contrario, lacerante el proceso de agostamiento o esterilidad de esa semilla en campos en otros tiempos fecundos.

Pero la Iglesia está ahí con sus enormes contrastes, con sus grandezas y flaquezas, lo divino y lo humano, sin que la anulen sus propias sombras. La Iglesia sigue siendo semilla con virtualidad de crecimiento, una luz que atrae y una fuerza que arrastra aunque sea con indignación de muchos. La Iglesia tiene la misión de sembrar infatigablemente la semilla, pero es a Dios a quien corresponde dar el crecimiento. Lo importante es sembrar y regar aunque sean otros los que, a su tiempo, vengan a meter la hoz en lo que no han sembrado. El dueño de la viña es Dios. Él trabaja en el misterio del silencio. La creatividad humana –Dios nos creó a su imagen- es actividad de siembra y esperanza confiada, porque Dios hace su parte y lo hace bien.

El labrador que entierra una semilla en el surco ignora, quizá, las leyes biológicas, pero vive de la esperanza cierta de recoger a su tiempo frutos en sazón, aunque no sepa cómo se desarrolla el proceso de la vida. Arroja la semilla pero no sabe, aunque tiene la esperanza de que la recuperará multiplicada. Así es el «*reino de Dios*»: una pequeña semilla, una virtud oculta y misteriosa, un proceso en crecimiento, una esperanza de plenitud por obra de la vitalidad divina, invisible y cierta.

Se trata por tanto del crecimiento, ley universal en la naturaleza. Crecen los niños, los animales y las plantas. Jesús enseña que el «*reino de Dios*» tiene algo de misterio, parecido al misterio de la semilla que crece aunque el sembrador no sepa cómo. El reino de Dios crece, no sabemos cómo ni cuánto, a veces con apariencias humanas de retroceso. Es una verdad evangélica que puede verificarse desconcertante y por eso mismo debe ser anunciada con optimismo y como **buena noticia**.

El «*reino de Dios*» ha llegado con la presencia de Jesús, se establece ya en este mundo, incoado de manera visible en la Iglesia, con suerte desigual y con alternativas de progreso y retroceso en la apreciación humana. Basta observar la implantación de la semilla evangélica en las riberas del Mediterráneo hasta la situación actual con perspectivas de futuro. La Iglesia se renueva incesantemente por virtud del Evangelio. El Espíritu Santo la conduce a la unión perfecta con Cristo. Se desarrolla poco a poco estableciéndose en todas las naciones (Lumen Gentium, 4-5). El reino de Dios, al menos como un fenómeno cultural a través de la Iglesia es un hecho conocido y aclimatado en todo el mundo. Pero, **¿es de verdad semilla con virtud de crecimiento en sí misma y como fermento en la masa de la humanidad?** Las estadísticas de crecimiento en el mundo occidental darían poco fundamento al optimismo. Pero el «*reino de Dios*» crece, a veces de manera imperceptible, en la lucha con la muerte y al mismo tiempo pleno de vitalidad, suma de las debilidades humanas y del poder de Dios.

**NATIVIDAD DE JUAN BAUTISTA**

**1ª lectura** (Isaías 49,1-6): *Te hago luz de las naciones.*

**2ª lectura** (Hechos 13,22-26): *A vosotros se os ha mandado un mensaje de salvación.*

**Evangelio** (Lucas 1,57-66.80): *¿Qué va a ser este niño?*

Cada vez que nos reunimos en torno a un recién nacido surge el comentario sobre el futuro de ese niño, elevamos nuestros mejores deseos y felicitamos a sus padres y a los familiares más próximos. Al fin y al cabo se inicia, en ese bebé, un camino que recorrerá a lo largo de su existencia y en el que irá haciendo realidad un proyecto de vida. Una de las primeras cosas que preguntamos del recién nacido es su nombre. El nombre le va a acompañar toda la vida, le va a definir, será su presentación. El nombre puede hacer referencia a familiares o amigos, o a otras personas que son representativas para la vida de la familia; es una decisión que los padres toman ¡como tantas otras! y que marcará la vida del niño.

Juan “*Dios es misericordioso*” quedará marcado por su nombre. La familiaridad, en el Bautista, será con Dios. Su nombre ya anuncia que va a ser alguien especial, que va a tener una misión importante y un compromiso para toda la vida. Va a hacer suyo, desde el nacimiento, el proyecto de Dios: preparar el camino del Señor.

Faltan profetas. Nunca ha habido demasiados, hoy tampoco. Celebrar la fiesta del nacimiento de Juan Bautista, quien **«predicó un bautismo de conversión»**, es destacar la necesidad de los profetas hoy.

No hay que ahondar mucho para descubrir los graves problemas que atenazan a la humanidad: el primero es el hambre, que ahoga a una buena parte del planeta; la violencia que padecen un sinnúmero de países y que se manifiesta en guerras eternas; los conflictos que se dan por la lucha de recursos naturales (petróleo, metales preciosos, agua...); las condiciones laborales, que sufren muchas familias; el expolio y maltrato de la naturaleza...; son situaciones ocasionadas por procesos que sólo buscan el enriquecimiento económico de algunas personas o países a costa de la pobreza de otros y aumentando la brecha entre países ricos y pobres.

Y “*como a perro flaco todo son pulgas*” nos llega “*la guinda*”: una crisis económico-financiera mundial que ha “*ingresado en el paro*” a millones de personas, dejando sin recursos a miles de familias. Es verdad que, la Iglesia (sobre todo a través de Cáritas), intenta solventar las penurias más acuciantes, aumentando recursos, gracias a la solidaridad de miles de cristianos y abriendo nuevos cauces de ayuda.

Son muchas las personas y asociaciones que hoy claman justicia y trabajan por la igualdad: son profetas desconocidos, pero actuales. Los cristianos estamos convocados a implicarnos en estas realidades con quienes sufren las consecuencias de tanta injusticia. Estamos llamados a ser “*luz en medio del mundo*”.

Ser luz, en la biblia, significa escuchar a Dios y dejarnos afectar por su proyecto. Ser luz tiene mucho que ver con recorrer un camino personal que nos acerca a Dios y a sus favoritos, los pobres; aunque este camino esté plagado de miedos y vacilaciones, incluso de equivocaciones.

Ser luz es celebrar que el Señor es el “*lote de mi heredad*”, lo mejor que me ha pasado. Ser luz es descubrir que hay un mundo y una sociedad que iluminar con la llama de la justicia y la solidaridad. Ser luz al estilo de Dios es iluminar con gestos aquellas zonas y a personas que han quedado en la tiniebla del hambre y de la violencia, de la exclusión y la injusticia, que han quedado en la oscuridad.

Estamos acostumbrados a la luz, la necesitamos y la buscamos cuando no la hay. Las tinieblas nos remiten al desconcierto y la confusión, al terror. Hay luces que iluminan o calientan, otras deslumbran o confunden, algunas prohíben y otras ciegan... pero la **«luz de las naciones»**, de la que nos hablan las lecturas, es diferente.

La verdadera luz que el mundo necesita la vemos en personas luchadoras y esperanzadas en la construcción de un mundo más humano. En el compromiso con la salvación y la conversión a la que Dios nos invita a cada uno y a toda la humanidad.

El mensaje social de la Iglesia (y del Evangelio) sigue siendo actual hoy cuando denuncia los “*derroches de las riquezas de la tierra que provocan desigualdades que claman al cielo*”. Un mensaje que hemos de anunciar con la palabra y con la vida, al modo de Juan Bautista. Una vida sencilla y austera, una palabra radical y un grito de justicia a favor de los pobres son las actitudes actuales y necesarias hoy. Toda la Iglesia y cada uno de los creyentes somos profetas de justicia y testimonio de un mundo nuevo.

**«Viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias»** La Iglesia se reconoce en esta frase cuando se presenta como un “*sacramento o señal e instrumento de íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano*” y, como Juan Bautista, no apunta y mira hacia sí misma, sino hacia Jesucristo y su proyecto de amor con la humanidad, el Reino.

Hoy sigue siendo necesario el bautismo de conversión que busque una distribución más justa de la riqueza, que promueva relaciones honestas entre los países, y reconozca la dignidad de toda persona. La fe en Dios Padre es un compromiso activo de igualdad entre todos los hombres, que son hermanos. **¿Respondo a la llamada de ser luz en medio de las personas de mi entorno?**

**DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Sabiduría 1,13-15; 2, 23-24): *Dios creó al hombre para la inmortalidad.*

**2ª lectura** (2ª Corintios 8,7.9.13-15): *Distínguíos también por vuestra generosidad.*

**Evangelio** (Marcos 5,21-43): *No temas; basta que tengas fe.*

Continúa Marcos narrándonos los comienzos de la vida pública de Jesús y el inicio de la experiencia creyente en la vida de cualquiera de nosotros. En estos capítulos el evangelista sitúa la acción en el entorno del lago de Galilea; lugar ubicado en el norte, lejos del centro religioso y político de Jerusalén. «*Id a Galilea, allí me veréis*», les había dicho Jesús, al despedirse de ellos, antes de subir al Padre. Se trata pues, de recorrer el mismo camino que Él recorrió para cumplir la misión encomendada.

Hoy Marcos pone a Jesús en contacto con dos mujeres impuras, separadas de la vida de la comunidad religiosa; una por motivos de sangre, la mayor; otra a causa de una enfermedad mortal, la adolescente. Jesús a las dos sana, devolviéndolas a la vida común con la gente del pueblo. La mujer adulta toma la iniciativa de «*tocar*» a Jesús; la niña es «*tocada*» por Jesús a ruegos de su padre, Jairo.

Aparecen entremezclados en la liturgia de este domingo los temas de la fe y de la vida. Dios es el artífice de la vida, enemigo de la muerte. A Él sólo le interesa una cosa, que vivamos. Confiarse a él, en la fe, significa elegir la vida. Cristo ha venido a la tierra a traer un mensaje de vida: «*En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres*» (Juan 1,4), para eliminar todo lo que impide a una persona vivir en plenitud (episodio de la hemorroisa), y para arrancar a la muerte su presa (caso de la niña vuelta a la vida).

**Estamos hechos para vivir.** Y no de cualquier manera. Pues aunque la Biblia recoja desde las primeras páginas, y a lo largo de todas ellas, la preocupación de Dios por que el hombre vea en sí mismo la mano activa y amorosa del Creador, la pretensión de los autores parece ser, más que la de un primer «*Alfarero que trabaja el barro*», la de Alguien que nos muestra el camino hacia una vida verdadera. Es decir, nos indica más el hacia dónde debe encaminarse el ser humano, si quiere ser humano, que el de dónde venimos.

Además es un proyecto colectivo, de personas que se constituyen en pueblo que camina y que busca una tierra para establecerse y hacerse numeroso; para dominar a los seres inferiores y establecer relaciones de igualdad con los que son como ellos.

Así hará alianzas de ayuda con los pueblos vecinos y se defenderá de los que le atacan y quieren hacerle desaparecer; sentirán que el Dios de sus padres: Abrahán, Isaac, Jacob, etc., también ha hecho alianza duradera con ellos, aunque en diferentes ocasiones les cueste mantenerla porque es más fácil y vistoso aliarse con los ídolos de los pueblos vecinos. A la larga, las alianzas puntuales les llevarán a la esclavitud, no poseerán la vida verdadera.

**Vida entregada.** Para que cada persona podamos ser dueños de nuestra vida, y así tener la posibilidad de decidir en cada momento lo que queremos hacer con ella, debemos trabajar y poner todas nuestras capacidades en juego, para el desarrollo de la misma. Esto es imposible realizarlo de una manera adecuada si desconocemos los recovecos de nuestra personalidad, como les está sucediendo a muchos jóvenes en este momento.

Los niños necesitan de los adultos, pues ellos, por su cuenta, no pueden resolver la gran cantidad de solicitudes y de estímulos que hoy se les presentan. Ante todo, ellos no saben, todavía, cómo resolver y deciden, en cada momento, según les apetece; así es muy difícil conseguir una personalidad propia, y el sistema en el que nos movemos logra sus objetivos: personas caprichosas que adquieren todo lo que se les oferta.

**Vida iniciada.** En la primera historia vemos cómo un padre, Jairo, solicita ayuda al que puede dársela para que su hija no detenga su crecimiento en la adolescencia; algo que puede pasar, y de hecho está sucediendo en nuestro entorno cercano: muchos adolescentes se niegan a crecer, a asumir responsabilidades y dejan su formación.

Jesús le dirá a la muchacha: «*Levántate, vive creciendo*», asume tu responsabilidad y ponte a ejercerla en medio de la comunidad, en la sociedad de los hombres adultos. Sólo de esa manera la comunidad (su familia) puede ser feliz con ella. Ausencia de vida es igual a ausencia de luz.

**Vida recuperada.** La otra historia, la de la mujer adulta oprimida por todo el entorno, como lo son incluso Jesús y sus discípulos, vive la dificultad (la pérdida de sangre es pérdida de vida) del momento actual de su vida, como tantos seres humanos de hoy. Acercarnos a Jesús, para que nos devuelva las ganas de vivir, es crear espacios en los que todos podamos desarrollar y compartir con otros lo mejor de nosotros mismos y aportarlo a la sociedad a través de los cauces que ya existen. Vida empobrecida, disminuida, igual a luz mortecina.

La enseñanza evangélica, de esta historia de las dos mujeres que nos presenta el relato de Marcos de este domingo, es un claro ejemplo. Todas las personas tenemos todo el tiempo de nuestra vida para desarrollarnos y llevamos también con nosotros la posibilidad de que nuestro crecimiento quede truncado en cualquiera de las etapas de la evolución personal. Es necesario dilatar los espacios, vivir en plenitud, para ser poseídos por la luz

**DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Ezequiel 2,2-5): *Yo te envío a un pueblo rebelde.*

2ª lectura (2ª Corintios 12,7b-10): *Te basta mi gracia.*

Evangelio (Marcos 6,1-6): *¿De dónde saca todo eso?*

Marcos no nos cuenta el contenido del discurso de Jesús en la sinagoga de Nazaret, pero sí detalla las consecuencias, explicando cómo los paisanos de Jesús fueron pasando del asombro “*les gustaba lo que decía*” al recelo “*no les gustaba el que lo decía*”, para acabar despreciando el mensaje y el mensajero. Y es que no hay mejor forma de no darnos por aludidos que menospreciar al que habla o desacreditar lo que dice sacándolo de contexto.

Sin duda no le ha gustado nada al Maestro la acogida hostil y grosera que le han reservado sus paisanos. En la cita popular «*no desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa*», se advierte unas gotas de amargura.

Al profeta se le perdona la inteligencia, incluso los milagros, pero no las molestias. La palabra se hace subversiva cuando amenaza la estabilidad, el orden existente, los equilibrios logrados. Sin embargo, el profeta debe continuar porque debe intentar abrir brecha en medio de “*corazones endurecidos*”, “*hijos testarudos*”, “*pueblos rebeldes*”, tiene que allanar otras mentes y establecer otros caminos.

Así le ocurrió a Jesús, tropezó con la mentalidad más estrecha, la mezquindad, los prejuicios. Pero no se deja bloquear por aquella postura de rechazo: «*Y recorría los pueblos del contorno enseñando*». Tiene que sembrar la palabra en “*otra parte*”, en “*campo abierto*”, y ante “*otros oyentes*”.

Y así suele ocurrir, y cada vez más, con muchas intervenciones del Papa o de otros miembros destacados de la Iglesia, sobre todo cuando se trata de enjuiciar moralmente determinadas conductas.

Y así suele ocurrir, y cada vez más, con muchas intervenciones del Papa o de otros miembros destacados de la Iglesia, sobre todo cuando se trata de enjuiciar moralmente determinadas conductas. Silenciando la totalidad de su alocución, su homilía o escrito, subrayando palabras sacadas de contexto, para ridiculizar la postura de la Iglesia frente a temas como el aborto, la eutanasia o la homosexualidad.

Así ocurre en el caso de la exención del IBI dirigido, solamente contra la Iglesia Católica, cuando también son beneficiarias de esta exención, otras muchas instituciones. Y así está ocurriendo con la campaña estructurada por intereses anticlericales, con motivo de la adopción de niños, contra las Hijas de la Caridad, intentando dañar y sembrar dudas contra esa institución que tanto ha hecho, y hace por paliar las necesidades de las gentes más abandonadas por nuestra sociedad.

**No es fácil hablar.** La reflexión de Jesús, como consecuencia de la dolorosa experiencia en su pueblo, coincide con los sentimientos del profeta Ezequiel al ser enviado por Dios a Israel para echarle en cara sus agravios al Señor. El Espíritu le advierte de lo delicado del encargo, teniendo en cuenta la mala disposición del pueblo. Pero a su vez le anima a cumplir su misión, porque hagan caso o no, por lo menos las cosas quedarán claras y quedará constancia de la responsabilidad del enviado.

Y es que la misión del profeta no es cómoda. No es agradable andar con la verdad por delante, cuando no interesa la verdad y, peor aún, cuando lo que interesa es seguir viviendo del cuento. Y más que nunca en nuestro tiempo, en que parece que todo el mundo escurre el bulto a la hora de decir las cosas claras a los demás, en la familia, en los medios, hasta en política.

La permisividad y tolerancia que detectamos y lamentamos, es el resultado de muchos silencios culpables, de muchas omisiones interesadas. Y la ambigüedad se adueña de nuestro entorno, de nuestras costumbres, de nuestra cultura, disimulando la realidad con una sutil capa de amoralidad, como si todo diese igual.

**Pero no podemos callar.** No podemos conformarnos con no hacer el mal; es necesario hacer el bien. Pero tampoco podemos quedarnos tan tranquilos por hacer el bien; tenemos que luchar contra el mal y denunciarlo dondequiera se manifieste o trate de ocultarse.

En un mundo injusto, donde unos provocan las crisis y otros las sufren, donde se abusa de los débiles, se explota a los necesitados, se abandona a los pobres y se consiente el hambre de millones de seres humanos, no podemos apartar la vista y guardar silencio.

Porque las víctimas de la injusticia y de la explotación, de la violencia y la insolidaridad, de la especulación y de la desigualdad son precisamente hermanos nuestros. **Y hermanos son también los violentos y los explotadores, los que abusan y los que consienten. Y no podemos callar.**

Tenemos que hablar, no sólo para defender a los inocentes, sino también para ofrecer a los culpables la oportunidad de conversión. Nuestra caridad no puede conformarse con atender a las víctimas de la injusticia, sino que debe de tratar de suprimir los mecanismos que la provocan, las estructuras de pecado: «*Porque nuestra lucha es contra el pecado, contra el mal, para la salvación del mundo*» (Juan Pablo II).

**DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Amós 7,12-15): *Ve y profetiza a mi pueblo.*

2ª lectura (Efesios 1,3-14): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

Evangelio (Marcos 6,7-13): *Llevar para el camino un bastón y nada más.*

Marcos sitúa el envío de los doce inmediatamente después a la escena de Nazaret, donde Jesús sufre rechazo y un aparente fracaso, porque ha defraudado las expectativas nacionalistas de sus paisanos, que también profesaban sus discípulos. Sin embargo fue el triunfo de la libertad y del universalismo del proyecto liberador de Dios al no dejarse secuestrar por el ambiente, ni por la presión de la ideología nacionalista. A este proyecto incorpora Jesús a los doce dándole concretas instrucciones.

Según Marcos, los doce habían sido elegidos para que *«estuviesen con Él y para enviarlos a predicar»*. Después de haber compartido la vida común con él, comparten ahora su tarea y su autoridad. La misión es una prolongación del ministerio del Maestro. Por eso, se describe con las mismas palabras con que se describe la de Jesús: *«anunciar, curar y echar demonios»*, y les da unas instrucciones que conservan su sentido y valor en todo tiempo y en todo lugar.

Se está constatando que la Iglesia va perdiendo prestigio social y aquella influencia que tuvo en nuestra sociedad hace algunos años. Ante esta situación, bastantes cristianos añoran los años pasados y luchan por recuperar esas plataformas perdidas para hacer una propaganda religiosa y moral eficaz y desarrollar también unas estructuras pastorales fuertes ante los ataques que nos vienen del ambiente social adverso.

No cabe duda de que en el fondo de toda esa inquietud hay una voluntad sincera y buena, pero, **¿es ese el camino evangélico?** Jesús al enviar a los doce les pidió que fuesen *“ligeros de equipaje”*, ordenándoles *«que no cogiesen nada para el camino, excepto sólo un bastón: ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja; calzaos sandalias, pero no os pongáis dos túnicas»*. Los doce, representantes de la comunidad cristiana, han de llevar a cabo su misión con un corazón libre y despegado, poniendo toda su confianza en Dios que le envía.

Sólo así pueden anunciar el gran amor liberador y misericordioso de Dios sin empañarlo, y sólo así se puede colaborar con Dios en el proceso liberador de la esclavitud y de los espíritus inmundos desde la libertad, que necesariamente implica *“despego”*. El Concilio Vaticano II afirmó con toda claridad: *«Todo lo que pueda ser impedimento para la misión encomendada por el Señor, hay que renunciar a ello»* (Gaudium et spes 76).

La misión debe ser pobre. Un imponente despliegue de medios mortifica, hace desaparecer la evangelización, en vez de promoverla. Claramente nos está diciendo como tenemos que ser sus discípulos hoy, si queremos ser anunciadores del Reino del Padre.

El riesgo de la misión confiada por Cristo a los apóstoles se llama *“pobreza”*. Los signos de liberación *«anuncio del Reino, curación de los enfermos, expulsión de los demonios»*, que los discípulos han de llevar como *“acompañamiento”* de la predicación no pueden prescindir de la pobreza de los medios empleados, como expresión concreta de libertad de todo aquello que puede hacer pesado el camino, estorbar, no dejar trasparecer la fuerza del Evangelio.

Cristo se preocupa, principalmente, de lo que uno no puede llevar consigo cuando va a proclamar su mensaje. Me parece que el acento se pone aquí más en el *“llevar”* que en el *“poseer”*. El Evangelio no tiene necesidad de medios humanos adecuados y excesivamente llamativos. Debe aparecer que la fuerza está en el Evangelio, no en los medios usados.

Según las instrucciones de Jesús, hay que estar dispuesto a ser despojado de todo por ser fiel al proyecto de Dios: la cruz. Esto no significa que se ponga en duda que la acción evangelizadora necesita de medios adecuados para nuestro tiempo, pero no debemos pensar que la eficacia será mayor disponiendo de medios poderosos según el mundo. No se trata de que seamos partidarios de una pastoral pobre, sino que seamos capaces de ella. Quizá, el problema de nuestra Iglesia actual, sea que, como no tenemos suficiente fe, no nos sentimos capaces de realizar una pastoral con medios pobres y recurrimos al mundo para dar eficacia a la pastoral, lo que sería una idolatría camuflada.

Jesús tiene urgencia por anunciar y hacer presente el Reino de Dios. No se trata de que su palabra se reduzca sólo a los que pueden oírle por cercanía física o porque pasa por allí. El Reino de Dios, su noticia y su presencia, tienen que extenderse. Para eso hace falta *“misioneros”*, dándole a esta palabra el sentido más bíblico posible.

Los *“misioneros”* participan de la misma misión de Jesús. No son *“predicadores profesionales”* a quienes no les importa el mensaje sino sólo el beneficio que puedan obtener, ni *“teóricos”* que discuten sobre la opción de vida de otros. Precisamente porque comparten la misión de Jesús viven pobremente como Él, piden la acogida humilde como Él, sanan como Él y anuncian la conversión como Él.

**DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Jeremías 23,1-6): *Ay de los pastores..., yo les tomaré cuentas.*

2ª lectura (Efesios 2,13-18): *Él es nuestra paz.*

Evangelio (Marcos 6,30-34): *Venid a un sitio tranquilo.*

Los apóstoles enviados por Jesús a los pueblos de alrededor, vuelven a reunirse con Él y le cuentan todo lo que han hecho y enseñado. Están contentos y seguramente se han fatigado en la tarea, se han ganado un merecido descanso y Jesús quiere retirarse con ellos a un lugar tranquilo, porque eran tantos los que iban y venían, que no les quedaba tiempo ni para comer.

Esa frenética actividad afecta hoy también a muchos de nuestros sacerdotes, a nuestros agentes de pastoral, a nuestras comunidades, y, en general a todos los feligreses comprometidos. Muchos voluntarios de Cáritas se ven desbordados y afectados por los crecientes problemas de sus vecinos, sus conciudadanos y los inmigrantes.

El estrés y la angustia son notas de nuestro tiempo y, aunque casi siempre sea por razones alejadas de las motivaciones evangélicas. Algunas otras veces son motivadas por esos nobles sentimientos de solidaridad con el prójimo necesitado. Bienvenidos sean, pues, unos días de reposo para el cuerpo y el espíritu.

Dice Jesús: *«embarquemos y vayamos a un lugar tranquilo»*, y así lo hacen. Pero cuando desembarcan en *“la otra orilla”*, se encuentran con una multitud necesitada. Jesús se conmueve ante aquellas personas, que están como ovejas sin pastor, y se pone a enseñarles con calma. La enseñanza se prolongará en el pan que Jesús multiplicará para saciar su hambre.

Hemos de revisar qué gestos concretos de compasión mueve en nosotros la mirada sobre el mundo y las personas que carecen de lo necesario, a veces pan y a veces una palabra que dé sentido y esperanza a su vivir. Nos hemos acostumbrado a pasar muy deprisa por las páginas del Evangelio.

Podríamos detenemos hoy ante la imagen de lo que puede ser un rebaño sin pastor, aunque el mundo pastoril no sea ya el de antaño y los rebaños hayan desaparecido del horizonte urbano. Al pastor que conocía su oficio no se le escapaba de su mirada ninguna oveja, a los de la ciudad nos parecía imposible que pudiese conocerlas una por una. Y si alguna se alejaba más allá y por lugares peligrosos, enseguida recibía la visita del fiel perro, listo a interpretar los deseos y hasta los pensamientos de su pastor.

Debe haber pocas imágenes tan tristes como la de un rebaño sin pastor, abandonadas las ovejas a su suerte, a buscarse la vida o la muerte a su aire, sin saber si comerán hoy y mañana o si morirán en su deambular perdido, si alguien las robará o matará, sin saber dónde guarecerse de los peligros de su soledad desorientada.

Hay otro aspecto en la figura del pastor, recogida hoy en la seria amonestación del profeta Jeremías: *«Ay de los pastores que dispersan, no guardan y dejan perecer a las ovejas de mi rebaño»*. Las ovejas son de Dios. Al pastor Dios le pide que cuide bien el rebaño que le ha sido encomendado, que sepa estar a su servicio, no servirse de él. También este enfado de Dios con los pastores que no realizan bien su tarea es una constante bíblica, una línea profética, hasta el punto de pedirles cuentas y quitarle el rebaño.

Obispos, sacerdotes, responsables de cualquier tarea en la comunidad y fieles cristianos habremos de tener un especial cuidado en que la tentación de poder no se cuele en nuestro talante y actuar pastoral. Y no es equivocado decir que muchos, en la Iglesia, nos dejamos vencer por esa tentación y caemos en ella. El servicio que el Señor nos ha encomendado lo rodeamos de privilegios y honores, poder y dominio.

La figura de Jesús, su actitud de servicio y su entrega hasta la muerte, tiene que ser la referencia del actuar de todos los miembros de la Iglesia, sobre todo en los que están llamados al ministerio-servicio de pastorear al Pueblo de Dios, sujeto integral de la acción total de la Iglesia en el interior de sí misma y en su servicio al mundo.

Nuestro mundo necesita entrañas de misericordia, como las de Jesús, ante quien se siente solo y abandonado. **¿Será verdad que hemos olvidado la necesaria misericordia de unos para con otros?** Hablando a los creyentes de la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo, Benedicto XVI, en su primera encíclica, nos recordó que *«el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios»* (*“Deus caritas est”*, 17).

**DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (2º Reyes 4,42-44): *Dáselo a la gente, que coman.*

2ª lectura (Efesios 4,1-6): *Sed siempre humildes y amables.*

Evangelio (Juan 6,1-15): *Decid a la gente que se siente en el suelo.*

**¿Acudir a Misa es un cumplimiento o una celebración?**

La Liturgia de la Palabra, nos presenta hoy dos comidas realizadas en épocas distintas pero con un elemento común: **el pan**.

La tradición de los profetas quiso dejar claro el nivel y la seriedad de un profeta, discípulo de Elías, para resaltar la continuidad de su mensaje religioso (primera lectura). Para ello acompañó la actividad de Eliseo, con una serie de “*milagros*” entre los que está su distribución de pan a la gente hambrienta y necesitada a partir de una ofrenda que alguien pone a disposición del Templo.

El evangelista Juan nos relata, de una forma muy personal, la multiplicación de los panes y los peces en un contexto de búsqueda de Jesús como respuesta a las hambres que la gente siente y que también cuenta con la disposición de alguien a la generosidad y a compartir, actitud imprescindible para la realización del “*milagro*”.

Porque tener fe no significa tanto creer en los milagros, cuanto creer que Cristo, para hacer el milagro, tiene necesidad de nuestras “*alforjas*” aunque estén casi vacías.

Tener fe no quiere decir solicitar a Jesús que cambie las piedras en pan (esta es una tentación, rechazada por Jesús de una vez por todas, ya desde el principio). Tener fe significa aceptar que él transforme nuestro corazón de piedra, apto solamente para hacer cálculos exactos, en un corazón de carne capaz de saciar a la gente con la irracionalidad de la pérdida y del servicio.

En la Biblia la comida siempre está descrita como un rito que evoca. Para el Antiguo Testamento la evocación es la comida pascual que recuerda la libertad hecha posible por Dios, celebra aquella libertad en la actualidad e invita a seguir buscándola para vernos libres de todos los egipcios en los que podemos encontrarnos, externa e internamente, atrapados y esclavizados.

En el Nuevo Testamento cualquier comida está redactada de modo que evoque la última cena de Jesús y la cena que los primeros cristianos siguieron celebrando, como recuerdo vivo de aquella última cena y de la Resurrección con la que Jesús nos liberó de las cadenas interiores de nuestra propia culpa, de las cadenas de considerar a Dios como un Faraón del mundo y nos pasó a la situación de hijos en la que podemos sentir la libertad de considerarnos en casa y en familia.

Todos, sin embargo, sabemos, que la liberación es un proceso inaugurado en la experiencia religiosa del Éxodo y de la Resurrección, pero que cuesta asimilarlo porque la culpa está muy arraigada en la psicología y sociología de la convivencia humana, de forma que muchos no se han enterado todavía, otros no terminan de creérselo y a otros la educación religiosa o la forma de predicación les impide asumirlo con la alegría con que lo descubrió san Pablo o la libertad que significó para san Agustín.

Por eso nuestra comida eucarística es un “*rito de memoria*” y también “*celebración festiva*”, de “*acción de gracias*” y “*bendición de Dios*”. Porque el pan de la Palabra y el físico, expresan esa liberación y nos animan a celebrarlo partiendo, repartiendo y compartiendo el símbolo de la vida y de la libertad, pero también del compromiso.

Asimismo, es una experiencia de participación, que no está condicionada a un proceso de selección. Todos, con nuestra carga de humanidad somos aceptados e invitados, sin someternos a un examen de limpieza étnica, cultural, moral o económica. Todos, absolutamente todos, por nuestra condición de hijos, estamos aceptados como somos, libres de tener que ganarnos el cariño de Dios, libres del miedo religioso, liberados para poder dedicarnos al servicio, la ayuda y la solidaridad de quien nos necesite.

Todo es cuestión de fe. Por eso, también es una experiencia del futuro que nos espera y una celebración de la esperanza. En la vida, en el mundo, en nuestra realidad global y cotidiana, podemos encontrar una ingente cantidad de “*cosas negativas*” que impiden la celebración festiva de la vida con libertad. Todo es posible superarlo, la escasez, el odio, la desigualdad, la incompreensión, el mal, la muerte.

Es pues, una experiencia de esperanza que alimenta el ánimo, cultiva el sentido del esfuerzo, recupera las fuerzas de seguir caminando a pesar de las dificultades y es un ejercicio interior que nos impregna del Espíritu de Jesús, para vivir en medio de una cultura sin esperanza, atrapada en el egoísmo, adicta al opio de la evasión y el no pensar la realidad, sometida a la fácil promesa de las soluciones regaladas electoralmente.

La Eucaristía es una comida, como las familiares y las festivas, en la que echamos mucha adrenalina, descargamos muchas tensiones y alimentamos algo mucho más importante que el cuerpo, el ánimo, que sufre tanto en los encuentros con la realidad de cada día y con los faraones que pueblan el mundo.

**DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Éxodo 16,2-4.12-15): *Es el pan que el Señor os da de comer.*

**2ª lectura** (Efesios 4,17.20-24): *Y a revestiros de la nueva condición humana.*

**Evangelio** (Juan 6,24-35): *El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.*

A lo largo de cinco domingos de este verano, desde el 29 de julio al 26 de agosto, leemos pasajes del capítulo 6 del evangelio de Juan. Este evangelio está construido, en buena parte, sobre encuentros de Jesús con personas o grupos; encuentros que terminan, bien con una confesión de fe de aquel que se ha encontrado con Jesús, o con un rechazo.

Son signos en que Jesús va descubriendo su identidad y su corazón. Son relatos para ser leídos como están escritos: en unidad literaria y en diálogo con el Señor. De ahí la sugerencia de que, en algún día del mes de agosto, todo fiel cristiano lea de un tirón y serenamente las escasas tres páginas que en su biblia ocupa este capítulo 6º.

El domingo pasado pudimos acompañar a la multitud que seguía a Jesús al ver los milagros que hacía con los enfermos y, con ellos, fuimos testigos de cómo Jesús con cinco panes y dos peces, que un muchacho pone a disposición de todos, y dicha la acción de gracias, alimenta a un grupo muy numeroso. La gente, al ver el signo, pretende hacerlo rey, pero Jesús se retira en soledad.

Los doce versículos que hoy leemos y meditamos, nos presentan a esa misma gente buscando a Jesús. Surge ya una primera reflexión y un compromiso para nosotros: **¿Qué hago para encontrarme con Jesús? ¿O es algo que no me planteo?** Jesús les hace ver que la búsqueda que han iniciado, quizá está movida por el interés: **«me buscáis porque comisteis pan hasta saciaros»**, no porque hayáis descubierto el sentido del signo que acabáis de contemplar.

También nuestra relación con Dios debe ser purificada. Tal vez desde niños fuimos educados en una oración muy limitada a pedir a Dios lo que creíamos necesitar o ser bueno para nosotros, para buscar su favor más que su voluntad. También nosotros deberíamos aceptar la corrección de Jesús. Nos conducirá hacia un tipo de relación más correcta con Él.

**«¿Y qué tenemos que hacer para obrar lo que Dios quiere?»**. No sabemos muy bien el grado de pureza de intención de quienes preguntaban a Jesús. De hecho, la historia no termina de manera positiva por parte de muchos de ellos. Nosotros sí que somos conscientes y responsables de nuestra propia pregunta: Señor, **¿qué tengo que hacer para trabajar en lo que Dios quiere y espera de mí?**

La respuesta de Jesús es clara: **«Que creáis en mí, enviado suyo»**. En Jesús, Dios nos ha dicho todo lo que nos quiere hablar y todo lo que podemos obrar siguiendo a su Hijo. Creer en Jesús y seguir sus pasos y palabras. Fácil de recordar, tarea para toda la vida.

En la réplica de algunos a Jesús aparece la referencia al maná con el que Dios dio de comer a su pueblo en el desierto. Los judíos tienen en su conciencia histórica aquella presencia providente y liberadora de Dios mientras peregrinaban hacia la libertad. No han olvidado la experiencia, y nosotros haríamos bien en recordarla y revivirla.

El camino hacia la libertad es duro, especialmente hoy para pueblos enteros. Son millones los seres humanos desterrados, refugiados, emigrantes o parados, que miran hacia un cielo del que esperan que les llueva el nuevo “maná”, el pan de cada día. Mientras, otros, contra el deseo divino, atesoramos más panes de los que necesitamos para vivir. Y no permitimos que llueva ese “maná” a los pobres, a los hambrientos; ni compartimos con ellos, el pan que nos sobra. Unos caminan hambrientos, otros andamos sobrados.

Todavía más fuerte: también somos millones los que hoy, en el mundo entero, nos acercamos a la mesa de la Eucaristía para comulgar con Aquel que dice de sí mismo **«Yo soy el Pan de Vida»**. Incluso nos atrevemos, como aquellos judíos, a decir: **«Señor, danos siempre de ese pan»**. Y no pensamos que tiene necesidad de que compartamos lo que llevamos en nuestras “alforjas” aunque las tengamos casi vacías.

El desenlace del episodio, que leeremos y meditaremos el 26 de agosto, nos mostrará que muchos de los que pronunciaban esas palabras no sabían lo que pedían. Y nosotros, ¿comprendemos las palabras de Jesús? **¿Soy consciente de lo que me exige el comer el Pan de Vida en una mesa que Dios quiere abierta a todos?**

**DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (1º Reyes 19,4-8): *¡Levántate, come, que el camino es superior a tus fuerzas.*

2ª lectura (Efesios 4,30-5,2): *Desterrad de vosotros la amargura.*

Evangelio (Juan 6,41-51): *El que coma de este pan vivirá para siempre.*

A la pregunta con que terminamos la reflexión del domingo pasado: **¿Soy consciente de lo que me exige el comer el Pan de Vida en una mesa que Dios quiere abierta a todos?** y, ante las lecturas de hoy, la respuesta que un cristiano tiene que dar, no puede ser otra que la fe, que creamos, porque sólo la fe puede acoger el don como don. Porque cada frase de Jesús presupone la novedad de la fe que nutre para una vida eterna.

No es normal para algunos, creer en Jesús a quien el evangelio presenta como demasiado humano. Para otros, no es normal creer en Jesús como fundamento último de la vida. Pero, para los que realmente se atreven a aseverar con verdadera sinceridad que creen en Él y le siguen, está claro que les ha llegado la salvación definitiva, la acción del Padre, el Reino.

Y es que la fe en Jesús, no es un sistema de creencias, sino iluminación y transformación interior. Ella demuestra que se cumple lo anunciado por los profetas como nueva alianza: *“ser enseñados por Dios «desde dentro»”*. Esta experiencia no ha de ser confundida con ninguna exaltación religiosa, ni la justifica ningún saber místico especial. Consiste en acercarse a Jesús de Nazaret, a lo concreto de su persona. Lo más espiritual e interior se realiza en el realismo de los acontecimientos acaecidos en la vida, muerte y Resurrección de Jesús.

Conviene detenerse en esta correlación entre **“creer”** y **“comer”**.

Nuestra comunidad no puede ocultar sus interioridades, aunque a veces lo intenta. Somos una comunidad humana, tan normal y humana como cualquier otra. En ella hay ambición, envidia, tensión, afición al dinero, búsqueda de placer, egoísmo...

Somos hijos de vecinos y tejidos con las mismas fibras con las que se cose, enhebra y construye todo ser humano. Sentimos los mismos cansancios, las mismas fatigas y los mismos desánimos que los demás. No se nos ha hecho con carne distinta ni se nos ha eximido de etapas en el recorrido de la vida. Pero...

Se nos ha dado en exclusiva la distribución de un alimento divino, un Pan milagroso, un manjar. No es milagroso en el sentido de ahorrarnos la vida, ni el cansancio, ni el trabajo. No es milagroso en el sentido que a algunos les gustaría de ahorrarnos ya todos los sinsabores que da la existencia, la inseguridad o el trabajo.

Es milagroso en sus efectos, porque nos permite seguir caminando día a día, en la lucha cotidiana, en la búsqueda ordinaria, en lo pequeño que constituye el esquema de lo grande. Porque es alimento interior que fortalece y desarrolla sin perder la figura. Porque es semilla de esperanza, levadura de amor que trabaja internamente y va, poco a poco, rellenando las partes de nosotros que reflejan nuestras anorexias, nuestras flaquezas y debilidades que son muchas.

Y este alimento tan divino se nos ha encomendado a nosotros, su Iglesia, gente de carne y hueso que compartimos el cansancio y las caídas con los demás, que somos los que primero experimentamos la necesidad de ser alimentados en la esperanza que se nos diluye, en el amor que se nos distrae, en el realismo que nos desborda y asusta.

Es en esta comunidad y con esta gente, con quienes hemos de comer, crear, aprender a escuchar, a levantarnos y darnos ánimo. Porque no somos *“modelos superiores”* ni queremos serlo. Se nos ha dado este alimento para que lo compartamos con los compañeros de camino. Pues eso es lo que somos, compañeros, también cansados, del camino.

En el camino llevamos un tesoro que no nos pertenece porque se nos ha entregado para ofrecerlo a quien lo necesite, para recuperar nosotros mismos las energías, para seguir el paso de la vida y para comerlo junto con quienes creen y buscan y esperan.

No somos nosotros el alimento, pobres, ni tampoco lo es nuestra comunidad lastrada por nuestros propios problemas y cansada con nuestros propios cansancios. Pero, desde la humildad y sencillez sinceras, sí que podemos repetir a todos nuestro ofrecimiento:

*“En nuestras reuniones se encuentra un alimento que no defrauda, se comparte un pan que es divino, un reconstituyente que renueva, una energía que permite seguir caminando”*.

En nuestras celebraciones se ofrece el **Pan de la Palabra** y el **Pan de la reconciliación**, que vienen de Dios.

## **LA ASUNCIÓN DE MARÍA**

**1ª lectura** (Apocalipsis 11,19a;12,1.3-6a.10ab): *Coronada con doce estrellas.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 15,20-27a): *Dios ha sometido todo bajo sus pies.*

**Evangelio** (Lucas 1,39-56): *Bendito el fruto de tu vientre.*

Cada año que pasa somos más mayores y parece que cada vez nos encontramos más distantes de las cosas que pasan, de las formas de vida de las generaciones más jóvenes y de la manera en que hoy se celebran muchas fiestas religiosas en los pueblos y en las ciudades.

Estamos celebrando las fiestas, tanto profanas como religiosas, desde la nostalgia de los tiempos pasados. Esto incluye su mantenimiento, sin conocer cuál fue el motivo que llevó a nuestros antepasados a su práctica, sus costumbres, rituales y vestimentas que responden a otra época y a otras relaciones con la tierra, con el trabajo o entre las gentes que habitaban una determinada región.

Sin darnos cuenta que hemos perdido, o estamos perdiendo, nuestra conexión vital con la historia: *¿de dónde venimos?*; con las relaciones: *¿qué es lo que estamos viviendo actualmente?* y con el futuro: *¿qué estamos creando para que nuestros jóvenes y nuestros niños se incorporen a la historia viva de sus orígenes?*

María, la madre de Jesús, estaba conectada con la historia de su pueblo, un pueblo pequeño y eminentemente religioso, con arraigadas tradiciones sociales y, en aquella época, dominado por el imperio romano. Todo esto le hacía mantener viva, con mucha fuerza, la expectativa de un mesías libertador.

Tanto en la vida cotidiana como en los tiempos extraordinarios el pueblo, y la mayoría de sus integrantes, recordaban y repetían la historia de sus antepasados; los pequeños preguntaban por ella a sus mayores y así iba pasando de generación en generación. Nadie quería verse apartado de la posibilidad de formar parte de esa historia y de las promesas que su Dios había hecho a determinadas personas que Él había escogido.

En esta tradición viva, en este proyecto de vida en plenitud para todas las personas, es donde los evangelios incorporan a la madre de Jesús. Tal proyecto no podía estar restringido para un solo pueblo elegido ni para un grupo privilegiado, por ser de una familia determinada o pertenecer a una tribu con una tarea cercana al poder de aquel momento; ni siquiera por ser cumplidores estrictos de las leyes.

También esto ha cambiado, aunque a veces nos desconcierte, con pasos agigantados en estos últimos tiempos. Se decía que una persona era creyente cuando iba mucho al templo y hacía muchos actos religiosos; lo de ir a misa, entre otros; casi con el mismo valor que otros actos de piedad.

Seguramente esto es lo que llevó a representar la anunciación a María, en imágenes y en pinturas, como si estuviera rezando en un templo. El evangelio de Lucas señala sólo el lugar, Nazaret, y la persona, una joven llamada María, prometida a un hombre de la estirpe de David llamado José. Y destaca por encima de todo, la iniciativa de Dios y la acogida de esta mujer del pueblo.

María muestra lo que ella es y las limitaciones propias, que en ese momento tiene para llevar adelante lo que se le propone: *«¿Cómo va a ser eso, pues no conozco a varón»*, pero, además, deja a Dios ser Dios: *«hágase en mí lo que Tú quieres hacer»* porque *«para Dios nada hay imposible»*.

Desde ahí los primeros seguidores de Jesús elaboraron este precioso himno que es el *“Magnificat”* en el que narran las maravillas de Dios a lo largo de la historia de la Salvación y que, en María, tiene una preciosa concreción: *«ella es bienaventurada para todas las generaciones»* por haber dejado que Dios actuara en su persona, en su propia vida, magnífico rasgo de mujer libre, de mujer creyente.

No se trata de un proyecto al modo de nuestros proyectos humanos con metas y objetivos a lograr, con medios para alcanzarlos y con logros y fracasos. Es más bien, un proyecto que moviliza corazones humanos hacia otros corazones, hacia la naturaleza y hacia la trascendencia.

Los primeros, los humanos, se premian cuando se alcanzan los objetivos y desaparecen como proyectos, lo mismo sucede cuando fracasan y no se alcanzan los objetivos, pues, aunque no haya castigo por ello, también desaparecen como proyectos.

Esto no sucede con el proyecto que Dios propone a las personas –hombres y/o mujeres- que Él elige, llama e invita para llevarlos adelante. Es un proyecto que nunca desaparece del todo, pues, aunque lo parezca, siempre surgen personas y grupos que consiguen despertarlo del letargo en el que había caído.

Es un proyecto universal para todas las personas y para todas las etapas de la historia humana ya que se trata de su plena realización como humanidad libre y feliz; además está al alcance de cualquier persona que sepa mirar dentro de su corazón y a la cara de otras personas.

María supo escuchar la llamada en medio de su propia realidad; fue capaz de hacer el discernimiento en un mar de dudas y tuvo el valor, fruto de la gracia de Dios, de abandonar su propio proyecto de pareja y aceptar el que Dios le proponía.

**DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Proverbios 9,1-6): *Venid a comer de mi pan y a beber el vino.*

**2ª lectura** (Efesios 5,15-20): *dejaos llenar del Espíritu.*

**Evangelio** (Juan 6,51-58): *El que me come vivirá por mí.*

El domingo pasado podíamos contemplar el “*discurso del pan de vida*”. Hoy nos presenta la liturgia la segunda parte conocida como “*discurso eucarístico*”. En él se resalta el grandioso realismo de éste sacramento.

A la luz de la Eucaristía, lo espiritual y lo corporal se unifican. El cuerpo, no es algo separado del espíritu, sino la persona misma en cuanto manifestación histórica y sensible de sí misma.

Al escuchar el evangelio de hoy, tenemos la impresión de que no hace sino repetir lo mismo que se nos proclamaba en los domingos anteriores. Los biblistas hablan del estilo de Juan como un estilo circular, en el que se da vueltas y más vueltas sobre el mismo tema, sin que parezca avanzar en el discurso. Sin embargo, se puede percibir un aspecto nuevo en estas dos frases: «*El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él*», y un poco más adelante: «*El que come de este pan vivirá para siempre*».

Son unas afirmaciones que nos recuerdan la alegoría de la vid: «*Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él da fruto abundante...*». De estas afirmaciones, podemos considerar algunos puntos para nuestra reflexión.

La Eucaristía es el sacramento de la vida compartida, es decir, el símbolo que expresa y produce unión y solidaridad con la vida que llevó Jesús, entre los creyentes que participan del mismo sacramento con la humanidad y con toda la creación.

Cristo, presidiendo la mesa eucarística como el que sirve, se coloca a la cabecera de la humanidad, de la historia y del universo, encabezando esa larga marcha hacia la fraternidad universal. El Señor ha querido tomar para entregarnos su amor el signo más elocuente para todos los hombres de todos los tiempos: **La mesa compartida.**

La Eucaristía es una experiencia de familia; se experimenta el amor del Padre, que se entrega en Cristo y en el Espíritu, y el amor de los hermanos dispersos en el mundo, pero congregados por la fe para compartir la misma mesa.

Jesús, crucificado y resucitado, se hace presente en la Eucaristía con toda la fuerza vivificadora del Espíritu para transformar la comunidad en cuerpo de Cristo, que, sin despojar a los hombres de su identidad, los configura como comunidad eucarística, esto es, en visibilización de Jesús, de su entrega y servicio, con la tarea de edificar la Iglesia en comunidad de hermanos, que comparten su vida y sus bienes, y con la misión de salir por los caminos del mundo para reunir a los hombres en familia de hijos y de hermanos sin discriminaciones y sin marginaciones.

La Eucaristía no sólo congrega a los hermanos dispersos, también es germen donde se construye la tierra en casa común y en la mesa compartida con los excluidos, los marginados, los despreciados. De este modo, la Eucaristía se convierte en ese movimiento de reconciliación con Dios, entre los hombres desde los últimos, y con las cosas.

La materia de la Eucaristía es el pan y el vino: símbolos de los bienes de la tierra y del trabajo de los hombres; símbolos de la economía, de la técnica, de la máquina, de la energía; símbolo de todos aquellos bienes que deberían servir para crear y reunir a los hombres en familia de hijos de Dios; en cambio se han convertido en la causa de nuestras divisiones, enfrentamientos, en profundas desigualdades entre los hombres, en la no-fraternidad, en instrumentos de violencia y de muerte. Sobre estos bienes se pronuncia la acción de gracias al Padre. Y al pronunciar la acción de gracias sobre el pan y el vino se reconoce que todo es don del amor generoso de Dios.

Al reconocer el hombre el amor de Dios que se manifiesta y se vive en la Eucaristía, se dispone a compartir, manifestando entre sus hermanos, los hombres más necesitados, el amor y la generosidad del Padre.

La abundancia está en la creación. Basta liberarla de la apropiación egoísta e individualista, para que vuelva a ser ese don abundante y generoso de Dios a la humanidad.

Pero, para ello hay que arrancar las cadenas de las estructuras injustas, socio-económicas, políticas, culturales, religiosas, y derribar los muros que nos separan: la idolatría del dinero, el afán de dominar.

Celebrar la Eucaristía es compartir el mismo estilo de vida que llevó Jesús, su causa y su misión, que consiste en hacer del mundo un hogar y colocar la mesa compartida en medio del mundo, en el corazón de la historia, en las realidades económicas, sociales, políticas, culturales, laborales, etc..., a fin de que estas mismas realidades, sin dejar de ser ellas mismas, se conviertan en símbolos de justicia y del amor entrañable de Dios a favor de sus hijos.

La Eucaristía es signo que anuncia y realiza cuál es la misión de la comunidad: **ser comunidad eucarística**; cuál es el sentido de los bienes del mundo: **ser sacramento de la ternura de Dios y de los hermanos**, y cuál es el sentido de la historia: **ser ese camino hacia la humanidad nueva, hacia los cielos nuevos y una tierra nueva en donde reine la justicia y la plena reconciliación con Dios, de los hombres entre sí y con la creación.**

**DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Josué 24,1-2a.15-17.18b): *El Señor es nuestro Dios.*

2ª lectura (Efesios 5,21-32): *Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano.*

Evangelio (Juan 6,60-69): *Señor, ¿a quién vamos a acudir?*

Nos gusta tener la posibilidad de elegir nuestro camino; es síntoma de madurez y promesa de felicidad. La sociedad parece ofrecer mil caminos y oportunidades en la que cada persona discierne cuál es la que más le gusta, le satisface, le conviene o le hace feliz.

Bajo esta máscara multicolor de pluralismo y modos de vida nos encontramos todos. A la hora de la verdad no resulta tan sencillo el protagonismo personal, más bien circulamos con rapidez por una autopista de costumbres y valores más o menos impuestos, donde tenemos poca libertad para salirnos de lo establecido.

Pocos son los jóvenes que se atreven a disentir de lo que opina su grupo de amigos; pocos los adultos que optan por una vida austera; pocos los ciudadanos que se implican en el bien común; pocos los cristianos que participan activamente en la vida de la comunidad eclesial.

Nos sumamos con facilidad a las mayorías cediendo nuestro pensamiento y asumiendo los valores que nos proponen. Nuestro protagonismo y libertad personal dependen, en gran medida, de la experiencia vivida.

→ La vida del enamorado queda transformada por su amor.

→ La del explorador, por su búsqueda.

→ La del enviado, por su misión.

→ La de un pueblo, por su historia.

→ La del creyente, por su Dios.

No se trata de tener muchas posibilidades sino de sentir que nuestra vida ha quedado transformada por la presencia de Dios. Es la historia de salvación personal y comunitaria la que nos transforma y determina nuestras elecciones. Así le sucedió a Josué (primera lectura) con el pueblo de Israel y así nos sucede a nosotros.

La memoria genera identidad. No nos comprendemos sin nuestro pasado personal y comunitario. No podemos hacer un proyecto de futuro que no tenga en cuenta los acontecimientos que han determinado nuestra historia. Hoy miramos atrás y sentimos el paso de Dios por nuestra vida y también gritamos a una voz, como los israelitas en el desierto: **«También nosotros serviremos al Señor: nuestro Dios».**

**¿Qué significa servir al Señor? ¿Cómo seguimos sus pasos hoy?**

Él ha sido fiel a su compromiso de amor con las personas y la humanidad. Nuestra respuesta solo puede ser la obediencia que brota del encuentro con Él. Toda nuestra vida queda transformada y nuestros centros de interés se ven alterados. Es la revolución del amor en la que se ve inmerso quien ha experimentado su presencia. No es una obligación ni una deuda... sino la respuesta de una persona agraciada y agradecida que ya no entiende su vida sin Dios.

Seguir los pasos del Nazareno es cuestión de amor y de Espíritu. Nada de nuestra vida queda al margen del Evangelio. Se trata de que los pobres, los desesperados, los tristes, los *“don nadie del mundo”*, los favoritos de Jesús, sean nuestros favoritos. Se trata de soñar los sueños de justicia y perdón con los que soñaba Jesús. Se trata de ceder nuestros labios al mensaje del Evangelio y donar nuestras manos para que sean las manos del mismo Jesús.

Nuestros pasos, como los de Él, se dirigirán hacia los pobres, hacia los suburbios, hacia el Sur... sólo allí, como Él, lloraremos y rezaremos para que Dios transforme nuestro corazón y el de la humanidad. Nuestra vida ya no será nuestra, sino de Él. Su vida ya no será solo suya, sino también nuestra.

Nosotros, hablamos y hablamos. Pero... nuestras palabras, no son sus Palabras. Hoy queremos amplificar las palabras de Jesús y que todos las escuchen con nuestras voces, nuestras obras y nuestros sentimientos.

➤ Son palabras que llenan los evangelios como **«dichoso, amor, fe, perdón, levántate, camina».**

➤ Palabras que Jesús repetía una y otra vez: **«sígueme, tened fe, creed en mí, mira a tu prójimo, comparte, amaos, salvación».**

➤ Palabras que la Iglesia intenta vivir cada día cuando afirma **«solidaridad, comunidad, ecumenismo».**

➤ Palabras que tantos cristianos dicen con sus obras de **«caridad y justicia».**

➤ Palabras que tantos ciudadanos gritan cuando dicen **«paz».**

Pero la palabra más grande es cuando decimos a Dios, como el niño que balbucea, **«PAPÁ»** o **«MAMÁ»** y esperamos su respuesta que conforta, reafirma y nos anima a sonreír a nuestro mundo y a comunicar su mensaje lleno de esperanza, justicia, paz y amor.

**DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Deuteronomio 4,1-2.6-8): *Ponedlos por obra.*

**2ª lectura** (Santiago 1,17-18.21b-22.27): *Todo beneficio viene de arriba.*

**Evangelio** (Marcos 7,1-8.14-15.21-23): *Nada que entre de fuera hace daño.*

El libro del Deuteronomio es una reflexión sobre la alianza y, por tanto, sobre el cumplimiento de sus implicaciones, en este caso, del cumplimiento por parte del pueblo de los mandatos del Señor. La ley era el alma y la vida de la religión judía. Tanto que el excesivo celo en su cumplimiento condujo, en ocasiones, a excesivos detalles para garantizar su estricto cumplimiento.

Es el caso que nos relata Marcos en el evangelio que proclamamos esta semana. Los judíos echan en cara a Jesús que sus discípulos no se lavan las manos antes de comer, que comen con manos impuras. Jesús responde denunciando el excesivo cuidado en la pureza exterior, ritual, legal, y el descuido de lo más importante, que es la pureza de corazón. Distingue así con toda claridad entre el mero cumplimiento **de la letra de la ley**; y el cumplimiento **del espíritu de la ley**.

La limpieza exterior, el lavado de manos, es sólo un rito, una señal de la verdadera limpieza, la interior, la limpieza del corazón. **«Dichosos los limpios de corazón»** había dicho. Porque lo importante no es sólo lo que hacemos, sino el cómo lo hacemos, con qué intención. Y el corazón es el arca de nuestras intenciones, de las buenas y de las malas. Por eso Jesús nos llama a cuidar del corazón, las intenciones, los motivos.

La segunda lectura, una preciosa carta del apóstol Santiago, abunda en esta misma idea, subrayando que lo más importante de la religión no son precisamente los ritos, las ceremonias, sino la vida, hacer el bien sobre todo a los más necesitados y evitar el mal a toda costa. Hermosamente lo decía el texto sagrado: **«la verdadera religión es esta: atender a los huérfanos y a las viudas y no contaminarse con este mundo»**.

Lo más importante de la religión cristiana, lo que más nos recomendó Jesús, fue la caridad, porque es el distintivo: **«en eso conocerán que sois discípulos míos, en que os amáis los unos a los otros»**. Frente a la pretensión de los judíos de confiar su salvación al estricto cumplimiento de las leyes, Pablo reaccionó presentando a Jesús como único salvador y subrayando el papel de la fe frente al de las obras de la ley.

En ese mismo sentido, Santiago apuesta por la fe verdadera, que se acredita en la caridad, en las obras de misericordia con los pobres y marginados. De manera que lo importante no es el mero cumplimiento de lo mandado, sino el empeño de cumplir las leyes para garantizar y hacer tangible el bien a los demás.

Jesús nos invita en este día a revisar nuestra vida, el cumplimiento de nuestros deberes como discípulos suyos, por eso nos incita amorosamente a revisar desde lo hondo de nuestro corazón: **¿Somos cumplidores?** Nos llamamos católicos practicantes: **¿tratamos de hacer todo lo que está mandado?, ¿lo que la Iglesia nos propone?**

Y todo eso es necesario, más... las obras son lo importante. *“Obras son amores”*, solemos decir. Porque a veces las obras son sólo apariencias, si no son bien intencionadas, y los amores no son más que manifestaciones del amor propio. Por eso hay que atender y revisar también nuestras motivaciones, nuestras intenciones, aquello que hay en lo más profundo de nuestro corazón, en la conciencia. Porque la conciencia es el hontanar del bien y del mal que hacemos.

No es suficiente con que nuestras acciones se ajusten a la letra de las leyes; hace falta que actuemos en conciencia, responsabilizándonos de lo que hacemos, haciendo el bien para expresar nuestro amor al prójimo y tratando de evitar el mal, para no perjudicar a los otros ni a nosotros mismos.

- \* **¿Me considero buen cristiano?**
- \* **¿Procuro obrar siempre en conciencia, consciente de lo que hago y de que quiero hacerlo así?**
- \* **¿Soy generoso en compartir mis bienes, mis ideas, mi vida para ayudar a los hermanos?**

**«Dichosos los limpios de corazón»**, dichosos los de conciencia limpia porque verán a Dios cara a cara.

**DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 35,4-7a): *Sed fuertes, no temáis.*

2ª lectura (Santiago 2,1-5): *No juntéis la fe con el favoritismo.*

Evangelio (Marcos 7,31-37): *Effetá, esto es: “Abrete”.*

La intervención salvadora de Dios se hace patente en que todos, absolutamente todos, participamos de la salvación. Él invita a toda persona a entrar en relación con él. Especialmente están convocados los “*pobres del mundo*” los necesitados, los enfermos, los marginados..., son los favoritos de Dios, dado que ocupan los últimos puestos de la sociedad.

El “*camino*” está lleno de imprevistos. Hasta el más frecuentado está lleno de sorpresas. Basta con abrir los ojos y dejarse afectar por las personas con quienes nos encontramos, las situaciones que descubrimos o el paisaje que contemplamos.

Los evangelios nos muestran con frecuencia a un Jesús caminante que no parece sorprenderse ante las distintas situaciones que se le presentan. El tiempo se detiene cuando Jesús se encuentra con alguien. No parece tener prisa. La persona, más allá de su categoría social, sexo o religión, pasa a ser lo más importante, especialmente si se trata de marginados, enfermos o extranjeros. En Jesús vemos un modo nuevo y diferente de recorrer el gran camino de la vida, con los ojos abiertos, atento a cada persona, sin miedo a descubrir las grandezas y miserias de los hombres y mujeres con quienes se encuentra.

Tener los ojos abiertos es un buen paso, pero un paso incompleto. La mirada y descubrimiento de una persona debe ser el primer paso en la relación con ella. Jesús es aquel que establece lazos de diálogo y encuentro con hombres y mujeres, incluso con quienes estaban marginados por su enfermedad, su condición social o religiosa. Se pone a la altura de quien se encuentra, con su situación concreta de vida, sea la que sea.

Él reconoce la dignidad de cada persona y le ayuda a afrontar la vida sin lastres. Hace posible que quien está aislado y marginado supere esa situación y entre en relación con los demás. No sólo se aproxima al necesitado sino que hace posible que deje atrás sus pobreza para reintegrarlo en la vida social. El alcance de la acción de Jesús no sólo llega a su entorno inmediato sino que supera las fronteras políticas y religiosas.

Nada ni nadie está fuera de la acción salvadora de Jesús que ha venido a hacer el bien y curar a los oprimidos por el mal. Incluso los habitantes de poblaciones paganas, quedan sanos ante el encuentro con Jesús. Toda la gente de su entorno reconoce las maravillas que realiza Jesús como primer paso para la confesión de fe.

Para el encuentro con Dios no precisamos de carreras universitarias, cargos eclesiásticos o políticos y nóminas abultadas. Sólo se necesita estar abierto a su presencia, que transforma la vida. Además, puede resultar más sencillo de lo que parece. En lugar de acercarnos a Dios, dejemos que Él se acerque a nosotros. En lugar de hablar mucho de Dios, descubramos y celebremos la llamada que nos hace. Más que conocer a Dios es abrir nuestra vida, situación y sentimientos a su amor.

Sólo así podremos experimentar, como el mayor don posible, que la salvación viene de Él y no de nuestros méritos. Como el sordo, que nada podía esperar y se encontró con la curación, o los ciegos que recobran la visión o los cojos que comienzan a caminar o los leprosos que quedan sanos...

Cuando Dios interviene, sólo nos queda contemplar y celebrar su presencia. Por el contrario, cuando nosotros queremos tener todo el protagonismo... Dios sólo puede callar. Es necesario un concepto nuevo de existencia, una visión nueva de la vida.

**¿Es posible revolucionar el mundo sin armas, sin recursos, sin fuerzas,... incluso sin palabras?** La mayor revolución es la que realizan los silenciados, los don nadie, los aplastados y violentados. Es una revolución silenciosa que tiene en Dios su mayor aliado. Y Él nunca va a fallar.

Ciertamente hay signos que nos hacen perder la esperanza en este cambio. Pero **«nuestro Dios trae el desquite, viene en persona, resarcirá y salvará»**. Él no actúa solo: nos invita a ser colaboradores en su plan por dar vida abundante a las personas. Para ello:

- ◆ Se precisan cristianos que transmitan al mundo más ilusión, más confianza.
- ◆ Se necesitan hombres y mujeres que apuesten por la solidaridad acercándose a quienes lo está pasando mal.
- ◆ Se precisan personas que hagan del diálogo su baluarte y de la ternura un estilo de vida.
- ◆ Se necesita gente más “*humana*” que callen ante quién sufre pero que sepan escuchar y consolar.
- ◆ Se necesitan personas que, habiéndose dejado alcanzar por el Evangelio, quieran transmitir a nuestro mundo una NUEVA ESPERANZA.

Quizá no sea la solución a todos los problemas, pero será reflejo más nítido de Dios.

**DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 50,5-9a): *Tengo cerca a mi defensor.*

2ª lectura (Santiago 2,14-18): *Por las obras, te probaré mi fe.*

Evangelio (Marcos 8,27-35): *Tú eres el Mesías.*

Marcos llega hoy al centro tanto literario como teológico de su evangelio. Literariamente porque ocupa la mitad del mismo (capítulo octavo de los dieciséis que lo componen). Teológicamente porque es la gran pregunta, la única pregunta: **¿Quién es Jesús?** La respuesta de Pedro es simple y a la vez compleja. Simple porque reconoce en Él al Mesías; esto es, al esperado por Israel. Pero muy compleja porque lo que Pedro espera es un Mesías triunfante que echará a los romanos, que reunirá las doce tribus perdidas y que inaugurará una nueva era conforme a la Ley de Moisés. Pero Jesús inaugura un mesianismo conforme al Siervo de Yahvé anunciado por el profeta Isaías (primera lectura). Por eso, cuando Pedro le diga que no permitirá que vaya a la cruz es porque, en realidad, no entiende cómo es el mesianismo de Jesús. Jesús es el Siervo anunciado, y su mesianismo no lo realiza desde la imposición violenta, sino desde la entrega pacífica.

«**¿Quién dice la gente que soy yo?**» La respuesta que da la gente a esta pregunta lo identifica con figuras conocidas del pasado: Juan el Bautista, Elías, un profeta; no han comprendido la novedad, la originalidad de Jesús: su vida, su actividad, su mensaje, sus signos, en definitiva: *“su identidad”*.

«**¿Quién dice la gente que es Jesús?**» Es una pregunta que se le ha hecho a generaciones y generaciones de hombres, y que sigue teniendo rabiosa actualidad. Las respuestas, a lo largo de todo este tiempo, han sido muy diferentes. A Jesús es imposible poder encuadrar y definir. Pero, a pesar de las diferentes visiones de Jesús, su figura y mensaje son y seguirán siendo positivamente valorados por la mayoría de nuestros contemporáneos.

«**Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?**» Esta segunda pregunta es la verdadera importante, y que ahora nos la dirige Jesús a cada uno de nosotros. Pedro, como portavoz del grupo, da una respuesta correcta, *“hoy diríamos ortodoxa”*. Pero, es curioso, Jesús le dice que lo mantenga en secreto, ya que puede dar lugar a malas interpretaciones. Quiere evitar ser tomado como un Mesías nacionalista y violento.

Hoy nosotros, sin duda, podemos dar respuestas más precisas y ortodoxas sobre quién es Jesús. Pero, **¿son respuestas que salen de lo más profundo del corazón, son expresión de una vivencia personal o son una mera repetición de algo que hemos aprendido?** Ser cristiano no es sólo captar una moral que brota del mensaje de Jesús; es, sobre todo, aceptar su persona; no sólo creer en unos contenidos teóricos de la fe, es la adhesión a una persona a quien colocamos como **“centro real, afectivo y efectivo”** de toda nuestra vida.

La vida cristiana brota de llamadas que transforman radicalmente la vida, y tienen consecuencias en la calidad de vida, tanto personal como social, al producir alteraciones en la sociedad por medio de nuestra transmisión que, aunque no produzcan de inmediato soluciones a los problemas que es preciso afrontar, sí que estarán debajo de las razones con que se escogen las prioridades.

El Cardenal Karl Lehmann, dijo en una ocasión: **«El hombre moderno sólo será creyente cuando haya hecho una experiencia auténtica de adhesión a la persona de Jesucristo»**. Lo mismo que, con otras palabras, dijo un místico y teólogo murciano: **«Aquel que ha sido atrapado por esa enfermedad, que se llama Jesús, no puede ya curarse»** (Ibn Arabi - Murcia 1165/Damasco 1240).

Jesús comienza a instruirles sobre su auténtica identidad. Su mesianismo no será un mesianismo triunfal, sino que va a ser rechazado por el sistema político y religioso judío. Pero, al tercer día resucitará. Este mesianismo ni la gente, ni el mismo Pedro lo han comprendido. Sigue con su mesianismo triunfalista y no acepta el programa de Mesías que nos describe el canto del profeta Isaías. De aquí que Jesús increpe a Pedro, llamándole Satanás. Para Jesús la tentación en el desierto y la de Pedro es la misma: presentar un mesianismo de poder e inducirle a la ambición triunfalista del poder, del dominio; un mesianismo nacionalista fuerte frente a los enemigos. Es la tentación más peligrosa y sutil, ya que se suele presentar como un servicio al pueblo.

Pero Jesús no sólo manifiesta su identidad mesiánica, sino que expone las condiciones para quienes decidan seguir sus pasos como discípulos suyos: **«negarse a sí mismo»**, es decir, renunciar a toda ambición de poder, de dominio y gloria humana, lo cual conlleva, necesariamente, cargar con la cruz que le impondrán los dioses de este mundo, el sistema idolátrico.

Lo mismo significa con distinta formulación: *“querer salvar o perder la vida”*. **«Salvar la vida»** es ceder a la tentación de instalarse en el sistema. Es lo que querían los discípulos: triunfar en el sistema. Mientras que **«Perder la vida»**, no trata de negarla, sino de afirmarla en su verdadero sentido: la vida como **“DON”**, como **“ENTREGA”**. Visión completamente opuesta al egocentrismo que impera en nuestra sociedad, al egoísmo y narcisismo personal, grupal, comunitario.

**¿Conoces a alguien contagiado por la enfermedad, llamada Jesús?**

**DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Sabiduría 2,12.17-20): *Lo someteremos a la prueba.*

**2ª lectura** (Santiago 3,16-4,3): *Su fruto es la justicia.*

**Evangelio** (Marcos 9,30-37): *¿De qué discutáis por el camino?*

En la mayoría de ciudades y pueblos de nuestra geografía estamos, a estas alturas del año, retomando nuestra vida ordinaria después del periodo vacacional de mayores y pequeños. Ya hemos vuelto todos a los horarios de los días de trabajo o de colegio y a los fines de semana; y en el reencuentro con los compañeros de estudio o de trabajo habremos comentado lo que hemos hecho en las vacaciones de este verano.

Una constante en estas conversaciones será seguramente la poca gente, más o menos conocida, que nos hemos encontrado en los lugares que hemos visitado; nosotros mismos nos hemos movido algo menos que otros veranos; y los que se dedican a la hostelería se quejarán del poco consumo que han tenido en sus establecimientos. Vamos, un fracaso económico, se mire por donde se mire, que nos tiene inquietos, inseguros y muy recelosos con el futuro que nos espera.

Pero también conocemos y hemos encontrado personas que, ni se conforman con las noticias de los medios de comunicación ni tampoco con los augurios catastrofistas que proclaman los que no tocan poder pero quisieran tocarlo diciéndonos: que sólo ellos tienen la solución.

Resulta curioso que personas, con diferentes puntos de vista, del mismo colectivo, incluso de la misma familia, podemos tener distintos objetivos y, sin embargo, seguir juntos en la vida. Hay algo (decimos que la sangre), que nos ayuda a superar cualquier otra diferencia, motivada por el hacer cosas diferentes o por tener unos más que otros. Lo fundamental es que cada uno tengamos claro nuestros objetivos y no tratemos de imponérselos a los demás.

Cuando los discípulos discuten por el camino: «¿quién es el más importante en el Reino de los cielos?», es porque, cada uno, se está planteando su futuro individualmente; o, en el mejor de los casos, piensan que cada uno está más capacitado para llevar adelante el proyecto de Jesús.

Esto tiene dos fallos fundamentales: 1º.- No tener en cuenta que el proyecto es comunitario y 2º.- Que el proyecto se inicia cuando hay alguien que está dispuesto a entregar toda su vida por él, como lo hace Jesús. El proyecto, no termina en la muerte; este proyecto finaliza en la resurrección, es decir, en una vida que es para siempre.

El proyecto de Jesús no comienza en el Templo, en el Sanedrín o en la sinagoga; se inicia en las calles de los pueblos y de las ciudades de Palestina, donde está la gente que no es admitida en el Templo. Se inicia también en el monte, a solas, con su Padre Dios. Hoy diríamos que no comienza en los despachos haciendo planes pastorales ni en los templos, realizando larguísimas celebraciones litúrgicas.

«*Donde hay envidias y rivalidades, hay desordenes y toda clase de males*» El apóstol Santiago nos habla de la sabiduría que, ante todo, es un regalo que hay que acoger; que el Padre Dios lo tiene pensado desde siempre y nos lo ha revelado en su Hijo, en sus palabras, en sus hechos y en la entrega de su vida a ese proyecto.

Con las palabras de su carta sobre esa sabiduría, que «*ante todo es pura y, además, es amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante, sincera*», nos está indicando que primero lo hemos de acoger, desde la vida concreta de la persona, a solas con el Padre Dios. En un momento posterior, escuchar lo que los demás han recibido, y, todos juntos, discernir los pasos a dar para llevar adelante el proyecto que Dios ha soñado para todas las personas.

Dentro de todo esto, nuestra primera ocupación no es la búsqueda del éxito o la frustración del fracaso por no haberlo logrado con nuestras acciones. Lo fundamental es saber si el proyecto llega a todas aquellas personas que más lo precisan porque no lo conocen, porque nadie se lo ha presentado correctamente o porque, desde la mala vida que llevan, no lo consideran necesario.

De ahí que debemos mantener muy clara la mente a la hora de programar nuestro proyecto de vida personal y también cuando participamos en la planificación de proyectos colectivos. Pensemos si lo que queremos llevar adelante nos favorece únicamente a nosotros o lo que pretendemos es para el bien de todos; si proyectamos nosotros solos o lo hacemos con los demás; y si los medios que vamos a poner son los más cómodos o buscamos los más convenientes aunque supongan un mayor esfuerzo personal.

En definitiva, lo que hacemos cada uno de nosotros es incorporarnos a un plan que no es nuevo. Alguien lo pensó y soñó para nosotros antes de la creación del mundo; Él mismo lo realizó en esta tierra nuestra y lo llenó de su vida para orientar nuestros pasos hasta que todos lleguemos a su plenitud y lo alienta y lo anima en cada uno de nosotros para que lo hagamos llegar a los que están y viven a nuestro alrededor.

Ante todo, la acogida del proyecto, debe ir precedida por la oración personal, realizada en la comunidad.

**DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Números 11,25-29): *se pusieron a profetizar enseguida.*

**2ª lectura** (Santiago 5,1-6): *lamentaos por las desgracias.*

**Evangelio** (Marcos 9,38-43.45.47-48): *os aseguro que no quedarán sin recompensa.*

No digo que el momento actual, sea peor o mejor que cualquier otro momento, tampoco digo que traiga novedad a nuestro mundo. Pero si quiero decir que, es el que nos ha tocado vivir, que es nuestro momento en la Historia de la humanidad y, que tenemos que tomar una decisión.

Hay documentales que, para dar una imagen clara e inequívoca de la degradación de la vida humana, reducida a condiciones extremas de trabajo, salud y supervivencia, nos muestran a grupos de personas que sacan sus medios de vida rebuscando en los contenedores cercanos a los supermercados o que viven escarbando en los basureros de las grandes ciudades.

Los basureros grandes y pequeños, reúnen las condiciones de lo que nadie quiere y a donde nadie querría recurrir. Quienes viven de ellos o en ellos lo sienten como una condena o maldición. Nadie envidia su suerte. Nadie quiere verse así. En ellos no hay futuro y sí mucho riesgo de muerte, enfermedad y sufrimiento. Pero no ven otra salida. No se creen capaces de nada más. No tienen fe, ni en sí mismos ni en el mundo que les rodea. Se sienten compañeros de los animales (quizá aún peor) que comparten su escenario.

Jesús, muy atento a su entorno, conoce el valle de la gehenna, a la salida de Jerusalén, donde está situado el basurero de la ciudad, donde siempre hay humo, por lo tanto fuego, donde se arroja lo irrecuperable, donde hay olores fétidos, pútridos y ambiente irrespirable. Ese ambiente tan concreto es el símbolo de lo inhumano, de la negación, del absurdo, del vacío.

En él se tipifica todo lo que puede ser un mundo terrible o un futuro sin esperanza o una vida sin amor o una existencia sin fe. En la antigüedad, la gehenna, como sinónimo de nuestro infierno, no es la condición de los que mueren sino el futuro presentido por los que viven sin fe, sin esperanza, sin amor.

Pienso que en un mundo de tanta vaciedad, donde existen y pueden ejercerse muchas y variadas funciones, se pueden tener cualidades muy distintas y disfrutar de bienes muy diversos. Puede haber profesiones muy dispares y muchos niveles de poder adquisitivo.

Lo que no puede faltar, lo vitalmente imprescindible como el alimento y como el agua es la fe que engloba la experiencia del amor y la esperanza. Sin esto la vida se ve abocada a convertirse sólo en basura, y el que no tiene fe ya adelanta al hoy de su existencia su sentido negativo del negro y humeante futuro que se imagina en el basurero.

Vivir sin fe es sentirse arrojado a un futuro inhumano, maloliente, absurdo, putrefacto e irrespirable. Todo esto en un sentido existencial, no moral. Vivir con fe es sentirse abierto a la posibilidad de plenitud, a un futuro de primavera, a una vida de felicidad y de alegría. He aquí la importancia de la fe.

De ahí las palabras de Jesús sobre la tremenda responsabilidad de quien sea, causa de descreimiento, desesperanza y desamor para alguien, porque le está provocando una experiencia vital carente de sentido, vacía de esperanza y atrapada en la desconfianza radical. Le está arrojando al basurero existencial.

Mucho más si esta persona a la que se le empuja al descreimiento es alguno de los sencillos que han vivido próximos a los infiernos de este mundo o arrojados a los basureros que pululan en los ambientes de nuestro planeta o han estado atrapados en el rechazo y la culpa.

Quitar la fe a quien la posee como el único patrimonio al que aferrarse; arrebatar la única experiencia de tesoro y última garantía de esperanza a quien nada más dispone como ayuda de su propia pequeñez y pobreza, es sumirlo en la desesperación, aniquilarlo en un presente fatal y maldito.

**¿Cómo entender el mensaje evangélico en nuestro tiempo?** Tenemos que devolver la dignidad de persona a quien padece esta discriminación. No podemos consentir que se den estas situaciones. Tenemos que tomar partido luchando contra las causas que las provocan.

No es de extrañar la dureza de las palabras de Jesús a las que nosotros podemos dar la vuelta en su formulación para entenderlas en su sentido: **¡Qué dicha poder transmitir la fe a quienes en nuestro mundo sólo ven con sus ojos inmediatos, a quienes no esperan más allá de este presente y no sienten el anhelo de un amor más grande!**

**DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Génesis 2,18-24): *No es bueno que el hombre esté solo.*

**2ª lectura** (Hebreos 2,9-11): *no se avergüenza de llamarlos hermanos.*

**Evangelio** (Marcos 10,2-16): *de los que son como ellos es el Reino.*

Jesús camina hacia Jerusalén, y mucha gente se le une por el camino, y Él les enseña. El camino de la vida es lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo, con sus gestos, signos y palabras. Puede ser una manera de entender la vida cristiana.

Pero no todos se acercan a Jesús con buenas intenciones, con buenos deseos. El relato de hoy nos dice que se acercaron unos fariseos y le preguntaron a Jesús, para ponerlo a prueba: **«Le es lícito a un hombre divorciarse de su mujer.»** Parecida escena encontramos con frecuencia en los evangelios. Hasta el punto que la palabra “fariseo” ha quedado recogida en el diccionario como sinónimo de “hipócrita”. Jesús, tendrá con ellos serios enfrentamientos

Incluso antes de que conozcamos la pregunta malintencionada de los fariseos y la respuesta de Jesús, el Evangelio nos ofrece ya un primer punto de reflexión: nosotros, ¿nos acercamos (eso sí, de buena fe), a preguntarle cosas a Jesús? Y un paso más: ¿estamos dispuestos a que su respuesta oriente nuestra vida? Los fariseos le preguntan sobre el divorcio entre un hombre y su mujer. El Concilio nos habló también del divorcio entre la vida y la fe de muchos cristianos. No hay aspecto de nuestra vida sobre el que no podamos preguntar a Jesús qué piensa Él.

Contra la pregunta maliciosa de los fariseos, Jesús nos deja la bondad de su respuesta: **«Dios los creó hombre y mujer. Serán los dos una sola carne»** Jesús va más allá de la ley de Moisés: **«Por la dureza de vuestro corazón se escribió para vosotros este precepto»**. Jesús deroga la concesión hecha a causa de la “dureza del corazón”, y recupera la validez de la voluntad originaria de Dios al crear los seres humanos “hombre y mujer”, con la vocación de ser “una sola carne”.

Jesús va también más allá del divorcio del hombre que deja a su mujer, único admitido en la legislación judía, para incluir el divorcio de la mujer que deja a su marido. El amor, y su fidelidad o su ruptura, implican por igual al hombre y a la mujer, a su relación, y a la actitud de cada uno hacia el otro.

El amor conyugal, debe alimentarse cada día, crecer y madurar con los años, y con los gozos y dificultades que van apareciendo en la vida de la pareja. Las llamadas “crisis” no nacen de la noche a la mañana, excepto en dolorosas experiencias, y algunas de esas “crisis” estaban incubándose ya en la falta de madurez con la que se llegó al matrimonio.

Amar es un arte, según reza un famoso libro (*El arte de amar* de Erich Fromm, sociólogo, psicólogo y filósofo judío-alemán). Para nosotros, cristianos: es un Sacramento. Es la comunión de dos personas, libres y enamoradas, de la misma naturaleza e iguales en su dignidad, es un misterio de ofrecimiento y acogida libre y mutua, del deseo de hacer feliz al otro y encontrar la felicidad en ese deseo, sin esperar la respuesta cualitativamente idéntica del otro. Y sólo con un ser humano como yo, carne de mis carnes, y hueso de mis huesos, puedo hacerlo posible.

A la mala fe de los fariseos contraponen el evangelio, la cercanía y limpieza del corazón de los niños. Se los acercan al Maestro a pesar de la oposición de los discípulos. El enfado, da ocasión a Jesús para proponer a todos, otro de los temas muy tratado y querido entre los judíos: el del Reino de Dios y su pertenencia a él. **«El que no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él»**.

El Reino de Dios es una de las claves cristianas: **«Buscad el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura»**. Jesús acoge a los niños porque de los que son como ellos es el Reino de Dios. Reino y pequeñez van juntos. Infancia es apertura a las múltiples posibilidades que ofrece la vida.

El niño aparece como aquél dispuesto a acoger el don que se le ofrece, la mano que viene a su encuentro. Es el símbolo de quien no apoya su vida en derechos y privilegios, sino en la confianza en el otro. Es el símbolo de Jesús mismo, que recorre su camino en cumplimiento de la voluntad del Padre.

También nosotros somos invitados en la Eucaristía a comulgar con Cristo en el amor que se entrega, confiadamente, a los designios de Dios, nuestro Padre.

**DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Sabiduría 7,7-11): *Todo el oro, a su lado, es un poco de arena.*

2ª lectura (Hebreos 4,12-13): *Juzga los deseos e intenciones del corazón.*

Evangelio (Marcos 10,17-30): *¡Deja todo, sígueme!*

Hoy, nos presenta el evangelio un diálogo familiar, lleno de resonancias afines a las preocupaciones religiosas de todos los tiempos, portavoz de un sentimiento tan humano como la supervivencia, la búsqueda de una inmortalidad y expresión de los intentos por asegurarse el objetivo en la otra orilla de la existencia, al otro lado de la barrera, más allá del límite de nuestras posibilidades y más allá, también, del horizonte visual de nuestros ojos.

Cuando la expresión “*vida eterna*” parece evocar ese mundo interminable y eternamente repetido de estar en algún lugar disfrutando de cosas que son esencialmente efímeras, hemos de intentar ver en ella la dimensión de búsqueda de plenitud y no el lugar donde podría ocurrir sino la relación que puede darnos esa experiencia gratificante y realizadora de todas nuestras inquietudes.

**¿Cómo hablar de un futuro que se resiste a entrar en nuestras cabezas?** Generalmente solemos aplicar al ámbito religioso palabras de nuestra experiencia. Es la forma de hablar, por comparación, sobre lo desconocido. Con el tiempo, esas palabras y comparaciones adquieren ya un contenido que nos parece evidente e intocable.

**¿Cómo hablar de Dios cuando no parece encajar en nuestra lógica?** Para entender a Jesús. Para entender el sentido cristiano de lo religioso, hemos de proceder buscando una diferencia, señalando una distinción.

Algo así como la “*neverland*” (país de nunca-jamás) que algunos sueñan pero convertida en “*everland*” por incluir el convencimiento de su posibilidad.

En un mundo de evidencias, verificaciones y racionalidad, la fe exige un salto de esperanza que implica creer en lo imposible, integrar en la vida, de cada día, la posibilidad de la sorpresa cotidiana y la final. La fe requiere vivir en la cuerda de los sobresaltos positivos y las maravillas inesperadas. La fe nos propone romper con la rutina cotidiana de pensar siempre igual y atreverse a soltar amarras para navegar interiormente por otras aguas más significativas y vivas.

Soltar amarras es separarse de las seguridades, es romper con la cultura que, machaconamente, insiste en entender a Dios desde nuestros propios esquemas de vida, en donde la riqueza o la seguridad, nos impide descubrir y gozar de tantas cosas novedosas, de tantas dimensiones y relaciones nuevas.

**¿Qué difícil cambiar nuestras palabras, costumbres y comprensiones de toda la vida!** Tanto como **¿Qué difícil entender que Jesús no se refiere al dinero material!**

Hay algo que está en el fondo del dinero material; mucho más duro y resistente que el dinero es la forma de pensar correspondiente al mundo del dinero.

La riqueza es una forma de vivir, en donde las relaciones y preocupaciones humanas se miden desde ese primer valor y en donde todo adquiere el sentido de ella.

Lo mismo que el Reino de Dios no es el *neverland* de Dios sino una forma de relacionarse en la vida, donde Dios y los demás seres humanos están en el primer puesto del ranking, en el top del sentido y del valor.

El evangelio de hoy no está escrito ni leído como amenaza para ricos sino como expresión de nuestra experiencia vital y religiosa, como reflejo de nuestra manera de ser creyentes que, pretende hacernos buenos en el peor sentido de la palabra, buenos ridículamente despersonalizados y deshumanizados.

El evangelio de hoy nos invita a ser profundamente humanos y vivir con la libertad de Dios, capaces de poner sus valores como los más valiosos de nuestra vida personal y profesional.

Nos invita a ser creyentes de una manera más decidida, más intensa, más apasionada. A confiar más en Dios y menos en las cosas que nos parecen más evidentes y estables pero son sólo valoraciones de nuestro propio mundo cultural, científico, económico y racional, muy eficaces, pero menos humanas.

La gran sabiduría es la que nos sitúa en la vida, dando a cada una de las cosas del mundo el valor que tienen dentro del conjunto y en relación al servicio que prestan a los seres humanos. Buscar ese centro es una continua aventura a la que Jesús nos invita con su palabra: «*Sígueme*».

**DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 53,10-11): *El justo se saciará de conocimiento.*

2ª lectura (Hebreos 4,14-16): *Mantengamos la confesión de la fe.*

Evangelio (Marcos 10,35-45): *El que quiera ser primero, sea esclavo de todos.*

El evangelio de este domingo nos da la “clave” para comprender el peligro más grave que está amenazando a nuestro mundo: “**las ansias del poder**”. Los discípulos no comprenden ni aceptan el camino asumido por Jesús; a pesar de sus continuas instrucciones, persisten en la idea de un mesianismo de poder y de prestigio, y permanecen en esas expectativas, como lo prueba la petición de los hijos del Zebedeo y la reacción de los demás.

Una vez más Jesús se ve obligado a instruirles y, en su instrucción formula lo que ha de ser la “ley constitucional” de la comunidad cristiana: el servicio humilde. Las condiciones para sentarse junto a Él en la gloria, quedan expresadas en dos imágenes: el **cáliz** y el **bautismo**, que se refieren a su pasión y muerte. Los otros diez se indignan, sufren la misma enfermedad de la competencia y ambición de poder, que conlleva, la división y el conflicto en la Comunidad.

Jesús, de nuevo, subraya la radical diferencia entre sus seguidores y los de otras instituciones humanas, como los dirigentes políticos y los que se acercan a dichas instituciones con la idea de trepar. Según Jesús, apartando de sí toda idea de categorías sociales, la Iglesia debe convertirse en comunidad de iguales. Lo importante no son las posiciones sociales de privilegios y de poder, sino el servicio mutuo. En la comunidad todos somos señores, porque todos debemos ser servidores.

En la comunidad de Jesús, que prefigura lo que la Iglesia debe ser, se exige como actitud fundamental: “*el servicio a los demás*”. Su afirmación en este sentido es tajante: «**Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen. No será así entre vosotros. Al contrario, el que quiera subir, será servidor vuestro, y el que quiera ser primero, será esclavo vuestro. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y dar su vida en rescate por todos.**» En claro contraste con lo que se pensaba en la sociedad de entonces y también ahora, Jesús no tolera que nadie se imponga a nadie en la comunidad.

Todo lo contrario, en el Reino que Él predica, vive y realiza sus signos, es condición básica: el servicio, que se opone a una doble dominación, la política y la religiosa. Es decir, se trata, no sólo de rechazar el estilo y la forma de dominación política, sino también la ambición, el trepar y el autoritarismo de los líderes.

Desde el primer momento, Jesús, nos intenta instruir en un modelo y unos valores que son la inversión más radical de lo que existe en nuestro mundo: el deseo de tener cada vez más, el afán de poder a cualquier precio y la búsqueda de prestigio, tratando de ocupar los primeros puestos y los honores.

Este planteamiento de lo que debe ser el seguidor de Jesús, personal y comunitariamente, no se ha de interpretar sólo como un programa de espiritualidad personal, que sin duda lo es, sino como comprensión de algo que es consustancial de la Iglesia.

En este sentido, resulta chocante que algunos traten de sacar consecuencias para la Iglesia, basándose en textos evangélicos, que apoyan el poder y la autoridad, mientras se silencian textos que hablan de la renuncia al dinero, al poder y al prestigio.

La Iglesia, si quiere ser luz y sal en nuestro mundo actual, dominado por el ídolo del poder, debe formar e ir creando comunidades que respondan al modelo señalado por Jesús: «**No ha de ser así entre vosotros...**». No debemos acomodarnos al modelo según el mundo, sino por el contrario, renunciar a la supremacía del dinero, al afán de poder y el prestigio.

Sólo así tendremos algo que decir a nuestro mundo. Sólo así seremos signo transparente y de contraste de Jesús entre los hombres de nuestro tiempo. Un Jesús, que, cuando aparece el tema del poder, el querer ser más que los demás, es tajante y hasta intransigente y duro.

Y es que Jesús vio claramente que el peligro más grave que amenaza a los seres humanos es la tentación del poder, porque, sin duda, es lo que más daño nos hace a todos, lo que más deshumaniza, lo que más divide y enfrenta, y lo que hace que la convivencia sana y pacífica no sea posible.

**DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Jeremías 31,7-9): *Los guiaré entre consuelos.*

2ª lectura (Hebreos 5,1-6): *Dios es quien llama.*

Evangelio (Marcos 10,46-52): *Ánimo, levántate, que te llama.*

Vivimos en un mundo difícil. Las reglas políticas, económicas y sociales que lo rigen son complejas y no permiten interpretaciones únicas. Incluso los ámbitos más privados como la configuración de las familias, las relaciones interpersonales o la afectividad resultan difíciles de vivir. Somos sociedades muy complicadas.

En ellas ha nacido una cultura marcada por la búsqueda de la satisfacción inmediata de todas nuestras necesidades. El consumo es el gurú que promete la felicidad. Un consumo excesivo, sin criterio y convulsivo. Todo se compra: ropas, vehículos, viajes... incluso relaciones y experiencias. Pero todo es insuficiente para quedar saciados. En este viaje muchos quedan marginados, en las cunetas de la vida.

Quienes tienen pocos recursos económicos, poca salud, poca ambición e, incluso, poca belleza pueden quedar al margen. Zonas enteras de nuestro planeta son como una gran cuneta que acoge a grandes colectivos humanos. Enormes cunetas de las que no resulta fácil salir para volver a vivir.

Jesús siempre entra en relación con quien está al borde del camino, se detiene e invita a ponerse en pie al que está "tirado". El diálogo con el ciego Bartimeo, que está sentado pidiendo limosna, provoca la curación de éste, que recobra la vista y se convierte en su seguidor. Jesucristo es la luz que ilumina y renueva.

Para poder seguir a Jesús hoy, es preciso ser lúcidos para poder distinguir las tinieblas de la luz, ¡que no es nada fácil!, necesitamos la iluminación del Espíritu y hay que pedírsela. Porque el camino hacia la libertad, está muy amenazado por las tinieblas que nos impiden ver que realidades nos liberan y cuáles nos esclavizan. Tinieblas que siempre aparecen agudizadas en momentos de dificultad y de crisis.

Pero entre tantas tinieblas, descubrimos a nuestro alrededor, vidas que reflejan y encarnan el Evangelio hoy. No se trata de superhéroes, ni de sabios, ni siquiera de las personas más religiosas. Son hombres y mujeres que se detienen ante quien sufre y lo pasa mal, le invitan a ponerse en pie, reconocen la dignidad de toda persona y le ayudan a afrontar la vida con madurez y libertad.

Es un proceso de curación y crecimiento no siempre fácil. Se trata de acompañar en una nueva configuración personal y en la búsqueda de un sentido de vida alternativo.

Este proceso será mucho más complejo y necesario en aquellas personas que viven situaciones de especial dureza. En cualquier caso sólo será posible si hay personas y colectivos que viven para los demás.

El encuentro con Dios, supone una percepción distinta de la propia existencia y de los acontecimientos. Todo adquiere un sentido nuevo. Hace ver la vida de distinta manera. Las aspiraciones personales, las relaciones interpersonales, el trabajo o los estudios, la familia o los sentimientos se ven alterados en el seguimiento de Jesús.

Pero el Evangelio no es un catálogo de normas sino un nuevo estilo de vida donde el amor y la entrega por los otros pasan a estar en un lugar prioritario. El seguidor de Jesús **camina** tras sus pasos, **actualiza** sus palabras, **revive** sus acciones, **padece** sus cruces y **celebra** la vida.

Este mensaje nos lleva a implantar unas nuevas relaciones sociales. No se puede quedar en la vivencia individual sino que debe afectar a toda la sociedad y todos los pueblos. Es historia de salvación personal y social. Benedicto XVI lo afirma en su encíclica "*Caritas in veritate*" al decir que «*la caridad da verdadera sustancia a la relación con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones [...], sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas*». Son las implicaciones socioeconómicas de la vida según el Evangelio.

Los creyentes no las podemos imponer, pero sí podemos proponer y apoyar a aquellos que trabajan por el bien común de la humanidad, por la justicia y por establecer un orden económico más justo y tan necesario hoy.

## **TODOS LOS SANTOS**

**1ª lectura** (Apocalipsis 7,2-4.9-14): *Luna muchedumbre inmensa, que nadie podría contar.*

**2ª lectura** (1ª Juan 3,1-3): *Ahora somos hijos de Dios.*

**Evangelio** (Mateo 5,1-12a): *Estad alegres y contentos.*

Jesús proclama la felicidad de los que están en condiciones de emprender la construcción del Reino. Sorprendentemente, no ensalza a los ricos sino a los pobres, no a los violentos sino a los pacíficos, no a los que abusan del poder, sino a los misericordiosos. No felicita a los prepotentes, sino a los que buscan la justicia y se juegan la vida en su defensa.

Y ese pronóstico encuentra su cumplimiento en la visión que nos ofrece Juan en el Apocalipsis, en esa muchedumbre inmensa, de toda raza, lengua y nación, que están alrededor del Cordero, celebrando por todo lo alto la victoria de Cristo Resucitado y de la humanidad entera; es la victoria sobre la muerte, sobre la injusticia, sobre el mal. Y es, así mismo, la victoria del bien, de la justicia, del amor, de la fraternidad.

Es la fiesta de Todos los Santos, que celebramos hoy en la Iglesia. La fiesta de todos los santos del calendario, y la de todos los santos tal vez desconocidos pero cuyos nombres están inscritos en el libro de la vida, y la de todos los que aun peregrinamos como pueblo santo de Dios en la tierra.

**Es nuestra fiesta**, una fiesta global, planetaria, universal. Hoy, y siempre que celebramos la Eucaristía, nos unimos a todos los ángeles y santos del cielo para dar gracias a Dios. Así terminamos el prefacio, antes de invitarnos a cantar una y otra vez: Santo, Santo, Santo.

Lo que estamos celebrando como triunfo de todos los santos lo vivimos en esperanza, en la promesa de Dios los que estamos luchando para ser santos por su gracia. En realidad, celebramos siempre el amor de Dios, que ya ha acogido en casa a los que nos han precedido en la fe y nos esperan con los brazos abiertos a los que todavía estamos en camino.

Celebramos el sabernos y ser verdaderamente hijos de Dios. Hermosamente nos lo dice Juan en la carta que hoy leemos **«que somos hijos de Dios pero aún no se ha manifestado todo lo que eso significa»**, aún no nos hemos dado cuenta de lo que eso supone, aún no acabamos de tomarlo en serio. Un día lo entenderemos, veremos a Dios cara a cara, y aquel día será el cielo para nosotros.

Eso es lo que nos anticipa ya la fiesta de Todos los Santos. Es lo que nos ha querido transmitir san Juan en ese relato impresionante del Apocalipsis, como si quisiera brindarnos una degustación y una garantía. Esta esperanza de ver a Dios, de encontrarnos con Él, es nuestra fuerza, la razón de ser cristianos, y de, como discípulos de Jesús, aceptar el reto de las bienaventuranzas. Porque nuestra tarea y nuestra responsabilidad es también inmensa y urgente.

La familia del cielo, todos los santos que hoy recordamos, es también nuestra familia, la de los que aún estamos en la vida y tratamos de ir construyendo el Reino con esfuerzo. Y la felicidad de los santos, que hoy envidiamos piadosamente, es también, ha de ser, la de todos los hombres de todos los pueblos, porque se ha de cumplir la voluntad de Dios en la tierra, igual que se cumple ya en el cielo. Eso es lo que pedimos incesantemente cada vez que rezamos como Jesús nos enseñó.

Pero eso que pedimos y esperamos es por ahora lo que debemos hacer, nuestra tarea, la misión que hemos recibido. En este sentido, su Santidad, el Papa nos invitó a que, aprovechásemos el momento presente, para **«derribar las fronteras y recortar las distancias que nos separan y nos mantiene divididos y enfrentados a veces»**.

Cada día los peligros ecológicos nos recuerdan que el mundo es un pañuelo, que es la casa común de todos, que tenemos que cuidarla y compartirla. Y cada vez más los efectos de la crisis, sobre todo las víctimas, nos están gritando que esto, este sistema, este desorden es insostenible, porque es injusto.

Hay otra manera de organizar las cosas, de modo que el mundo, que es de todos (y no sólo de los ricos), sea para todos, también para los pobres y los que tienen hambre y sed de justicia.

**El cielo no es una evasión, es una meta; ¿podemos conformarnos con un mundo que es un infierno para tantos que no pueden comer, ni trabajar, ni vivir, ni ser felices?**

## **DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Deuteronomio 6,2-6): *Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria.*

**2ª lectura** (Hebreos 7,23-28): *Cristo vive siempre para interceder en tu favor.*

**Evangelio** (Marcos 12,28b-34): *No estás lejos del reino de Dios.*

La respuesta dada por Jesús a los saduceos acerca de la resurrección de los muertos, suscitó la aparición de un maestro de la ley, no para comprometer a Jesús, sino para aclararse. Su pregunta: **«Qué mandamiento es el primero de todos»**, refleja un problema muy sentido en el judaísmo y también en el cristianismo: un exagerado número de normas, de prohibiciones impedían ver **“lo verdaderamente importante”**.

Por eso la pregunta de aquel maestro de la ley no era una cuestión superflua, sino un tema candente. Quiere contrastar su visión con la de Jesús, a quien considera como un maestro sabio, y descubrir qué era en realidad lo más importante en la ley. La respuesta de Jesús, acerca del mandamiento más importante de la ley, no trata de establecer unas prioridades entre las 613 normas, sino que va a la raíz de la fe del pueblo: **«“Shema”: Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor...»**.

Jesús recuerda a todo Israel que su único Señor es Dios, no los dirigentes que explotan al pueblo, ni el Cesar que los somete. Pero, Jesús añade un segundo mandamiento, citando al Levítico 19,18, y manifiesta que no hay otro mandamiento más importante que éstos. Para Jesús el amor a Dios es inseparable del amor al prójimo. Para ser verdadero el amor a Dios tiene que traducirse en amor al prójimo. El amor tiende a crear una sociedad de iguales.

Con esto Jesús invierte la escala de valores existentes, según la cual el objetivo primordial del hombre era **“dar culto a Dios”**; para Jesús es el hombre y sus problemas y ahí se manifiesta la gloria de Dios. El escriba corrobora lo que ha dicho Jesús: uniendo el amor a Dios y al prójimo, y añade que este mandamiento tiene un valor superior al de los sacrificios y holocaustos. Es una respuesta atrevida, porque relativiza el culto y el templo.

Tenemos en general la tendencia de reducir incluso el Evangelio, la fe y la misma vida cristiana a moral, es lo que solemos llamar **“un cristianismo ético”**. Sin embargo, la perspectiva bíblica no se sitúa en la línea moralizante o legalista, sino en la línea mística. El pueblo de Dios nace como pueblo, de la experiencia de un Dios cercano que les ama y les libera.

De esta experiencia de sentirse amados por Dios nace el pueblo con la conciencia de ser **“el pueblo de Dios”**. Por eso, no es suficiente creer en Dios. Hay que creer en el amor que Dios nos tiene: **«Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él»**. La afirmación esencial del cristianismo es que Dios ha descendido en Jesús hasta el hombre y se nos ha revelado como amor.

La gran novedad del **N.T.** se llama **“Jesús”**. Dios en Jesús se nos revela, no enseñando doctrina, ni promulgando nuevas normas, sino actuando a favor de los hombres; sobre todo, preocupándose con amor entrañable y humilde por la **«oveja perdida y enferma»**. Este amor de Dios en Jesús llega a su cumbre en la cruz. Sólo desde el crucificado y desde los crucificados en solidaridad con su causa se puede hablar del amor de una manera convincente. Un amor distante, desde arriba, no libera, sino que humilla. Sólo sana a la persona el amor que compadece y comparte con la persona amada.

En consecuencia, el amor a Dios y al prójimo, son inseparables; es un único amor con diversas manifestaciones. El amor es divino, porque tiene su fuente en Dios, de Él viene y se entra en comunión con Él con todo el ser: cuerpo y espíritu. Amor, que una vez recibido engendra amor en la misma dirección que Dios nos ama y como Él ama.

Desde la encarnación del amor de Dios: **«Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo»**, todo el amor de Dios gravita sobre el amor al prójimo. Dios está presente en el hombre, de modo especial, en el pobre, en el enfermo, en el marginado, y ahí hay que devolverle el amor.

Hay que amar al prójimo para que Dios sea Dios Amor, si no amamos al prójimo, vamos contra Dios en el prójimo e impedimos que el amor de Dios llegue visualizado a él, ya que en la práctica negamos que Dios sea Dios Amor para el prójimo.

Es preciso rescatar en la vida ordinaria, la dimensión teológica y mística de tantos gestos de amor y de servicio en lo cotidiano, viviendo la unión indisoluble entre el amor de Dios y el amor encarnado en el compromiso social y político para construir un mundo más digno de los hijos de Dios y de los hermanos. Éste debe ser el tipo de cristiano; **“Un cristiano con experiencia de Dios en el mundo, que integre fe, vida mística y vida social y política”**.

**En abstracto todos reconocemos el lugar central que ocupa en nuestra vida el amor y el mensaje cristiano. El problema y el conflicto surgen en su interpretación, teniendo presente la situación de nuestro mundo.**

**DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (1º Reyes 17,10-16): *La orza de harina no se vaciará.*

**2ª lectura** (Hebreos 9,24-28): *Y después de la muerte, el juicio.*

**Evangelio** (Marcos 12,38-44): *Ha echado en el arca, más que nadie.*

**Debemos buscar alternativas comunitarias, que se puedan aplicar en la vida cotidiana y que sean sencillas, para aliviar la actual crisis económica.**

Estamos concluyendo el año litúrgico al que pondremos broche de oro con la fiesta de Jesucristo, Rey del universo; este rey que nos acompaña a todos los cristianos a lo largo de la vida mostrándonos el verdadero sentido de la vida y de la entrega de la misma para que otros tengan una vida digna de personas.

Este año lo hemos podido leer y profundizar con la ayuda del evangelio de Marcos que venimos proclamando en las celebraciones Eucarísticas de los domingos de este ciclo; Jesús nos ha mostrado, con sus palabras y con sus obras, un camino muy cercano a la realidad de la gente sencilla y pobre que sufre a causa de su falta de oportunidades y de lo poco que es considerada por las diferentes situaciones de marginación a que les conducía la cultura socio-religiosa de aquel tiempo, lo mismo que la de este.

Por otra parte, pocas veces hemos visto a Jesús cercano al templo y a sus servidores, más apegados a los ritos y a los dineros que éstos les producían que, a la atención por las personas a las que Dios había mostrado predilección desde siempre.

Cuando alguien sufre alguna desgracia, o se le niega algunas posibilidades de desarrollo personal, suele pensarse en “*la mala suerte*” o en que “*algo malo habrá hecho para que le sucedan estas cosas*”. Tampoco es extraño pensar que “*a los buenos no les suceden estas cosas*”.

Esto parece decir la viuda al profeta Elías en la primera lectura: «**Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos**». Ya no hay nada que hacer, las cosas han venido mal dadas, terminamos con lo último que nos queda y luego todo se ha terminado.

Pero Elías no opina lo mismo; si el Señor le ha mandado a su pueblo para que le anuncie que Él es el Dios de la vida y no de la muerte, hay que mantener la esperanza firme. Basta con encontrar a alguien que esté dispuesto a compartir lo que tiene, aunque sea lo último, para que la vida se mantenga «**hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra**».

Por supuesto que cuando las cosas nos vienen mal dadas habrá que apretarse el cinturón, pues la escasez nos obliga a todos a reducir gastos, sobre todo los superfluos. Aunque, en estos casos, muchas veces sucede que, el que lo recomienda es el que menos se lo aprieta y, entonces, a esa persona se le puede acusar de vivir claramente a costa de los demás.

Por eso, cuando Jesús recomienda que entremos al Reino de Dios por «**la puerta estrecha**», no nos está haciendo una recomendación coyuntural de tipo económico, sino indicándonos a sus seguidores que debemos tomar una opción personal (por una puerta estrecha sólo se puede pasar de uno en uno) por vivir dispuestos a todo, hasta entregar la propia vida a favor de los demás, como el Señor.

En la carta a los Hebreos se nos dice que Jesús «**se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos**», para abrirnos a la posibilidad de vivir nosotros también como Él vivió.

Así lo ha sido siempre en la historia de la humanidad; cuando las cosas se han puesto mal, y parecía que no iba a haber solución a los graves problemas que se habían presentado, siempre han aparecido personas creativas, con gran amor a la humanidad, que han aportado vías de solución o, por lo menos, de inicio para llegar a ellas.

No suelen ser personas de primera página de los periódicos o de los informativos de la tele, gobernantes de países ricos e influyentes o poseedores de grandes fortunas; ni tan siquiera, dirigentes de las grandes religiones; todos ellos están demasiado ocupados en mantener su estatus y en repetir una y otra vez que los responsables son los que no hacen caso a sus consejos.

Jesús, cuando observa lo que las personas hacen, mira a su corazón, que es donde residen sus verdaderas intenciones; así, en el evangelio que hoy proclamamos, no se queda en la cantidad de dinero que echa cada uno de los donantes en el arca de las ofrendas, sino en que a unos les sobra mucho y otra, la viuda, echa «**todo lo que tenía para vivir**».

Deberíamos aplicar un poco de todo esto a nuestra Iglesia actual: “*visten amplio ropaje, buscan asientos de honor y que les hagan reverencias*”. No es todo esto, repetir épocas pasadas que ya ni mantienen a los cristianos sencillos que han comenzado a leer y entender el Evangelio de Jesús y saben que Él no iba por este camino.

Hemos de procurar apoyar los grupos de cristianos que han hecho la opción personal por seguir el estilo de vida de Jesús y si, en algún sitio, no los hay habría que intentar crearlos. Los necesita la sociedad y sobre todo, los necesita la Iglesia. **No queda más remedio: «Hay que entrar por la puerta estrecha».**

**DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Daniel 12,1-3): *Entonces se salvará tu pueblo.*

2ª lectura (Hebreos 10,11-14.18): *Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.*

Evangelio (Marcos 13,24-32): *Mis palabras no pasarán.*

El dolor acompaña al ser humano en su existencia como le acompaña cualquiera de sus rasgos propios. Y no porque la vida tenga que ser “*un valle de lágrimas*”, que lo es, sino por la impotencia que sentimos, tantas veces, ante la indiferencia de los demás hacia el dolor propio o ajeno. Es mucho más dolorosa la insensibilidad de nuestros semejantes que la propia actuación, causa estupor y dolor.

En tiempos de crisis el dolor se multiplica y la preocupación se generaliza, por eso es todavía más punzante la espina que se nos clava viendo a algunos grupos, blindados ante la crisis, pasárselo bien y reír, ajenos al clima que amenaza a los débiles y aún más, aprovechándose de ello.

Se apodera un estado de ánimo dividido y tenso, entre el hecho histórico de ver que se ha acabado la etapa de prosperidad generalizada a la que nos habíamos acostumbrado y en la que, durante mucho tiempo hemos estado entre los privilegiados, para dar paso a otra muy distinta que nos viene llena de inseguridad causándonos miedo.

**¿Puedo yo hacer algo?** Esta pregunta encierra un montón de cuestiones hasta hace poco marginadas como molestas o banales. Porque los mismos que hace escasos meses despreciaban la preocupación moral o el planteamiento ético, hoy, preocupados por la inseguridad en su propia vida, se preguntan por la posibilidad de hacer algo, sobre la participación de su persona en la historia de los acontecimientos y sobre el sentido de la responsabilidad, la libertad y la esperanza.

Entretenidos en la rueda del consumismo exagerado, atrapados en la red de la búsqueda ansiosa e interminable de placer, no hemos querido enfrentarnos a preguntas serias que la vida siempre nos hace: **¿Tiene relación la fe con las cosas que nos ocurren y la marcha del mundo? Y Dios, ¿qué función tiene en la historia?**

A Dios le toca siempre esperar a los momentos difíciles para que reaparezca su posibilidad. Mientras los humanos, nos mantenemos en el mundo vacío de las ilusiones construidas sobre el euro y el dólar, Dios puede ser un producto más, que adquirimos en la variada tienda de las religiones y los ídolos. Bien lo sabía el profeta Daniel (primera lectura) cuando vio a sus paisanos poner estatuas de dioses en el templo de Jerusalén para seguir la moda cortesana de los ricos que, animados por su líder, Antíoco IV, se mofaba de los creyentes que todavía afianzaban su vida en la posibilidad de Dios.

Pero la dificultad nos centra y nos sienta en el banquillo de los interrogantes. Si la humanidad necesita construir un mundo nuevo sobre la esperanza y el amor solidario **¿Cómo puede ser el Dios que haga posible esa esperanza y ese amor?**

Cierto que podemos hacernos imágenes, conceptos, ideas, creencias propias sobre Dios; cierto que cada uno puede construirse una religión a medida de sus propias experiencias vitales; cierto que cada uno puede entrar en relación individual con Dios en la intimidad de su interior, pero al final, la vida nos exige salir de los engaños que construimos y de los ídolos que erigimos para nuestra comodidad y seguridad.

A esto convocaba Daniel a sus gentes y a esa pregunta nos lleva Jesús en la descripción de un presente preñado de inseguridad y denso en interrogantes.

El presente apunta mal, y el orden en que estábamos tranquilamente asentados se desmorona. Este presente se viene abajo. El futuro tiene visos distintos y hay pronósticos para todos los gustos, porque unos ven parches de apariencia mientras otros confían en un cambio profundo de globalización solidaria y sensibilidad humana.

El creyente, porque tiene confianza, tiene esperanza. La acción de Dios no es una intervención mágica que hace renacer al mundo de sus cenizas, como Ave Fénix que recupera su plumaje y echa a volar de nuevo. La de Dios es una acción propia de un Padre, que siempre echa una mano y nunca deja de preocuparse, pero no sustituye la acción humana.

El creyente confía en la Palabra que Dios nos ha dado de no dejar que nos hundamos en las redes de nuestro presente. Todo pasará, menos su Palabra.

También pasó el tiempo de los sacrificios, nos dice la segunda lectura, cuando se creía que haciendo cosas nos podíamos evitar lo molesto. Ahora, como Jesús, ya no hay que hacer sacrificios sino **SACRIFICARSE**, ya no hay que dar cosas sino **DARSE**, no hay que esperar sino **DESPERTAR ESPERANZA**. Porque la intervención de Dios nos cambia el corazón y nosotros cambiaremos el mundo.

**JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO**

1ª lectura (Daniel 7,13-14): *Su dominio es eterno y no pasa.*

2ª lectura (Apocalipsis 1,5-8): *Yo soy el Alfa y la Omega.*

Evangelio (Juan 18,33b-37): *Mi reino no es de aquí.*

Se tiene la sensación de que lo que domina este mundo es el dinero, el prestigio y el darse la buena vida, como dice la gente: “*vivir como un rey*”. Nuestra sociedad esta montada sobre la apariencia, el poseer y el disfrutar. Prosperan los que saben estar con los que mandan y deciden, los “*trepas*”. Todo esto es verdad, pero no es la única realidad.

También existe un clamor, expresión de una experiencia sufrida, que clama por el liderazgo moral, pero **¿dónde encontrar ese líder moral, capaz de regenerar la esperanza perdida?** La fiesta que hoy celebramos proclama que existe un nombre: **Jesucristo, rey del universo.**

Desde la realeza de Jesús se nos invita a reflexionar sobre el sentido de la autoridad, ya que todo el pueblo de Dios participamos de la misión regia de Jesús, es decir, somos un pueblo soberano y libre, no esclavo de nada, ni de nadie; que visibiliza la realeza de Cristo no mediante el poder, el prestigio o esplendor, sino mediante la lucha por la justicia, por la liberación del pueblo oprimido por el poder del mundo, por la reconciliación y la paz.

El profeta Daniel (primera lectura) nos presenta a un “*hijo de hombre*”, al que se le dio el poder y el honor. Su poder es eterno, no se acabará. Este título de «*hijo del hombre*» es importante porque Jesús se lo aplicará a sí mismo, y expresa la victoria definitiva de Cristo sobre los poderes del mal. Este es también el contenido de la visión de la que nos habla (segunda lectura) el libro del Apocalipsis. Presentándonos a Jesús como «*Príncipe de los reyes de la tierra*», y afirmando que, debe darse a Él la gloria y el poder por los siglos.

Sin embargo, aparece un notable contraste, cuando se comparan esas visiones con la realidad que nos ofrece el evangelio de Juan. El evangelista nos muestra el impresionante diálogo entre Pilato y Jesús. Es el momento del encuentro entre el representante del poder romano, investido de poder, y el del gran predicador que había conmovido al pueblo judío, despojado de todo poder.

Es el encuentro de un hombre que sirve a los intereses de este mundo con otro hombre, que ha defendido los valores de Dios y los valores del hombre, aunque amenazasen a los poderes e intereses de este mundo. Es el encuentro de un hombre, que tiene todo poder, con otro hombre al que se le ha desposeído de todo poder, en contra de las visiones de Daniel y el Apocalipsis.

En este escenario comienza un diálogo plagado de interrogantes, que plantea el Procurador romano: «*¿Eres tú el rey de los judíos?*». «*¿Qué has hecho?*». «*Conque, ¿tú eres rey?*». Jesús no niega la “*realeza*”, algo que había evitado anteriormente, incluso, cuando le quieren proclamar rey. Ahora, cuando se ha convertido en «*varón de dolores*», que sufre los escarnios de los soldados y le ponen como atributos la corona de espinas y un raído manto púrpura, cuando su persona es totalmente ajena a la forma habitual de comprender lo que significa ser rey, Jesús acepta este título: «*Tú lo dices. Soy rey. Para esto he venido al mundo para ser testigo de la verdad*».

Jesús es Rey, pero su reino no es de este mundo; no está en oposición con otros poderes seculares, sino que es un reino que da testimonio de la verdad y de la vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz. El reino de Jesús está en las antípodas de los reinos humanos.

El fundamento decisivo de la autoridad de Jesús no está en un poder legal, su autoridad reside en su forma de vivir, de relacionarse con los otros y en su gran sensibilidad ante el sufrimiento de los más desgraciados. Su calidad humana, su misericordia y compasión ante el pueblo abatido le otorgaron una gran autoridad, basada no en el poder que se impone y domina, sino en la ejemplaridad que libera y convence.

Existe una gran diferencia entre el poder de este mundo y la fuerza de la ejemplaridad (autoridad moral). El poder crea dominación, uniformidad, donde toda diferencia es proscrita; produce despersonalización y sumisión. Por el contrario, la fuerza de la ejemplaridad y el servicio no crea dominación, ni se impone, ni castiga, ni condena, sino que convence, crea libertad impulsora y una auténtica comunión, es decir, unidad en la diversidad.

La realeza de Jesús no se realiza en la Iglesia por el poder, el prestigio y esplendor, sino por el servicio, por el amor misericordioso y compasivo, por la lucha a favor de la justicia. El reino liberador de Jesús se encuentra en los caminos donde se construye un recinto de amor, de libertad, de paz... Allí se construye un reino, quizá ajeno a los intereses de este mundo, pero donde el hombre, respondiendo a su llamada, puede encontrar esa verdad de la que vino a ser testigo nuestro hermano, **el Hijo del hombre.**